

Revista

ISSN 2618-5172

# Rocamadour

Historias originales

Año 2 | Número 16 | Junio 2020

\$80

**Cuento del mes**  
"Marejada nocturna",  
por Stephen King

**Artículo del mes**  
Los libros de Stephen King  
atravesando la vida de  
un lector fanático

**Autores invitados**  
Federico Di Pila  
Luis Gabriel Guevara

**ENTREVISTA EXCLUSIVA  
CON PABLO DE SANTIS**

**"UNA NOVELA  
MÁS QUE UNA  
HISTORIA ES  
INVENTAR UN  
LUGAR DONDE  
OCURRAN LAS  
HISTORIAS"**

PÁG. 32

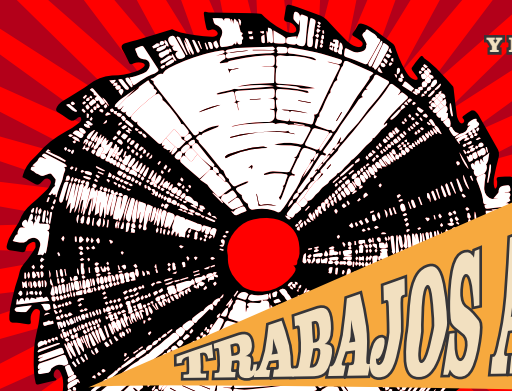


# CARPINTERÍA

11  
2350  
9958  
ALEJANDRO  
(WHATSAPP)

022  
2761  
1076  
RUBEN

VELEZSARFIELD 14  
(ENTRE SARMIENTO  
Y RIVADAVIA) - Marcos Paz



## TRABAJOS A MEDIDA

*Reparación • Decoración • Restauración*

# EL VASCO

### EDICIONES ROCAMADOUR

Dr. Marcos Paz 2578 - Marcos Paz, Pcia  
de Buenos Aires, Año 2020  
ISSN 2618-5172  
[www.edicionesrocamadour.com.ar](http://www.edicionesrocamadour.com.ar)

### EDITOR

Alejandro Torres

### DISEÑO Y EDICIÓN

Alejandro Torres

### CORRECCIÓN DE LOS TEXTOS

Alejandro Torres

### SUSCRIPCIONES

[alejandrotorres\\_lp@hotmail.com](mailto:alejandrotorres_lp@hotmail.com)

Suscripción .....\$60

Número simple .....\$80

### PUBLICIDAD

Matias Álvarez

### FOTO DE PORTADA

Shane Leonard (Titan BooksHard  
Case Crime).

### ILUSTRACIONES DE LOS TEXTOS

Fede Avila Corsini

Federico Di Pila

Esta revista se terminó de imprimir en junio de 2020, en taller propio - Marcos Paz, Pcia de Buenos Aires. Impresión de las tapas a cargo de Entre Tintas - San Martín 77, Marcos Paz., Pcia de Buenos Aires.

Las opiniones vertidas por los autores de los distintos textos no reflejan necesariamente las de la revista.



Ediciones Rocamadour



## **STEPHEN KING**

**21** Marejada nocturna

**26** Los libros de Stephen King atravesando...

**51** **RUFINA**  
por Hugo Canal Bialy

**54** **LA TRIADA OSCURA**  
por Paula Aros

**57** **LA ESQUINA ROJA**  
por Diego Rojas

## **CONTENIDO**

**05** **MEMORIA**  
por Celeste Silvero

**06** **ISABELLA**  
por Luis G. Guevara

**13** **MARCOS PAZ NEGRO**  
por Alejandro Torres

**19** **ARCHIVO**  
por Marco Denevi

**32** **ENTREVISTA A PABLO DE SANTIS**  
por Alejandro Torres

**39** **RECREACIÓN**  
por Fede Di Pila

**45** **IN-SITU**  
por M. M. Álvarez

## **LECTURAS VISUALES**

**59** **EL REY DE LAS ADAPTACIONES**  
por Pablo Ortiz

Todos los textos e imágenes publicados en este número son propiedad de sus respectivos autores. Queda, por tanto, prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de esta publicación en cualquier medio sin el consentimiento expreso de los mismos. Por otro lado, esta publicación no se responsabiliza de las opiniones o comentarios expresados por los autores en sus obras.

# EDITORIAL / HUGO CANAL BIALY

Lo mágico y complejo que es convivir en un pueblo donde nos conocemos todos demasiado bien, suele tener sus ventajas en cuanto a la proximidad de las relaciones y la fraternidad, pero puede ser un caldo de cultivo para exacerbar las envidias, celos y contradicciones: *Pueblo chico, infierno grande*. Más aún si un crimen, acontecimiento desbordante o desgracia involucra a un vecino conocido por todos; se dividirán las aguas del sarcasmo y los rumores para defenderlo o crucificarlo.

A diferencia de los policiales *made in Hollywood*, o las grandes ciudades con rascacielos donde los superhéroes combaten a los villanos más temidos, Stephen King en toda su obra ambientó sus relatos en pueblos ubicados en su mayoría en su estado natal, Maine, con eje en una ciudad de ficción como Castle Rock y un poblado donde ocurren cosas terribles cada 27 años, Derry. En estos lugares tan familiares, el causante de las tragedias o el asesino, puede ser uno de nosotros, incluso aquel vecino tan políticamente correcto que paga sus impuestos y asiste los domingos a la misa. Al igual que en *It*, el grupo de "los perdedores", ya adultos pero con miedos, frustraciones y asuntos pendientes, en Marcos Paz (Bs. As., Argentina), la cofradía de escritores de la revista literaria *Rocamadour*, se revela ante un hipócrita e individualista mundo digital, para escribir historias originales y editarlas mensualmente en una publicación de papel.

En la tradición de las *pulp*, o las historias por entregas, los autores juegan a ser Charles Dickens o Mark Twain, desafiando la modorra cultural y a costas de escuchar los ladridos de la moral.

Con una prisión en el distrito, el horror no siempre aparece en torno a lo sobrenatural o lo fantástico, a veces las mejores escenas aparecen retratadas en la vida cotidiana. King nos maravilló con *Sueño de fuga* (*Rita Hayworth y la redención de Shawshank*), un relato de fe y esperanza, de un preso acusado injustamente a cadena perpetua por un asesinato que no cometió y su amistad con otro recluso que cambiará la vida del penal y el proyecto de escapar, mientras que personajes secundarios tienen perversidad, oscuridad y son cínicos que se esconden en la justicia y se amparan en sus cargos, como el alcalde corrupto o el sanguinario jefe de guardias.

Tras las rejas, King también logró cruzar la crueldad en una prisión de extrema seguridad en *Milagros inesperados* (titulado también como *La milla verde* o *El pasillo de la muerte*), donde un condenado a la silla eléctrica, John Coffey, tiene un don de sanación. A pesar de ser acusado de violación y muerte tiene un costado bondadoso y querible, y consigue curar a la mujer del director de la cárcel. De una manera muy cruel, el escritor nos muestra la dualidad del bien y el mal, conviviendo en el corazón de una misma persona y cómo la culpa y el perdón pueden habitar en la cárcel del alma.

También encontramos en los pequeños poblados que un extraño puede llevarse a los niños como un flautista de Hamelin, como exigencia para no matarlos al conocer los oscuros secretos que guardan los adultos de Little Tall. Esto sucede en *La tormenta perfecta*; o un grupo de jóvenes vuelven a cazar anualmente al pueblo de su niñez en *Cazador de sueños*, pero ahora deberán volver para salvar a los sobrevivientes de un virus que asola a la comunidad y uno de ellos tiene el don para hallar una solución.

Por último, si viviéramos un clima de encierro, más aún que el de la pandemia actual por coronavirus, y la comunidad quedara literalmente aislada como en *La cúpula*, las relaciones entre habitantes para sobrevivir quedarían más expuestas ante el peligro, desde las mezquindades hasta la colaboración y solidaridad colectiva.

Por nostalgia y pertenencia siempre se vuelve a la infancia y a los lugares donde crecimos y nos sentimos a salvo, buscando buenas narraciones, seguir asustándonos, aunque la realidad actual nos atemorice en mayor medida, una y otra vez volvemos a Stephen King y su incansable imaginación y clímax que nos propone a través de las situaciones que atraviesan sus personajes, como un mago que nos sigue encantando desde sus libros.

# MEMORIA

Por CELESTE SILVERO

**M**iraba las hormigas caminar al costado del banco, en fila, organizadas, circulando casi con un propósito en común.

—No sé si en realidad las cosas en común nos trajeron hasta acá, ahora —dijo con tono estresante.

—No lo sé —contesté aún enojado.

Sus ojos se volvieron hacia arriba, como si esperara que todas las respuestas llegaran de algún paracaídas.

—Tal vez até demasiados cabos en el camino, a propósito, pensando que era lo correcto y nunca te pregunté. —Cerró los ojos, como si no tuviera la capacidad de saber que el azul que los caracterizaba se había apagado.

—Nunca preguntas nada, siempre haces que tu optimismo te diga qué hacer, no esperes que yo haga lo mismo —contesté en vano.

—Las palabras suelen ser las mismas, cambias el tono, cambias el contexto, cambias el paisaje, pero siempre son las mismas, aún parece que duelen y se dibujan en tu pecho como cuando te escuchaba respirar después de un día agitado. —Se plantó nuevamente en el silencio que la protege.

**“Estaba olvidando, y eso hacia que se quedará sin palabras, las imágenes comenzaban a difuminarse en mi cabeza, no había días o noches, había caminos inciertos, a veces, bajo mi almohada que me llevaban hasta ahí a verla.”**

—No sabes lo que esperas de mí, puedo decir que vi tu silueta en esa pared y vas a decir que no estuviste ahí, pero vas a disculparte por eso, una y otra vez. Estoy cansado.

—Siento no poder leerte unos versos de Cortázar antes, ni ahora, y no espero que me perdones, espero que lo asimiles y decidas si podés vivir un poco más con eso. —El rocío de la noche empapaba mi saco gris y sus manos cada vez más frías no pudieron impedirlo.

Decidí mejor caminar, sabía que iba a seguirme, pero no sabía si lo quería. Las oportunidades ya no eran suficientes, las veces que canté para que sonriera desaparecen mientras camina tras mis pasos. Estaba olvidando y me odiaba por eso, por no poder empapelar la ciudad con esas tardes de reír a carcajadas. Lo único que me quedaban era el cuaderno azul y sus notas.

—Y el perfume que dejé en el aparador, lo lamento, se que vas a decir que deje de lamentarme, que si no me alcanzaron las noches que se arruinaron amando a destiempo, que siempre fui demasiado débil para tus nervios y demasiado paciente para tu ira.

Se detuvo bruscamente, no entendí de momento si era una advertencia, solía hacer esas cosas, no dejaba que truncara los recuerdos que más me dolían, y aunque tanto quería que la perdonara, no sabía que era a mí a quien no podía perdonar. Estaba olvidando, y eso hacía que se quedará sin palabras, las imágenes comenzaban a difuminarse en mi cabeza, no había días o noches, había caminos inciertos, a veces, bajo mi almohada que me llevaban hasta ahí a verla, pero como ese sentimiento de enojo no desaparecía, mis brazos no podían expresar cuánto la extrañaban y mis labios solo repetían las mismas palabras.

La miré sabiendo que no sería la última vez, subí la música para que retumbara en mis oídos y crucé la calle mirando mis pies. Esa fue mi forma de decidir que ya no podría lidiar con su ausencia.

# ISABELLA

Por LUIS GABRIEL GUEVARA

**N**o es ella, señor... Tengo en claro que no es ella. No ha sido una mala mujer, nunca lo fue. Es más, estoy seguro de que cada día de su vida lo ha pasado intentando hacerme feliz. Intentando que mi amor por ella no muriera, como una rosa congelada. A veces admito que también estoy seguro de que lo suyo no era amor.

¿Que cómo lo sé?

Por sus besos.

¿Usted sabe distinguir entre besos pasionales y unos de amor?

Ok, no va a contestar a ello. Bueno pues, le diré lo que yo pienso. Soy el paciente después de todo.

Existe una diferencia notable.

El beso pasional nos provoca excitación, nos atrae, nos pone la piel de gallina. Es ese beso que nos endurece ciertas partes del cuerpo a los hombres y a las mujeres les provoca una corriente de necesidad física fantástica de sentir.

Luego están los besos de amor, que son igual de intensos, pero que además suelen decir: "Estoy aquí, pase lo que pase". Son besos que nos matan dulcemente porque nos dan seguridad, nos quitan la melancolía. Son besos blancos, como dirían los brujos. Son cálidos. Un abrazo al alma. Cuando por fin se logra sentir uno de esos besos sientes que todo, absolutamente todo, va a estar bien.

Pero Isabella no me besaba así. De hecho, rara vez lo hacía.

Sus besos eran fríos. En las noches íntimas no nos besábamos. Sí realizábamos otros tipos de acciones, pero los besos no eran parte de ese combo rutinario. Es más, ella no gemía, ni suspiraba. Estaba ahí solo aprontándose su cuerpo para mi necesidad.

No es sano eso, doctor Kenia. No, no lo es. Pero no era una situación que se había comenzado a dar en los últimos años de nuestra relación, no. Todo lo contrario. A ella no le gustaban mis besos, o al menos eso me hizo creer durante los muchos años

de nuestra unión. No la estimulaban, no le producían la más mínima cosquilla. En el comienzo de nuestra relación, el sexo era algo fantástico, pero hoy por hoy estoy seguro de que lo era por las energías de nuestra juventud y las hormonas brotando por nuestros poros.

Nos habíamos conocido en la adolescencia. Cada uno mantenía una relación distinta. De pronto, fue una atracción incontenible la que nos llevó a la infidelidad. Luego esta se volvió fiel ante nuestra unión. No niego que el mundo nos quería ver separados, pero Isabella y yo éramos muy obstinados como para darle algo de atención a los comentarios ajenos. No nos importaban nada las ridiculeces que podía decir el mundo exterior. Nos teníamos el uno al otro y eso era algo mágico.

Luego llegó nuestra primera hija, Aldana. Nació muy larga y delgada y es hasta los soles de la actualidad que continúa con esa misma forma física, solo que con una belleza heredada plenamente de su madre. Pasamos tiempos tranquilos y éramos una familia feliz. Decidimos crecer y encargar a nuestro próximo hijo. No pensamos en ningún momento que seríamos bendecidos con la belleza de otra niña a la cual llamamos Amanda. Nuestra segunda hija se convirtió en una dulce niña de educación admirable y una inteligencia notable, producto de su padre.

A pesar de que éramos una gran y hermosa familia, no éramos felices. Nos matábamos de una forma inhumana. Esa que no es física. Esa que de a poco, día tras día nos va consumiendo sin siquiera darnos cuenta.

Me enfocaba en intentar llevar a mi familia a una mejora económica. Isabella se vio descuidada por mi falta de atención. Los hombres no somos tontos y nos damos cuenta cuando algo no está bien. Pero creo que nos gusta creer que sí lo está y que aquello en lo que pensamos, no es absolutamente nada. Y eso, querido doctor, es un error incorregible a ciertas alturas.

Su primer encuentro amoroso fue con Arthur Co-

nely. Sí, el dueño del almacén de la segunda avenida.

Pude olerlo. Es más, llegué hasta a tener la seguridad de que terminaría sucediendo. Pero había leído por ahí que cuando una mujer tiene amantes luego se cansa de ellos y eso renueva las energías matrimoniales. Bueno algo así, debo de confesar, que sucedió.

—¿Lo presintió en todo momento?

—No, claro que no. Uno no lo puede sentir hasta que hay indicios, y en aquel momento los había. Ella hablaba de los precios de ese lugar, volvía feliz y ruborizada, aunque hasta entonces no había pasado nada más que un simple coqueteo mutuo.

Sin embargo, el olor... ese olor, doctor Kenia, era algo insoportable. Un hedor que indicaba que algo estaba por suceder.

Ella siguió frecuentando el almacén. Compraba cosas innecesarias para la casa y siempre poca cantidad. Decía que era una forma de manejarnos inteligentemente para no quedarnos sin efectivo, pero creo que era para tener más frecuencia en las visitas a ese lugar.

Una noche cálida de verano me expresó que debía salir unos momentos. Dijo que había quedado en verse con su hermana, la cual trabajaba como camarera por las tardes y por las noches realizaba animaciones bailando en un prestigioso bar de caballeros. Ese día, según Isabella, su hermana no había asistido ya que se encontraba triste por un problema, y necesitaba apoyo emocional.

¿Qué? Por supuesto que no creí ni una sola palabra.

La seguí hasta el baño, allí contábamos con un cambiador para ella y para mí.

¿Sabe usted el momento en el que una dama se encuentra dispuesta al sexo? Por su ropa interior. Si es combinada y nueva, es ella quien ha dado el primer paso. Si no lo es, entonces no tenía intenciones y solo se dejó llevar. En cualquiera de los casos, mi querido doctor, nunca es producto de la táctica del hombre el llegar hasta la última instancia.

Mi esposa estaba dispuesta a volver con perfume de hombre en su piel aquella noche. Y bueno, así fue.

Regresó a eso de las 3 am con cara de cansada

y de buen humor, aún excitada. Aproveché la ocasión. Después de bañarse realizamos una buena sesión de sexo descontrolado. Ella no pensaba en mí, ni yo pensaba en ella...

Había conocido en mi lugar de trabajo a una dama de edad superior a la mía. Debo reconocer que había enloquecido por la forma en la que intimábamos. Sin embargo, fue mi esposa quien primero había sido infiel y, al enterarme, justifiqué mis acciones. Una noche al salir del trabajo con la excusa de que debíamos hacer un control de mercadería, me quedé con ella.

Eugenia Veleros, la secretaria administrativa del dueño de Aerolíneas Point.

A diferencia de mi esposa y su amante, con Eugenia lo hacíamos todos los días.

Era una locura. Sus movimientos, sus besos, sus miradas, su forma de mojarse, su forma de terminar, sus pedidos, sus gemidos... Los suspiros más sensuales, los he oído de su boca.

Pero como todo buen cuento, aquello tendría su final.

Ella estaba condenada a un trágico fin, mi condena era, no estar con ella eternamente. Me hubiera gustado, pero, qué se le va a hacer. Hay cosas que no son posibles.

El tiempo pasaba. Isabella y yo seguíamos adelante con nuestra familia, de a poco cumpliendo proyectos y haciendo realidad sueños para un solo fin: nuestras hijas. Sin embargo, estábamos muertos. Creo que nos soportábamos, solo eso. Teníamos sexo unas tres o cuatro veces por semana y éramos bastante ardientes. Pero, aunque parezca un buen número, ambos estábamos seguros de que podíamos más, y si además nos encontrábamos con nuestros respectivos amantes, eran todos los días momentos para el placer.

Conoció a un muchacho joven pero bien posicionado, al menos tenía logros propios y no era un fumador de marihuana como el dueño de la tienda. La vi emocionada y también frustrada luego de que su primer encuentro sexual no resultara como ella deseaba.

¿Molesto? No...

No sentía nada por ella, y estaba seguro de que ella tampoco por mí. Sé que sospechaba de mis aventuras con Eugenia, pero nunca dijo ni una sola palabra.

El tema era que siempre que ella encontraba un

amante, yo también lo hacía.

Fue una de sus amigas, Tabita Uesoski. Ella no era precisamente un manjar, pero tenía facilidad y una belleza notable. No fue lo mejor que ha estado en mi cama, pero tampoco lo peor. Había sido dama de compañía de algún buen samaritano adinerado, pero, aunque lo sabía, jamás se lo mencioné. No me interesaba, solo quería el momento de quitar mi estrés y nada más.

Lamentablemente, ella sí se enamoró de mí. Pero qué va, “mujeres de la calle nunca se enderezan”, dice el dicho. También sabía que de esa forma sería tratada siempre. Es normal: si eres puta delante del mundo, el mundo te tratará de esa forma. Algunos la esquivaban. Tan grande era su fama que simplemente la aborrecían.

Tabita había quedado rendida ante mi forma de ser, y aunque usted no lo crea tengo un gran éxito con las mujeres. Sé dónde dar el golpe justo. Jamás me falla.

Mientras mi esposa seguía con su hombre del almacén y se olvidaba de la decepcionante historia con aquel joven emprendedor, yo me revolcaba en la cama de una vieja pensión con Tabita. Este asunto duró mucho y fue público entre nuestras amistades. Lo de ella y el comerciante también fue noticia mediática en el boca a boca.

Llegaron dos nuevas personas...

De mi lado, una amiga tanto de Tabita como de Isabella. Hablo de Julieta García. Era ninfómana. Rubia, ojos claros, pechos grandes y un trasero firme, un bello rostro, un poco baja. No soy muy alto, pero ella no superaba el metro setenta.

Mi esposa había encontrado chances con un compañero de estudios al cual no veía desde sus últimos años en aquella institución. Sé que les fue bien, salud por ellos.

Julieta y yo jugábamos a pecar.

Lamentablemente lastimamos en el camino a Tabita, que se había enamorado de mí. No quise hacerle daño, solo que ella confundió las cosas.

Julieta hizo poco de lo que esperaba. No era buena en la intimidad. Muy básica y predecible, al igual que Tabita. Una noche, sin más, renuncié a todo. Absolutamente todo.

¿Qué? Jajaja, no, señor. No es la infidelidad lo que quiero tratar con usted, ni tampoco me han generado un trauma las acciones de mi esposa. Aún la veo a la cara y siento algo de cariño por

ella. La carne es débil y lo acepto. Es más, he llegado a amarla estos últimos momentos.

Pero en este punto exacto, lo que quiero de usted es que preste atención, porque lo que hasta ahora le he dicho es solo el comienzo.

Una cosa es una aventura de una sola noche, y otra distinta es cuando existe una razón para creer que las infidelidades son conectores negativos. Ya sabe, energías no gratas en un paraíso. Aquellas energías mientras más daño realicen más condenadas se vuelven y más condenan a quien tienen cerca.

Cuando Isabella se marchó por segunda vez con el hombre de los proyectos yo estaba en casa; en nuestra casa, escribiendo una nota para el colegio de nuestra hija. No fue extraño verla salir, ya que sabía de sus encuentros románticos, que me importaban muy poco. Tampoco me importaba que sus ganas se fueran con otro hombre, pues las mías se marchaban con otras mujeres. Era como un “Si tú haces, entonces también lo hago”, y aunque no nos lo dijéramos, era algo completamente consentido por ambas partes. Sí, doctor Kenia, una relación totalmente enfermiza.

Pero dejando de lado ese tema, ella estaba para el infarto. Se veía extremadamente bella aquella noche, radiante. En sus ojos no había placer, había algo raro, algo que comencé a notar justo antes de

**“A pesar de que éramos una gran y hermosa familia, no éramos felices. Nos matábamos de una forma inhumana. Esa que no es física. Esa que de a poco, día tras día nos va consumiendo sin siquiera darnos cuenta.”**



de que partiera. Y de pronto, el olor...

No era su perfume, estaba seguro de eso. Siempre olía bien, su aroma era dulce. Pero no esa noche.

Por supuesto que no le dije nada. La dejé ir. Era lo más correcto. Ya era adulta y sabía higienizarse y perfumarse. Además, no era asunto mío su producción para otro.

¿Qué sucedió luego?

Bueno, me llamó a eso de las tres de la mañana. A las tres en punto.

—Necesito que vengas, es urgente. No sé qué hacer, ni a quién recurrir. Por favor, ven...

No me asusté en lo más mínimo. Llamé a mi hermana y le pedí que se quedara con mis hijas en casa con la excusa de que Isabella se había descompuesto en la calle y estaba en un hospital y no podía volver por sus propios medios.

Llegué al lugar que mi esposa me había indicado.

Era un edificio de los últimos tiempos.

—Habitación 921 —indiqué al guardia de la recepción.

Subí por el ascensor y antes de llegar al noveno piso donde se encontraba el apartamento, comencé a sentir otra vez ese olor. Era azufre, descomposición, algo quemado. Era fuerte, hediondo, cítrico, nauseabundo.

Llamé a la puerta. Isabella abrió y en su rostro se posaba la desesperación. Estaba hinchada de tanto llanto. Temblaba, estaba nerviosa. No era ella en su esplendor como cuando salió de casa.

—¿Qué sucede? —pregunté seguro de que solo diría que algo había estado mal. Pero allí estaba yo, en la habitación de quien se cogía a mi esposa.

Me invitó a pasar y de pronto lo vi.

Colgaba de una enorme viga de madera en el techo. Estaba desnudo y con sangre alrededor de su cuello recorriendo su anatomía hasta llegar a gotear por el dedo pulgar de su pie izquierdo.

Era el muchacho de los proyectos, muerto. Colgando de un cable de canal amarrado a su cuello en un extremo y a un tirante de madera en el otro. Estaba a más de tres metros de altura.

Emanaba ese olor, el olor que desde el vestíbulo del edificio podía sentir. Todo ese fétido hedor provenía de su cuerpo. Sin embargo, no se encontraba en descomposición, la muerte era reciente.

—¿Cuándo y cómo? —pregunté sabiendo que ella no podría haberlo hecho sola.

—Cuando salí del baño ya se encontraba así.

Le creí, por supuesto. Aquello no podría haber sido obra suya. Mi esposa pesaba 56 kg y el hombre colgando a una altura de tres metros, cerca de 90 o quizás 95 kilogramos.

No podría nunca haber sido ella sola.

—Tenemos que irnos de aquí —le dije.

Nos marchamos, y a pesar de que el guardia vio mi rostro no me pidió ni un solo dato. Eso jugó a favor. Nos fuimos y nadie nos llamó nunca. No había cámaras, era un lugar muy nuevo y usted sabe la inversión considerable que es monitorear todo con grabadoras de video y sonido.

Llegamos a casa. Luego de que mi hermana se fue, Isabella comenzó a llorar sin parar, sin consuelo. No dije ni una sola palabra...

Pasaron tres años desde el fallecimiento del muchacho de los proyectos, y la vida había vuelto a ser la de siempre: infidelidades por doquier.

Ella con el hombre del almacén, romance casi oficial en el boca a boca. Por mi parte con una mujer de pechos grandes que estudiaba enfermería. Amante nueva que no me llenaba del todo, pero que sí era fantástica en la cama.

Una noche de un frío invierno, se preparaba Isabella para encontrarse con un hombre que ya había visto su perfil desnudo en una cama.

Repito: amaba su compañía, pero no a ella como persona, aunque tampoco la odiaba. De hecho, nuestro sexo en esos períodos fue un fracaso. Sus besos nunca llegaban a mi boca, jamás lo hacíamos así. Mis dudas sobre el motivo se habían vuelto enormes, y hasta descabelladas.

El joven pasó por ella en un taxi. No era adinerado y, a decir verdad, tampoco era super dotado en su miembro. De hecho, era todo lo contrario. El mundo es un pañuelo y a veces lo que puedes enterarte sobre una persona es simplemente espectacular.

Antes de que ella cruzara por la puerta, sentí nuevamente el olor. Ese olor insoportable, asqueroso y asfixiante como el gas.

Ocurrió a las 3 am, doctor, exactamente a las 3 am. El teléfono sonó como la vez anterior.

Esperé. Esta vez no levanté la bocina a la primera. Recordaba la última ocasión. No acudí a su ayuda. La esperé en casa. Creía que la policía tocaría a mi puerta. Pero no fueron los hombres de la ley quienes llegaron. Fue ella, solo ella.

Llegó a eso de las 7 am, sin manchas de sangre

en su ropa, sin haber llorado, sin rastros de haberse quitado el maquillaje, sin marcas de haberse quitado la ropa. Se sentó sobre el sillón de la sala y no pronunció ni una sola palabra.

—¿Está muerto verdad? —indagué mientras ella seguía silenciosamente mirando la pared, como juzgándose a sí misma en lo profundo de su mente.

—Ya lo estaba cuando llegué.

—¿Cómo entraste si ya estaba muerto?

—Tengo llave de su casa. No es la primera vez que nos citamos para fornicar.

Sus palabras no me sorprendieron ni me molestaron. Ahora solo deseaba que se marchara. Pero no se lo expresé, creo que en el fondo ella lo sabía.

Nunca contó lo que sucedió, pero logré enterarme por los medios que el hombre tenía fracturado su cuello, y que al igual que el hombre que colgaba de una viga le faltaban los ojos.

—¿Por qué los ojos?

La verdad es que no lo sé, creo que simplemente como trofeo. Dicen que los ojos son las ventanas del alma. Quizás es una forma de cerrar esas ventanas.

—Eso que usted ha contado en este tiempo sentado sobre mi diván, ¿sirve de algo? Es decir, ¿es real? No recuerdo haber visto en las noticias ninguno de los asesinatos que usted ha mencionado.

Claro que es real, doctor Kenia. Cada una de mis palabras. ¿Usted desconfiaría de su amante?

—No tengo amantes, y me dedico a tiempo completo, luego de ganarme el pan, a mi familia.

Doctor, toda mi vida he sido un hombre infiel, por lo cual puedo discernir ciertas cosas. He visto la mirada de la mujer que se retiraba cuando estaba a punto de ingresar. Estaba satisfecha y usted también. Además, no ha escrito ni una sola palabra en su cuaderno. También puedo notar que tiene cámaras en su despacho. Estoy seguro de que lo que se encuentra en esa filmación no querrá mostrárselo a su familia y decir nuevamente que lo hace para ganarse el pan que posará sobre la mesa. Incluso podría denunciarlo por abuso sexual contra una paciente emocionalmente fracturada. Pero no lo haré, puede usted quedarse tranquilo. Los hombres necesitamos del sabor de varias mujeres, no de una sola. Sería como cenar todos los días lo mismo. Por lo tanto, lo entiendo y respeto. Además, la mujer era de muy buen ver.

—Es usted un gran observador, señor...

—Eso sí. Dígame la verdad, ¿es buena en la cama?

—No lo sé, siempre fue sobre mi escritorio o sobre la alfombra y algunas veces en la silla. Nunca en la cama. Y sí, es una delicia.

—Bien por usted.

Me recuerda mucho al muchacho del almacén esta situación. Se creía un hombre inteligente y se burlaba de mí cuando pasaba cerca de su local comercial, en ocasiones acompañado de sus pares. Estoy seguro de que las burlas eran relacionadas a los cuernos que mi mujer me había puesto. Pero siempre fui una persona creyente del karma, de que todo vuelve. Había sido infiel y había cometido locuras, pero no había victimas en mi espalda; al menos no fatales. Sin embargo, en cuanto a mi esposa, seguía con esa sensación extraña. Cada vez el olor estaba más presente e intenso.

Tres noches antes de que se volviera a ver con el comerciante, lo sentí otra vez. Ya no lo soportaba. Era nauseabundo, grotesco y realmente horrible. Sentí que todo era extraño, que todo daba vueltas. Me había descompensado más de cuatro veces en tres días y la migraña no tenía calma. Decidí confrontar a mi esposa sobre aquello...

—¿Qué dijo ella? ¿Qué explicación le dio?

Dijo que ella y la primera víctima habían sido practicantes de unas técnicas oscuras. Esas prácticas que nos enseñan a muchos de nosotros de que hay más cosas malas del otro lado del portal que abre la Ouija.

—Habla usted de brujería...

No lo llamó de ese modo. Ella utilizó las palabras "Prácticas oscuras". Según su historia lo hacían antes de tener sexo, lo que los llevaba a un nivel de éxtasis enorme. Pero que aquel día todo había salido mal, y que se equivocaron en la convocación verbal del ente oscuro que les otorgaba el placer. En su lugar apareció un ser maligno repleto de odio. El extraño ser proveniente de otro universo prometió asesinar a uno de ellos y llevarse su alma, y que el otro quedaría vivo con una condena enorme.

—Supongo que la primera víctima era el joven que encontró colgando del tirante de madera.

En primera instancia creí lo mismo, sin embargo, no. Aquellas prácticas oscuras habían tenido lugar mucho antes de conocerme, mucho antes de

convertirse en mi mujer. Mucho antes de dar nuestro “Sí” ante un cura en la iglesia. Ella sobrevivió a aquel ataque del ser extraño y con características demoníacas. Su pareja de entonces fue devorada delante de sus ojos de una forma asquerosa y desagradable. Me contó con detalles cómo le arrancaba las extremidades con las manos y luego se las devoraba ubicado en un rincón del cuarto. Al terminar, la bestia del inframundo se aprontó hasta ella, pero en vez de comérsela como al otro humano, le dio una tarea hasta el fin de sus días.

—¿Qué tarea?

Alimentarlo. Pero no con carne, sino con almas...

—Eso es ridículo.

No, doctor Kenia, no lo es. La condena impuesta sobre ella quedaría en sus besos. Si ella besaba los labios de otra persona, esa persona estaría destinada a una muerte trágica, quedando su fallecida alma deambulando en el tiempo del olvido y siendo así poseída por este extraño demonio invocado mediante las prácticas oscuras.

—A ver si entiendo, ¿usted me está diciendo que su mujer, antes de ser su esposa, practicaba brujería junto con un noviecito de la época; invocaban a criaturas del infierno para sentir más placer sexual, y en una situación desafortunada trajeron al ser demoníaco equivocado, que asesinó al hombre y luego la obligó a entregarle las almas de quien bese, y así empoderarse?

Sí, ha entendido bien, o al menos lo suficiente.

—Es lo más descabellado que he escuchado en mis años en esta profesión.

Bueno, doctor Kenia, sabrá bien que la fuerza más oscura es la brujería y que jugar con ella no es recomendable. Se puede terminar como mi esposa. Ahora puede entender igual que yo, el motivo por el que ella no me besaba en la boca. El motivo por el que jamás, en tantos años, posó sus labios en los míos.

—No puede esperar que crea lo que me dice, ¿no?...

De hecho, no lo esperaba. Por eso he decidido probárselo, ¿no siente el olor?

—¿De qué olor me habla?

La paciente anterior a mí, no se marchó; sigue dentro de este edificio. Usted no anotó nada en su cuaderno, solo escuchó mi historia como si fuera

**“La condena impuesta sobre ella quedaría en sus besos. Si ella besaba los labios de otra persona, esa persona estaría destinada a una muerte trágica, quedando su fallecida alma deambulando en el tiempo del olvido.”**

un loco más sin solución al cual podría robarle el dinero por cada sesión que le indicara tomar. Sin embargo, usted ha cometido un error enorme. Y es que no anotó nunca el nombre de mi esposa. De haberlo hecho, quizás se percataba de que coincide perfectamente con el nombre de la muchacha que se ha estado cogiendo en su despacho a escondidas de su mujer.

Es una pena que no sienta el olor.

—Si fuera cierto. ¿Cómo explica el que solo usted lo sienta?

Después de tantos años de sobrevivir a una mujer manchada con la condena de un ser del infierno, he adoptado la habilidad de oler la muerte señor. Y usted, usted huele a muerto.

## INFORMES UNO BULTREMAR:

*“Psicólogo encontrado muerto en su despacho. Cuello roto y fracturas en sus extremidades. El hombre fue encontrado colgando...”*

## NOTICIAS AL INSTANTE PUEBLO DE ALFONSINA:

*“Un respetado Psicólogo del pueblo de Bultremar fue brutalmente asesinado en su lugar laboral ...”*

## EL PRIMER GRITO:

*“Una muerte, ningún sospechoso. Hombre es hallado muerto en su puesto de trabajo, colgando de una viga del techo, con su cuello roto y varios huesos de su cuerpo fracturados...”*

# ¿Sabías que...?

En 1945 vio la luz la hoy famosa y (hoy) tan recordada colección, de novelas policiales, El séptimo círculo, dirigida en un principio por Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges bajo el sello de Emecé. Por aquel entonces el género policial no era un género literario bien recibido, sino más bien desvalorizado, ya que predominaban las novelas de época y se consideraba a la literatura un ámbito cerrado poseedor de sabiduría filosófica y de carácter de clase para el lenguaje y el pequeño círculo que la frecuentaba. Esta colección de libros, de tamaño pocket, era casi la única manera que tenían los lectores del género de leer las historias traducidas al español.

Muchos lectores se han criado en el séptimo círculo ya que se publicó durante treinta y ocho años. La colección contó con 366 libros publicados. Durante los primeros 120 libros de la colección, Bioy Casares y Borges tuvieron un lugar privilegiado en la selección de los títulos,

hasta 1955 cuando Carlos V. Frías tomó las riendas de la misma y su selección se fue corriendo poco a poco del policial clásico inglés (el de enigma) al policial negro y al género fantástico sin mediar criterios dentro de la novela policíaca. Las portadas de los libros estuvieron a cargo del italiano José Bonomi, donde con economía de trazos en sus figuras poliédricas, mezcladas con una paleta de cuatro a cinco colores, fueron el sello característico y quizás el más recordado por los amantes de esta colección.

Actualmente se ha reeditado en cuatro oportunidades, aunque en menor cantidad de títulos: primera edición de 1945 a 1983 a cargo de Emecé; segunda edición en 2003 a través de Clarín, con Emecé perteneciendo ya a Grupo Planeta; cuarta edición en 2004 a través La Nación, que solo reeditó ocho de las 366 novelas; y la cuarta nuevamente a cargo de Clarín, pero en 2015 y solo se reeditaron veinte títulos.

## Cumplehomenaje / Mayo

Todos los días hay un escritor que celebrar. Y si bien JUNIO ha sido el mes de nacimientos tan prolíficos como el de Ken Follet, Marguerite Yourcenar, Jean-Paul Sartre, Ernesto Sábato, George Orwell, Luigi Pirandello, Juan José Saer, Antoine de Saint-Exupéry entre muchos otros, queremos traerte esta poesía del escritor estadounidense William Butler Yeats nacido el 13 de Junio de 1865, llamada EL VINO ENTRA EN LA BOCA:

El vino entra en la boca  
Y el amor entra en los ojos;  
Esto es todo lo que en verdad conocemos  
Antes de envejecer y morir.  
Así me llevo el vaso a mi boca,  
Y te miro, y suspiro.

# MARCOS PAZ NEGRO

*Por Alejandro Torres*

**Pintura:** Enjoying the pleasures of the night | *FABIÁN PÉREZ*



Los recuerdos se hacen vívidos en estos momentos, los sentimientos afloran y parece que todo haya sido ayer. Éramos dos pequeños inocentes con el gran sueño de vivir resolviendo crímenes a la par. Manuel me cubriría la espalda mientras yo utilizaba mis dotes de investigador para desentrañar los misterios de este pueblo con aires de ciudad. El recuerdo vivo de dos sherlockianos devotos: chaleco de ciervo, cazadora de tweed; dos auténticos Irregulares de Baker Street. Ahora mismo, no sé si estar en caos o tranquilo. No voy a insistir al respecto, solo acotaré lo necesario. La locura del mundo es contagiable, y mi mundo ahora es una maldita pandemia. La verdad dio vuelta su enunciado, ahora somos más los enfermos que los sanos y eso transforma y cuestiona la realidad.

Manuel fue visto por última vez saliendo de un mercado sobre la calle Libertad el miércoles pasado, hace exactamente una semana, a las 15.42. Se metió en su auto y salió disparado en dirección a Merlo. Dicen que iba acompañado, o al menos eso afirma por unos pesos el empleado de la ferretería que puede verse frente a este mercado. Quizás por unos pesos más hubiese resuelto el misterio él solo. Por el momento es un inicio y me aferro a eso. El siguiente paso es determinar hacia dónde se dirigió, porque con quién iba ya es un hecho. Intencionalmente pagó su compra con tarjeta de crédito dejando un registro. Juega al gato y al ratón. La cajera del mercado, una chica joven, de ojos marrones y dos lunares en el mentón, afirma no poder darme esos datos, no tiene la autorización, le pregunto quién la tiene y responde que no es posible saberlo ya que los dueños responden a alguien más. Maldigo el sistema de mercado y la globalización del capitalismo en este momento.

Recurro a quienes lo vieron por última vez: me dirijo a la casa donde creció y donde ambos pasábamos las tardes y noches desvelados frente a los libros. Su madre, preocupada, pide que lo ayude, que lo traiga de vuelta. Es un buen chico, justifica, se mandó algunas cagadas, pero todo tiene solución, ¿no? No sé realmente qué responder a esa pregunta. Caigo en la facilidad de respuestas: todo menos la muerte, contesto. Me

mira preocupada y me afirma que desde el lunes ya estaba raro: salía en su auto y volvía a cualquier hora, repitió esa rutina martes y miércoles y por la tarde se la pasaba encerrado en su habitación. Hacía dos meses no iba a visitar a su madre y de repente esto. Visitas seguidas, cenas y dormir en su vieja habitación, que alguna vez fue nuestra, cuando chicos leíamos a Conan Doyle y jugábamos a deducir antes que el propio Sherlock sus misterios. Quien acertaba o estaba más cerca de hacerlo era declarado el más erudito, y el otro se convertía en su Doctor Watson por semanas. Fueron los mejores años de nuestra corta infancia, hasta que tuve que mudarme con mi padre a Padua.

Le dejé mi tarjeta y prometí que lo encontraría. La señora Inés ya estaba vieja para tanta esperanza, pero leyó en voz alta el cartón y se enorgulleció: "Rómulo Vicente, Investigador privado". Al menos uno de los dos cumplió su sueño. Me contuve de responderle que si dios te detesta te cumple tus deseos más profundos.

El miércoles parece ser el día D. Lo que gestó el lunes y martes en casa de su madre (seguramente antes) se concretó el miércoles. Sus vínculos más cercanos son el vasco, tiene una carpintería sobre Vélez Sarsfield, y el kiosquero de Sarmiento y Agüero. Decido visitar al segundo.

Dice que no lo ve hace una semana, que habían quedado en cenar el viernes, pero nunca apareció. ¿Y eso no le pareció raro?, indago. No se me ocurrió nada, siempre hacía esas cosas de borrarse y reaparecer a los días. Misma historia. Dos conclusiones: o lo cubren o es verdad que se lo

**“Dos conclusiones: o lo cubren o es verdad que se lo tragó la tierra, pero la tierra no obra sola, no de esta forma. El misterio tiene su resolución en la tierra misma y nada desaparece sin dejar rastro. Tengo que encontrar ese rastro.”**

tragó la tierra, pero la tierra no obra sola, no de esta forma. El misterio tiene su resolución en la tierra misma y nada desaparece sin dejar rastro. Tengo que encontrar ese rastro.

El carpintero es difícil de encontrar, se la pasa manejando de un lugar a otro, que pasó en media hora, que ya tiene que estar por llegar, respuestas vacías de quien dice ser el hijo. Finalmente espero casi una hora para poder hablar con él, era el más cercano. Mis años fuera no dejaron marca alguna, todo cambió tanto desde mi emigración que volver al pago fue como volver a empezar. Dice que lo vio el jueves cerca de las 16.30 en la estación de servicio de la ruta, la Shell. Primer indicio fuera del relato que venía construyendo, eso o miente. ¿Pero por qué mentir así? ¿Qué podría esconder? Me invita a pasar al taller: dos pibes mueven una puerta a medio construir y se hablan entre risas mientras me miran. Que no les haga caso, me dice, que son dos boludos. Me ofrece un mate, pero niego ya que no comprendo la necesidad ni las ganas de tomar mates con treinta grados de sensación térmica. Simula medir una madera con su metro y antes de marcarla se queda pausado, pensando. ¿Dije jueves? Quise decir martes. Desde el martes no lo ve. Eso cambia todo, es confuso, es inteligente y a la vez ignora mis deducciones. Le doy la espalda y me retiro. Necesito reacomodar los testimonios.

## 2

Antes de la compra en el mercado ¿hizo alguna llamada, alguna visita? Según el registro de llamadas habló con una empresa de transportes de muebles a las 13.53 y con el 4773429 a las 14.03. Ese número... Hilda Rivarola. La segunda desaparecida. ¿Fuga? ¿Vínculo amoroso? ¿Cómplice ¿De qué? Está claro que algo quería mover, ¿un mueble? No, es absurdo. Hilda había sufrido el mismo destino que él, dos días antes en circunstancias extrañas en la vereda de su casa. Su auto seguía allí, pero ella no. ¿Aquella acompañante en el auto tras la salida del mercado era ella? No, no es posible. Algo no cierra. Me acuerdo que cuando éramos chicos él siempre repetía: Si estás estancado, volvé al principio.

Vuelvo a casa de su madre, pero ya no hay

**“Sobre la chimenea del living comedor posa una foto: Manuel abraza fraternalmente entre risas a Inés, su madre, y a una chica de ojos marrones y dos peculiares lunares en el mentón: la cajera del mercado.”**

nadie. Algo anda mal. Fuerzo la puerta y entro. Los muebles tapados con sábanas blancas, cajas apiladas y cosas a medio embalar. Se me escapa la tortuga, carajo. Sobre la chimenea del living comedor posa una foto: Manuel abraza fraternalmente entre risas a Inés, su madre, y a una chica de ojos marrones y dos peculiares lunares en el mentón: la cajera del mercado, hija de puta. Tomo la foto y vuelvo rápidamente a la calle Libertad; entro atropelladamente. No se me van a cagar de risa en la cara. Busco a la cajera desesperadamente, pero una más rellenita me dice que su turno terminó hace una hora. Salgo ofuscado. No logro comprender. Nadie dijo que iba a ser fácil, pero nunca pensé que iba a fallar así. Cuando éramos chicos siempre decía que la búsqueda de la verdad se asemejaba al fuego, mientras más cerca, más quema. Algo no andaba bien pero también podía sentir el fuego quemándome los pies.

Volví al kiosco y hablé nuevamente con el kiosquero, esta vez menos amistoso, otra vez repetía lo mismo. Tuve que agarrarlo de la camisa y darle algunas trompadas para que se quebrara y cambiara el relato: ahora afirmaba haberlo visto el mismo miércoles de su desaparición, alrededor de las 14.50, le proveyó una camioneta, una Saveiro, para hacer un viaje a la Costa. ¿Qué parte de la Costa? San Clemente. ¿Iba solo? No. Le pegué dos trompadas más para que no diga el nombre de la acompañante, no necesitaba confirmación. Volví a la carpintería, pero otra vez no pude dar en la primera con el vasco. El cronograma estaba más o menos armado: lunes y martes ultimó detalles de su escape, preparó la mudanza de su madre, pasó a realizar una compra (¿y algo más?) y se borró en dirección a Merlo. El vasco no hubiese proporcionado nada nuevo, no pretendo

ahondar ahí ni magullar a un pobre viejo así que me retiro. Rondo los alrededores de la casa de Inés durante tres horas. No se presenta nadie ni nadie parece estar en el interior. De repente llega una camioneta blanca, baja un muchacho con gorra y abre las puertas traseras, baja con un paquete en la mano y deja el paquete en el buzón. Deduce o sabe que no hay nadie en el lugar. Es conspirativo. Se sube a la camioneta y se marcha. Me acerco discretamente y tomo el paquete. Vuelvo a mi auto y lo abro: la primera edición de *El valle del terror* de 1915, de Conan Doyle. Aquella que le regalé antes de mudarme con mi padre; y una nota: *Considerálo un presente, por adelantado. No pretendo hacerte perder más tiempo. Estoy lejos y no vas a poder encontrarme. Manuel.*

¿Que no voy a encontrarte? No me creas tan gil como para comerme el verso de la Costa. No hay nada peor que la mentira. ¿Una traición? Comparado a una mentira vaya y pase. ¿Pasarse de vivo? En mi cara nunca. Vuelvo al kiosco por tercera vez. El puesto de diarios está atestado de libros entre los que reconozco Colorado Kid, de Stephen King. Entro y cierro la puerta detrás mío. Agarro al hijo de puta y lo arrastro al fondo. ¿Algo más que tenga que saber? Entre sollozos y ruegos me dice que su madre se fue con él. Nada nuevo. Le muestro la foto. ¿La conocés? Es Julia, vive en Avellaneda y Roca. Lo silencio con dos tiros en la garganta.

**“Vuelvo al kiosco por tercera vez. El puesto de diarios está atestado de libros entre los que reconozco Colorado Kid, de Stephen King. Entro y cierro la puerta detrás mío.”**

Julia. Me está obsesionando más que Manuel mismo. ¿Qué papel cumplís? Camino hasta el lugar solo para llegar frío. Golpeo. No sale nadie. Empujo y entro. Desenfundo. Julia aparece en escena con poca ropa y trata de golpearme con una maceta, le agarro el brazo y la freno. No te voy a hacer nada, cooperá. ¿Y el arma?, pregunta. No es nada comparado conmigo. Nos miramos apasionadamente. ¿Era este el fuego que me quemaba? Nos besamos atropelladamente y me pongo a la par de ella: me saco la ropa. Ahora estamos iguales. La llevo a la cama y cogemos un rato largo.

### 3

Después de tantos años de servicio aprendí a dormir con un ojo abierto. La veo levantarse y caminar sigilosamente al baño. Su figura me excita, pero no hay tiempo para más acción. Le pregunto a dónde va y no me contesta. Acelera el paso. Tanteo mi pantalón en busca de mi arma y la encuentro. Vuelve a los tiros. Logro caer al piso y apuntarle al hombro. Disparo perfecto. Cae al piso. Me grita hijo de puta, que cómo pude. Es superficial, no hay peligro. Si no lo hacía yo me salía cara la joda. La levanto y la traslado a la cama. Le pregunto por Manuel. ¿Qué Manuel? No te hagas la pelotuda, le digo y le muestro la foto. Ah, ese Manuel. Se resiste. Se queda callada. Ignora que la verdad se escupe sola cuando hay sangre de por medio. La enfrío. Rompo el silencio: ¿De dónde se conocen? Marcos Paz es chico, las calles cortas y el Sarmiento sale cuando quiere. De viajar en colectivo. Que se conocen desde que ambos estudiaban en Las Heras. Entre charla y charla hubo besos, abrazos y sexo en su casa, la de ella. Esta misma cama. Me levanto medio asqueado. Ríe y se burla: ¿Te da asco? La agarro del pelo y la beso. No, me calienta más. Cogemos otra vez. Se hace de noche, me invita un trago. Ella también lo necesita: duele, pero todo dolor pasa, incluso el del corazón. Confiesa que hacía dos años no se veían, que en la calle él le corría la cara. Confiesa que para hacer creíble su coartada le pagó dos mil pesos para darme datos falsos. Ella no preguntó nada, el muy imbécil le contó todo: tenía planeado desaparecer un tiempo.



me importa. ¿Y por qué la foto con él e Inés? Porque por aquel entonces la cuidaba. ¿Y quién te importa? Vos. El trabajo puede esperar unas horas más.

## 4

Pienso en la patética forma de escapar y no enfrentar cara a cara al mejor amigo de la infancia. A la cobarde forma de escaparse con mi esposa, Ágata. La amistad no vale nada si está de por medio la mentira. El amor no vale nada si es mentira. No hago esto por venganza, soy un mercenario, no me interesa el motivo, solo fui contratado: una fuente anónima que los quiere muertos a él y a ella, y a todos los testigos que haya. Todo a través de un sobre amarillo con cincuenta mil pesos adjuntos. Precio razonable dadas las circunstancias.

El pavimento húmedo, las calles vacías. De fondo alguien escucha un tango cantado por el Polaco: *Primero hay que saber sufrir después amar, después partir y al fin andar sin pensamiento*. El sol empieza a iluminar, el humo de mi cigarrillo teje un hilo como Ariadna, me transformo en Teseo y en el minotauro a la vez. Me siento acorralado por el amargo sentimiento de la traición y la mentira. A mi regreso Julia espera para volver a empezar y yo eludo la súbita forma de helar mis sentimientos que ella posee. Estaciono a dos cuadras y espero dentro del auto. No hay movimientos en la casa. En los trabajos de vigilancia hay que andar obligatoria y mínimamente con dos vasos: uno cargado siempre con líquido potable y el otro listo para ser meado. Se acerca una moto y deja el diario del día. Me acerco y lo llevo a mi auto. La casa es rosa, alta y espaciosa. Dos perros corren por el campo y juegan con una pelota que pasa de boca en boca, por turnos. En el diario local hablan del cruel asesinato a un comerciante de la localidad y de la desaparición de la concejal Hilda Rivarola. ¿Tendrá algo que ver con Manuel o eso corre por otro río? ¿Su vinculación con el narcotráfico llegó a barranco? Finalmente, en la puerta de la casa rosa se asoma un hombre, alto y enjuto: es Manuel. Seguramente busca el diario; no lo encuentra y vuelve al interior de la casa pateando. La satisfac-

ción se viste de simpleza, y a veces el odio comienza por delgadas simplezas como esta.

Espero una hora más: los veo salir juntos: Manuel y Ágata. Y el verdadero odio comienza con la mentira; pienso en Julia y vuelvo al plan. Se dirigen al fondo, a la parrilla. Él comienza a apilar palos de madera, ella prepara un trago. Del interior de la casa sale Inés. Flor de trío. Camino sigilosamente bordeando el alambrado. Desenfundo. Los perros corretean por el campo atrás de Ágata que parece más feliz que nunca. Miro por la ventana que da a la cocina y veo el circo venidero: ensaladas, vermú y hielo. ¿Festejos? Yo les voy a dar motivos de sobra. Me escabullo por la diminuta ventana y espero. A los diez minutos entra Inés, llega a la barra en busca del vermú y se sorprende al verme. Disparo certero a la cabeza, el piso es un reguero de sangre. La botella cae y su sonido alerta. Fijáte qué le pasó a mamá, pide él. Ágata entra y grita por el rojo del piso. La callo con un ademán y grita más fuerte. Disparo a la rodilla y cae. De Manuel ni noticias. Ella suplica, que no lo hizo para lastimarme, que simplemente ya no me amaba. Puedo vivir con eso. Contesto que si viviéramos de intenciones las tropas de Napoleón no hubieran hervido botas en Rusia, pero ya era tarde, como ahora. Su muerte fue rápida, yo tampoco la amaba ya. Manuel me sorprende por la espalda, Ágata fue el señuelo. Cagón.

—¿Te acordás que jugábamos a resolver crímenes? ¿Por qué no deducís tu propia muerte, Romulito?

—Siempre supe que vos ibas a terminar de la vereda de enfrente.

—¿Tan obvio era?

—Te cansaste de ser Watson y elegiste el papel de Moriarty.

—¿Quién quiere ser el segundo cuando se puede ser el primero?

—Tu egoísmo te condenó y entiendo tu enojo, pero, ¿por qué Ágata?

—¿Por qué no? En unas horas voy a ser dueño de medio Marcos Paz. Puedo tener todo lo que deseo y ella estaba en mis planes.

—Para vos es todo un juego. La cagaste vendiendo.

—Te recuerdo que vos la mataste.

Río.

—Deberías saber que el trabajo es el trabajo.

—No te culpo. Solo tengo la curiosidad, antes de boletearte, de saber quién te contrató. ¿Fueron los japoneses? ¿O los vascos?

—Mis contratos son anónimos.

—No te creo nada. ¿Quién me delató? No me digas Hilda porque todavía sigue en el baúl de la camioneta, yo mismo revisé.

Misterio resuelto. No pienso en la gravedad de dar el nombre ya que ella estará segura en unas horas.

—Julia.

—¿Esa pendeja? ¿Te contó que me la cogía?

—Me habló brevemente de sus encuentros. Y estoy dispuesto a perdonarte por lo que le hiciste a ella.

—¿Vos perdonarme? No estás entendiendo nada.

Ríe socarronamente.

Aprovecho la distracción y lo tomo del brazo. Un disparo, dos, al techo. Le acierto un golpe en el mentón. Cae junto con la pistola y se levanta rápidamente. Se pone en guardia y pega. Ahora esto es mano a mano. Me saco el sombrero y la cazadora. Él se arremanga la camisa. Tira la primera, esquivo y le doy en el costado izquierdo. Se inclina y se balancea. Lanzo otra, pero la freno con el brazo. Tiene dotes pugilísticos. Me acierta un *cross* en la nariz. Comienzo a sangrar y a ver todo blanco. Hijo de puta. Siento otro golpe en el hígado, otro en el estómago y caigo. Escupe sangre, yo dreño por mi boca el mismo líquido.

—Ahora vas a ver, hijo de puta. Cuando te mate voy a hacerme un asado con tu carne.

**“La amistad no vale nada si está de por medio la mentira. El amor no vale nada si es mentira. No hago esto por venganza, soy un mercenario, no me interesa el motivo, solo fui contratado.”**

—No te olvides de mandar también a Inés a la parrilla.

—Ah, ¿te hacés el gracioso encima?

Atina a patearme y lo esquivo. La patada va con fuerza. Lo tomo por el pie y lo levanto, cae de espaldas. Escupe sangre y me abalanzo sobre sus costillas con todo el peso de mi cuerpo. Agoniza.

—¿Querés saber quién me dejó el sobre amarillo con la guita? Te voy a dar una pista: Yo. El yo de nuestra infancia. Porque si pudiese volver el tiempo atrás hubiese hecho de vos otra persona, te hubiese dado el papel de Sherlock. Ser el primero no siempre es como uno cree, y los amigos son lo más parecido a una familia.

—Hijo de puta sentimental.

Rengueo hasta la pistola. No simula moverse, no pretende hacerlo. Le cuesta respirar y emana sangre de toda la cara. Probablemente tenga algunas costillas rotas. Tomo la pistola, tengo que terminar el trabajo por el cuál fui contratado.

—¿Todo esto es por Ágata?

—En parte. Y en parte porque me revienta la gente garca. Te cagás en los infelices de este lugar, te enriqueces a costa de los pobres y a tus amiguitos dueños del pueblo les concedes los pedidos. Esto es más que algo personal. Es un bien a toda la humanidad. Disparo una sola vez, al centro de su cráneo. Un trabajo perfecto.

## 5

Me alejo como puedo de esa casa. El lugar está bañado en sangre y los cuerpos yacen inmutables como el amanecer junto al mar. Nadie dice nada, todos guardan silencio a la espera de las campanas crepusculares. Afuera, los dos perros siguen corriendo, ignorando el infierno sobre su paraíso. Se cierne un trémulo viento que empuja mis heridas. Subo a mi auto y prendo un cigarrillo. El humo me reconforta. Río. Trago whisky para el dolor. Vuelvo a Creta. Mañana el mundo será un lugar mejor porque le saqué una espina del culo. Y probablemente el rosal se acerque a mí en busca de respuestas y hasta pincharme, y ahí los voy a estar esperando. A los dueños del lugar, a las lacras estafadoras escondidas bajo fueros políticos y con apellidos de venganza. A ellos les digo: vengan por mí.

# UNA VISITA INDESEABLE

por *Marco Denevi*

(Publicado en el matutino de *La Nación*, en 1990)



**E**l amor entre un hombre y una mujer nace del instinto sexual. Así que los desaires, los fracasos y los conflictos amorosos, no pudiendo matar el instinto, tampoco pueden matar la capacidad para enamorarse. Los políticos deben de creer que con el amor por la democracia sucede algo parecido: no importa que malas experiencias nos depare, siempre la democracia contará con nuestra disposición para amarla. Me parece que se equivocan.

En la República Argentina, por ejemplo, para mucha gente la experiencia de la democracia se ha soldado a la experiencia de la pobreza, de la crisis económica, de la Justicia morosa, de la educación descuidada, de la salud mal atendida, de la falta de vivienda, etcétera.

Para millones de argentinos, desde hace años, las malas experiencias prevalecen sobre las buenas, esto es, sobre las libertades democráticas y las garantías constitucionales. Yo creo que prevalecen. En cambio, los políticos están convencidos de lo contrario: aunque vivan en pésimas condiciones durante toda su existencia, los pobres no renegarán nunca de su amor por la democracia, incluso si la democracia les refriega por las narices los irritantes privilegios de unos pocos.

La realidad me dice otra cosa. Conozco a muchos argentinos que añoran la época de Onganía porque, si bien no había democracia, a ellos les iba económicamente mejor que en tiempos de Illia o de Alfonsín. Ahora tropiezo a cada rato con personas que, hartas de ser las víctimas de los desastrosos planes económicos de los gobiernos democráticos, rezongan: “Aquí hace falta una mano dura, un Franco”.

Si los políticos no estuviesen encerrados en su gueto, si no fuesen tan miopes, sordos y a menudo

soberbios, harían bien en tomar en cuenta esos datos de la realidad.

Nadie nace demócrata como quien nace rubio o con los ojos azules. Uno se va haciendo demócrata a medida que percibe las virtudes de la democracia a través de las experiencias personales. Suponer que la experiencia de poder elegir a los gobernantes y de gozar de las garantías constitucionales le bastan al pobre para convertirse en demócrata acérrimo aunque simultáneamente se lo condene a nacer, a vivir y a morir en la pobreza es una bobada, una hipocresía o una maldad.

Y para qué hablar si el pobre ve que la democracia, impotente para rescatarlo a él de esa condena de por vida, permite que otros disfruten de grandes privilegios, se hagan ricos de la noche a la mañana sin derramar una gota de sudor, eludan cualquier sacrificio y encima les den lecciones a los pobres de cómo deben resignarse a ser pobres.

Formulémonos una pregunta y contestémosla con la mano sobre el corazón: si los gobiernos militares hubiesen provocado una gran prosperidad económica ¿cuántos argentinos los maldecirían como los maldicen ahora? Planteémonos una segunda pregunta, y volvamos a responder sin apelar a la retórica hueca de los políticos: para un

**“Conozco a muchos argentinos que añoran la época de Onganía porque, si bien no había democracia, a ellos les iba económicamente mejor que en tiempos de Illia o de Alfonsín.”**

desdichado que gana un jornal miserable, carece de servicios públicos y vive en una tapera ¿qué pesa más, esa múltiple desgracia o la libertad de expresión de las ideas, el hábeas corpus, el sufragio universal y secreto?

[...]

Para defender la democracia, los políticos suelen usar el mismo tipo de argumentaciones, válidas para ellos, para intelectuales, para gente que tiene el pan asegurado, para estudiantes universitarios, para periodistas, para personas leídas y viajadas. Pero un vasto sector de la población argentina oye ese panegírico como un naufrago a punto de ahogarse oiría recitar los poemas marinos de Saint-John Perse.

La crisis económica, cuando es grave y se prolonga durante años y años, siempre es una visita indeseable en el domicilio de la democracia. Ha sido el sponsor del totalitarismo y la madrina de la demagogia. La historia lo prueba hasta la saciedad Y puede ser mortífera si algunos pocos le cierran la puerta en las narices, mientras el resto se ve obligado a sentarla a su mesa y a tenerla como huésped permanente. Porque entonces, con tal de expulsar a ese visitante indeseable, cualquier método parecerá bueno aunque la democracia se escandalice.

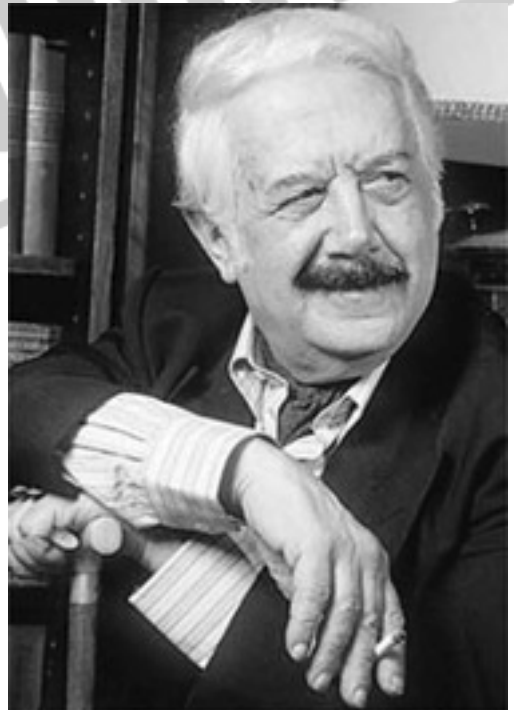
Este lamentable estado de ánimo ya despunta en muchos argentinos, por más que los políticos se resistan a reconocerlo o lo atribuyan a siniestras maquinaciones de alguna minoría antidemocrática. Ningún pueblo se rebela, en nombre de la libertad, contra un sistema de gobierno que le asegure el goce de la riqueza material.

Quienes interpretan que la caída del muro de Berlín y las convulsiones en la Europa del Este responden a un puro apetito de democracia se equivocan, creo yo. No estoy seguro de que esos pueblos envidien la democracia ajena, sí lo estoy de que envidian la prosperidad ajena. Y puesto que ven que la prosperidad se ha instalado en la democracia ajena, aspiran a ser democráticos para ser prósperos.

Claro está, toman el ejemplo de países donde la democracia ha probado el mérito de facilitar o por lo menos de no impedir el bienestar económico.

Pero si tomasen a la democracia argentina como modelo, ¿sentirían el mismo entusiasmo? Lo dudo. Porque tal es nuestro más bochornoso atraso respecto del reloj de la historia: no conseguimos poner la prosperidad al diapasón de la democracia. Estamos como los italianos en los años 20 o como los españoles en los 30. Desde hace décadas, y a través de varias generaciones de argentinos, no hemos podido demostrar que la democracia, aparte de ser el custodio de las libertades políticas, es también el empresario del bienestar del pueblo.

No hay que asombrarse, pues, de que entre nosotros se propaguen las voces anacrónicas que claman por “la mano dura”. Mientras tanto los políticos les leen, a los naufragos de la crisis económica, las bellas poesías de Saint-John Perse. Que los retortijones de estómago y que las boqueadas de ahogado no interrumpan esa música sublime.



*Pese a estar alejado de la vida mediática, Marco Denevi mostró una inmensa preocupación por la realidad argentina. Publicó notas periodísticas de opinión durante dieciocho años en el diario La Nación, y en su ensayo La República de Trapalanda, ahonda más en esta cuestión.*

# Marejada nocturna

Nombre original: **Night Surf (1978)**

Por **STEPHEN KING**



una pandilla de chicos. Supongo que se apoderaron de los equipos de transmisión de la WRKO o la WBZ después de que todos partieron o murieron. Sólo empleaban siglas chistosas, como WDROGA o KOÑO o WA6 o cosas parecidas. Muy graciosos, de veras..., como para morir de risa. Ésa era la que escuchábamos al volver a la playa. Yo le había cogido la mano a Susie; Kelly y Joan marchaban delante de nosotros, y Needles ya había pasado la cresta del promontorio y se había perdido de vista. Corey marchaba a retaguardia, balanceando la radio. Los Stones cantaban *Angie*.

—¿Me *amas*? —me preguntó Susie—. Eso es lo único que quiero saber, ¿me *amas*? —Susie necesitaba que la reconfortaran constantemente. Yo era su osito de juguete.

—No —respondí. Susie estaba engordando, y si vivía el tiempo suficiente se pondría realmente fofa. Ya era demasiado pomposa.

—Eres una basura —dijo, y se llevó la mano a la cara. Sus uñas laqueadas refulgieron fugazmente bajo la media luna que había asomado hacía media hora.

—¿Vas a llorar otra vez?

—¡Cierra el pico! —contestó ella. Sí, me pareció que iba a echarse a llorar de nuevo.

Llegamos a la cresta y nos detuvimos. Siempre tengo que detenerme. Antes de la A6 ésta había sido una playa pública. Turistas, grupos que organizaban picnics, chiquillos con los mocos colgando y abuelas gordas y flácidas con los hombros quemados por el sol. Envoltorios de caramelos y palitos de pirulines en la arena, toda la bella gente magreándose sobre sus mantas de playa, más el olor de los tubos de escape del aparcamiento, de las algas marinas, del aceite «Coppertone».

Pero ahora la bazofia y la mierda habían desaparecido. El océano lo había devorado todo, absolutamente todo, con la misma indiferencia con que uno podría devorar un puñado de «Cracker Jacks». No había gente que pudiera volver a ensuciar la playa. Sólo nosotros, y no éramos

**C**uando el tipo estuvo muerto y el olor de su carne quemada se hubo despejado del aire, volvimos todos a la playa. Corey tenía su radio, uno de esos aparatos de transistores del tamaño de una maleta que se cargan con cuarenta pilas y que también pueden grabar y reproducir cintas magnetofónicas. En verdad la calidad del sonido no era excepcional, pero, eso sí, era potente. Corey había sido rico antes de la A6, pero esos detalles ya no interesaban. Incluso esta enorme radio-magnetófono no era más que un hermoso trasto. En el aire sólo quedaban dos emisoras de radio que podíamos sintonizar. Una era la WKDM de Portsmouth, con un disco-jockey palurdo que padecía delirios religiosos. Ponía un disco de Johnny Ray, leía un pasaje de los Salmos (sin omitir ningún *Selah*, como James Dean en *Al este del Edén*), y después lloraba un poco más. Siempre la misma jarana. Un día cantó *Bringing in the Sheaves* con una voz quebrada y gangosa que nos puso histéricos a Needles y a mí.

La emisora de Massachusetts era mejor, pero sólo sintonizábamos por la noche. La controlaba

tantos como para hacer demasiado estropicio. Y creo que además estábamos enamorados de la playa. ¿Acaso no acabábamos de tributarle una especie de sacrificio? Incluso Susie, la putilla Susie con su culo gordo y sus pantalones «Oxford».

La arena era blanca y ondulada, y sólo estaba alterada por el límite más alto de la pleamar: una franja sinuosa de algas, conchas marinas y resaca. La luna proyectaba negras sombras semicirculares y pliegues sobre todos los elementos. La torre abandonada del salvavidas se aldaba blanca y esquelética a unos cincuenta metros de las casetas de baño, apuntando al cielo como la falange de un dedo.

Y la marejada, la marejada nocturna, que despedía grandes trombas de espuma, y que estallaba contra los acantilados hasta donde alcanzaba la vista, con incesantes embates. Quizá la noche anterior esas mismas aguas habían estado a mitad de trayecto de Inglaterra. «Angie por los Stones —anunció la voz quebrada de la radio de Corey—. Estoy seguro de que os agrada, un eco del pasado que suena como los dioses, directamente del surco, un disco que gusta. Os habla Bobby. Ésta debería haber sido la noche de Fred, pero Fred tiene la gripe. Está completamente hinchado.»

Susie eligió ese momento para reír, aunque las lágrimas todavía le colgaban de las pestañas. Apresuré la marcha hacia la playa para hacerla callar.

—¡Esperad! —gritó Corey—. ¿Bernie? ¡Eh, Bernie, aguarda!

El tipo de la radio leía unas coplillas obscenas, y se oyó en el fondo la voz de una chica que le preguntaba dónde había dejado la cerveza. Él contestó algo, pero nosotros ya habíamos llegado a la playa. Miré atrás para ver cómo se las ingeniaba Corey. Se deslizó sobre el culo, como de costumbre, y me pareció tan ridículo que lo compadecí un poco.

—Corre conmigo —le dije a Susie.

—¿Por qué?

Le di una palmada en las nalgas y chilló.

—Sólo porque se me antoja.

Corrimos. Ella se quedó rezagada, resollando como un caballo y pidiéndome a gritos que acortara el paso, pero yo me la quité de la cabeza. El viento zumbaba en mis oídos y me hacía fla-

mear el pelo sobre la frente. Olía la sal de la atmósfera, penetrante y acre. Restallaba la marejada. Las olas parecían una espuma de cristal negro. Me quité las sandalias de goma, con sendos puntapiés, y corrí descalzo por la arena, sin que me inquietara el pinchazo ocasional de una concha. Me bullía la sangre.

Y entonces vi la tienda. Needles ya estaba dentro y Kelly y Joan estaban al lado, cogidos de la mano y mirando el agua. Hice una cabriola, sentí que la arena se colaba por el cuello de mi camisa y aterricé junto a las piernas de Kelly. Éste cayó encima de mí y me frotó la cara con arena mientras Joan reía.

Nos levantamos y nos sonreímos. Susie había dejado de correr y se acercaba pesadamente a nosotros. Corey casi la había alcanzado.

—Qué fogata —comentó Kelly.

—¿Crees que vino desde Nueva York, como dijo? —preguntó Joan.

—No lo sé.

Tampoco me parecía que importara. Cuando lo encontramos, semidesvanecido y delirando, estaba tras el volante de un gran «Lincoln». Su cabeza tumefacta tenía el tamaño de un balón de fútbol y su cuello parecía una salchicha. Estaba en las últimas y de todos modos no iría demasiado lejos. Así que lo llevamos al promontorio que se alza sobre la playa y lo quemamos. Dijo que se llamaba Alvin Sackheim. Llamaba constantemente a su abuela. Confundía a Susie con su abuela. Esto le pareció gracioso a Susie, quién sabe por qué. Las cosas más raras le parecen graciosas.

Fue a Corey a quien se le ocurrió la idea de quemarlo, pero todo empezó como un chiste. Él había leído en la Universidad muchos libros sobre brujería y magia negra, y no cesaba de hacernos muecas en la oscuridad, junto al «Lincoln» de Alvin Sackheim, diciendo que si ofrecíamos un holocausto a los dioses tenebrosos quizá los espíritus seguirían protegiéndonos de la A6.

Por supuesto, ninguno de nosotros creía en tal patraña, pero la conversación se tornó cada vez más seria. Era una nueva distracción, y finalmente nos pusimos de acuerdo y lo hicimos. Lo atamos al telescopio de observación que estaba montado allí, ése con el que puedes ver todo el paisaje hasta el faro de Portland, si echas una moneda en un día despejado. Lo atamos con nuestros cinturones y después fuimos a buscar ramas secas y trozos de

resaca, como niños que jugaran a una nueva versión del escondite. Mientras tanto, Alvin Sackheim estaba recostado allí y le murmuraba a su abuela. Los ojos de Susie se pusieron muy brillantes y respiraba agitadamente. La escena la excitaba mucho. Cuando nos metimos en el cañón que está del otro lado del promontorio se apoyó contra mí y me besó. Llevaba demasiado carmín y fue como besar una chapa grasienta.

La aparté y fue entonces cuando empezó a hacer pucheros. Volvimos, todos, y apilamos las ramas secas hasta la cintura de Alvin Sackheim. Needles encendió la pira con su «Zippo» y se inflamó rápidamente. Por fin, apenas un momento antes de que se le incendiara el pelo, el tipo empezó a chillar. En el aire flotaba un olor parecido al del cerdo dulce de las comidas chinas.

—¿Tienes un cigarrillo, Bernie? —preguntó Needles.

—Tienes unos cincuenta cartones a tus espaldas.

Sonrió y le dio un manotazo a un mosquito que le estaba picando en el brazo.

—No tengo ganas de moverme.

Le di un cigarrillo y me senté. Susie y yo habíamos conocido a Needles en Portland. Estaba sentado sobre el bordillo de la acera frente al «Slate Theater», tocando melodías de Leadbelly con una vieja y enorme guitarra «Gibson» que había robado en alguna parte. El sonido reverberaba de un extremo a otro de Congress Street como si estuviera tocando en una sala de conciertos.

Susie se detuvo delante de nosotros, todavía jadeante.

—Eres un desgraciado, Bernie.

—Por favor, Susie. Da vuelta al disco. Esa cara apesta.

—Cerdo. Estúpido hijo de puta. Insensible. ¡Crápula!

—Vete o te arrearé en un ojo, Susie —dije—. Te lo juro.

Se echó a llorar de nuevo. Ésa era su especialidad. Corey se acercó y trató de rodearla con el brazo. Susie le pegó un codazo en la ingle y él le escupió en la cara.

—¡Te mataré! —le acometió, chillando y llorando, haciendo girar las manos como aspas. Corey retrocedió y estuvo a punto de caer, y después dio media vuelta y huyó. Susie lo siguió,

profiriendo procacidades histéricas. Needles echó la cabeza hacia atrás y se rió. El ruido de la radio de Corey nos llegó débilmente por encima del de la marejada.

Kelly y Joan se habían alejado. Los vi caminar junto al borde del agua, ciñéndose recíprocamente la cintura con los brazos. Parecían salidos de uno de esos anuncios que hay en los escaparates de las agencias de viajes: *Volad a la paradisíaca St. Lorca*. Estupendo. Disfrutaban mucho.

—¿Bernie?

—¿Qué quieres?

Me senté y fumé y pensé en Needles: levantando la tapa de su «Zippo», accionando la ruedecilla, prendiendo fuego con pedernal y acero como un troglodita.

—La he pescado —dijo Needles.

—¿De veras? —Lo miré—. ¿Estás seguro?

—Claro que sí. Me duele la cabeza. Me duele el estómago. Siento un ardor al orinar.

—Quizás es sólo la gripe de Hong Kong. Susie tuvo la gripe de Hong Kong. Ya pedía una Biblia. —Me reí. Eso había sucedido cuando aún estábamos en la Universidad, más o menos una semana antes de que la clausuraran definitivamente, un mes antes de que empezaran a cargar los cadáveres en camionetas de volquete y a enterrarlos en fosas comunes con palas mecánicas.

—Mira. —Encendió una cerilla y la colocó bajo el ángulo de su quijada. Vi las primeras manchas triangulares, la primera hinchazón. Sí, era la A6.

—De acuerdo —asentí.

—No me siento muy mal —comentó—. Psicológicamente, quiero decir. Tu caso es distinto. Tú piensas mucho en eso. Me doy cuenta.

—No, no pienso en ello —mentí.

—Claro que piensas. Y en el tipo de esta noche. También piensas en eso. Es probable que le hayamos hecho un favor, en última instancia. Creo que no se dio cuenta de lo que sucedía.

—Sí, se dio cuenta.

Needles se encogió de hombros y se volvió.

—No importa.

Fumamos y yo miraba cómo las olas iban y venían. Needles estaba en las últimas. Eso hacía que todo volviera a asumir contornos muy reales. Ya estábamos a fines de agosto y dentro de un par de semanas se insinuarían los primeros fríos de otoño. Sería hora de buscar abrigo en alguna parte. Invierno. Probablemente cuando llegara la

Navidad estaríamos todos muertos. En una sala ajena, con el costoso radio-magnetófono de Corey colocado sobre una biblioteca de libros condensados del *Reader's Digest* mientras el débil sol de invierno proyectaba sobre la alfombra las absurdas formas de los marcos de las ventanas.

La imagen fue lo suficientemente nítida como para hacerme temblar. En agosto nadie debería pensar en el invierno. Es como sentir pisadas sobre la propia tumba.

Needles se rió.

—¿Has visto? Tú sí que piensas en eso.

¿Qué podía contestar? Me levanté.

—Iré a buscar a Susie.

—Quizá somos los últimos habitantes de la Tierra, Bernie. ¿Has pensando en ello alguna vez?

Bajo la tenue luz de la luna ya parecía medio muerto, con sus ojeras y sus dedos pálidos, inmóviles, semejantes a lápices.

Me acerqué al agua y paseé los ojos sobre ella. No había nada para ver, excepto los lomos inquietos y movedizos de las olas, rematados por delicados copetes de espuma. Allí el fragor de las rompientes era tremendo, más descomunal que el mundo. Como si estuvieras en medio de una tormenta eléctrica. Cerré los ojos y me mecí sobre los pies descalzos. La arena estaba fría y apelmazada. ¿Qué importaba si éramos los últimos habitantes del mundo? Eso continuaría mientras hubiera una Luna que ejerciera su atracción sobre el agua.

Susie y Corey estaban en la playa. Susie lo cabalgaba como si él fuera un semental brioso, y le metía la cabeza bajo el agua bullente. Corey manoteaba y chapoteaba. Ambos estaban empapados. Me acerqué a ellos y derribé a Susie con el pie. Corey se alejó a gatas, escupiendo y resollando.

—¡Te odio! —me gritó Susie. Su boca era una oscura media luna sonriente. Parecía la entrada del barracón de la risa de un parque de diversiones. Cuando yo era niño mi madre nos llevaba a mí y a mis hermanos al Harrison State Park y allí había un barracón de la risa con una enorme cara de payaso en el frente, y la gente entraba por la boca.

—Vamos, Susie. Arriba, perrilla. —Le tendí la mano. Ella la cogió dubitativa y se levantó. Tenía arena húmeda pegada a la blusa y la piel.

—No deberías haberme empujado, Bernie. No te permitiré...

—Vamos —repetí. No parecía un tocadiscos mecánico: no hacía falta echarle monedas y no se desconectaba nunca.

Caminamos por la playa hasta la concesión principal. El hombre que administraba el establecimiento tenía un pisito en la planta alta. Había una cama. Susie no se merecía realmente una cama, pero Needles tenía razón. No importaba. Ya nadie controlaba el juego.

La escalera estaba adosada a la pared lateral del edificio, pero me detuve un minuto para mirar por la ventana rota las mercancías polvorientas que había dentro y que ya nadie se molestaba en robar: pilas de camisetas deportivas (con la leyenda «Anson Beach» y una imagen de cielo y olas estampada en el pecho), pulseras resplandecientes que dejaban verde la muñeca al segundo día, brillantes pendientes de pacotilla, balones de playa, tarjetas de visita mugrientas, vírgenes de cerámica mal pintadas, vómito plástico (*¡Muy realista! ¡Pruébelo con su esposa!*), fuegos artificiales para un Cuatro de Julio que nunca se celebró, toallas de playa con una chica voluptuosa en bikini rodeada por los nombres de un centenar de famosos centros turísticos, gallardetes (*Recuerdo de la playa y el parque Anson*), globos, bañadores. En el frente había un snack bar especial con un gran cartel que decía: PRUEBE NUESTRO PASTEL ESPECIAL DE MARISCOS.

Yo frecuentaba mucho Anson Beach cuando aún era alumno de la escuela secundaria. Eso fue siete años antes de la A6 y cuando andaba con una chica llamada Maureen. Una chica fornida. Usaba un bañador rosado a cuadros. Acostumbraba a decirle que parecía un mantel. Caminábamos por la acera de tablas que pasaba frente a ese establecimiento, descalzos, con la madera caliente y arenosa bajo los talones. Nunca probamos el pastel especial de mariscos.

—¿Qué miras?

—Nada.

Tuve sueños feos y llenos de sudor en los que aparecía Alvin Sackheim. Estaba recostado tras



el volante de su reluciente «Lincoln» amarillo, hablando de su abuela. No era nada más que una cabeza tumefacta, ennegrecida, y un esqueleto carbonizado. Olía a quemado. Hablaba sin cesar y después de un rato ya no pudo pronunciar ni una palabra. Me desperté jadeando.

Susie estaba despatarrada sobre mis muslos, pálida y abotargada. Mi reloj marcaba las 3.50, pero se había parado. Afuera aún estaba oscuro. La marejada golpeaba y estallaba. Pleamar. Aproximadamente las 4.15. Pronto amanecería. Me levanté de la cama y fui hasta la puerta. La brisa marina me produjo una sensación agradable al acariciar mi cuerpo caliente. A pesar de todo no quería dormir.

Me encaminé hacia un rincón y cogí una cerveza. Había tres o cuatro cajones de «Bud» apilados contra la pared. Estaba tibia porque no había electricidad. Pero no me disgustaba la cerveza tibia, como a otras personas. Sólo produce un poco más de espuma. La cerveza es cerveza. Salí al rellano y me senté y tiré de la anilla de la lata y bebí.

Ésa era, pues, la situación: toda la raza humana aniquilada, pero no por las armas atómicas ni por la guerra biológica ni por la contaminación ni por nada portentoso. *Sólo por la gripe*. Me habría gustado colocar una inmensa placa en alguna parte. Quizás en las salinas de Bonneville. La Plaza de Bronce. De cuatro kilómetros y medio de longitud por cada lado. Y diría en grandes letras en altorrelieve, para información de cualquier extraterrestre recién llegado: SÓLO LA GRIPE.

Arrojé la lata de cerveza por encima de la baranda. Se estrelló con un ruido metálico hueco contra la acera de cemento que rodeaba el edificio. La tienda era un triángulo oscuro sobre la arena. Me pregunté si Needles estaba despierto. Y yo lo estaría.

—¿Bernie?

Susie estaba en el umbral, y se había puesto una de mis camisas. Esto es algo que aborrezco. Suda como un cerdo.

—Ya no te gusto mucho, ¿verdad, Bemie?

No contesté. Había momentos en que todavía podía apiadarme de todo. Ella no me merecía a mí así como yo no la merecía a ella.

—¿Puedo sentarme contigo?

—Dudo que haya espacio suficiente para los dos.

Dejó escapar un hipo ahogado y se encaminó nuevamente hacia dentro.

—Needles tiene la A6 —anuncié.

Se detuvo y me miró. Sus facciones no reflejaban la menor expresión.

—No bromees, Bernie.

Encendí un cigarrillo.

—¡No es posible! Tuvo la...

—Sí, tuvo la A2. La gripe de Hong Kong. Como tú y yo y Corey y Kelly y Joan.

—Pero eso significaría que no es...

—Inmune.

—Sí. Entonces nosotros podríamos enfermar.

—Quizá mintió cuando juró que había tenido la A2. Para que lo dejáramos venir con nosotros —dije.

Su rostro se distendió.

—Claro, eso es. Yo también habría mentido, en esa situación. A nadie le gusta estar solo, ¿verdad?

—Vaciló—. ¿Quieres volver a la cama?

—Aún no.

Susie entró. No hacía falta que le dijera que la A2 no era una garantía contra la A6. Ella lo sabía. Se había limitado a bloquear la idea. Me quedé sentado, mirando la marejada. Era verdaderamente la pleamar. Hacía algunos años, Anson había sido el único lugar decente de todo el Estado para practicar *surf*. El promontorio era una jiba oscura y sobresaliente que se recortaba contra el cielo. Me pareció ver el saliente que hacía las veces de atalaya, pero probablemente eso sólo fue obra de mi imaginación. A veces Kelly llevaba a Joan al promontorio. No creía que esa noche estuvieran allí arriba.

Metí la cara entre las manos y palpé la piel, su textura. Todo se comprimía con tanta rapidez y era tan mezquino... sin ninguna dignidad.

La marejada subía, subía. Sin límites. Limpia y profunda. Maureen y yo habíamos ido allí en verano, después de salir de la escuela secundaria, en el verano que precedió a la Universidad y a la realidad y a la A6 que había llegado del sudeste de Asia y que había cubierto el mundo como un palio, y entonces comimos pizza, escuchamos la radio, yo le unté la espalda con aceite, ella untó la mía, el aire estaba caliente, la arena brillante, el sol como un espejo cóncavo capaz de incendiar el mundo.

# LOS LIBROS DE STEPHEN KING ATRAVESANDO LA VIDA DE UN LECTOR FANÁTICO

Por HUGO CANAL BIALY



**E**l primer libro que leí de Stephen King fue "Cementerio de animales", lo compré por correo a través del Círculo de Lectores, que ofrecía textos en un catálogo, con un vendedor a domicilio. Recuerdo la alegría al recibirlo y el placer de la lectura, tenía sólo 16 años, y no sabía que ese escritor me iba a acompañar toda mi vida, además ya había visto algunas adaptaciones de sus novelas en ciclos de sábados por la noche en televisión. A partir de esta primera lectura empecé a leer primero los libros antes de ver la película o serie, con resultados muy malos en las adaptaciones (salvo excepciones) o diferentes en relación al material escrito. El último verano se murió Jazmín, una gata siamesa, que me acompañó por más de quince años y tuve toda la rabia y tristeza a la vez, y la idea de llevarla a un cementerio de mascotas me dio vueltas por la cabeza, para que reviva como en el libro mientras en mi mente sonaba la canción de Ramones: "*Yo no quiero morir en un cementerio de animales*".

## CARRIE, EMPIEZA LA SANGRE

En los films de secundaria americanos, hay ciertos clichés: el grupo de los nerds, las chicas populares que serán las porristas y los chicos atléticos, deportistas; los pasillos con casilleros y el evento social que marca el final de la adolescencia: el baile de graduación donde los varones con traje deberán asistir al baile con una chica luciendo un vestido, y será una ceremonia, incluso la invitación a la fiesta donde es de perdedores no ir acompañado.

*Carrie* fue la primera novela que escribió y publicó. Con las escenas muy grabadas del film de Brian Di Palma, lo leí abierto a descifrar el

mundo de esa estudiante atormentada, además de la crueldad estudiantil y el horror. Llegué a sentir lástima y ternura por ese personaje incomprendido, algo similar me había sucedido con *Frankenstein*, de Mary Shelley. Con crueldad, cinismo y agudo retrato social, King nos conmueve con la vida de Carrie White, una chica que apenas sobrevive en ese mundo asfixiante, siendo víctima de las burlas de sus compañeros (bullying en la década del 70) y se desata la tragedia en la fiesta final, cuando esa pobre chica no resiste más la exposición en público de tanto sarcasmo, y con poderes mentales desata un baño de sangre.

Con la capacidad de apropiarse de mitos literarios, y darles el tono local, en *Salem's Lot* el escritor, con estilo gótico, cuenta una gran historia



de vampiros situada en Nueva Inglaterra.

En sus primeros años ya era prolífico, pero no estaba aceptado ni era posible que un narrador publicara dos novelas anuales, y que encima sean tan buenas que vendan. Entonces con un editor, King encontró la solución: editar en forma paralela bajo un pseudónimo: Richard Bachman. *Rabia*, *La larga marcha*, *Carretera maldita*, *El fugitivo*, *Maleficio* y *Blaze* llevan la firma del alter ego del autor de *Christine* (un Plymouth modelo 1958 que cobra vida y junto al joven que lo conduce va matando a su paso).

Un cruce entre ambos se resuelve en un mismo proyecto en dos libros: *Posesión*, firmada por Richard Bachman y *Desesperación*, por Stephen King. Terribles sucesos fantásticos se desarrollan en un pueblo, donde un ser fantástico, Tak, toma el cuerpo de un personaje que desencadenará una matanza. En sus novelas espejo, hay personajes en común y otros que cumplen misiones diferentes en cada libro.

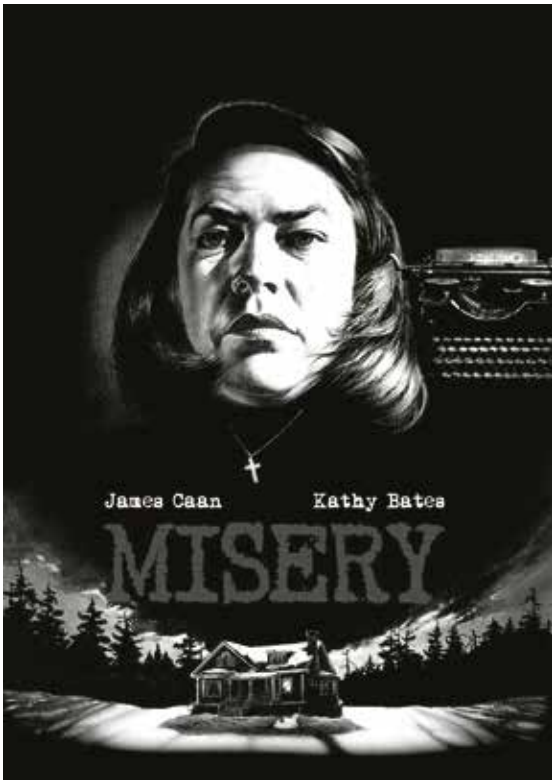
El final de esta situación es *La mitad siniestra*: en la ficción un escritor decide terminar con la vida de su personaje más famoso, con el inconveniente que este no quiere morir, y al estilo Dr. Jekyll/ Mr. Hyde, el carácter ficticio cobra vida, primero en la mente de su creador, para pasar al plano de la realidad y luchar con su mentor. Esta novela significó para King un final digno para Richard Bachman.

## MISERY, LAS CONSECUENCIAS DEL ÉXITO

En 1987, King logra en un mismo año uno de sus mejores trabajos, con suspenso insostenible: *Misery* y a su vez uno de sus libros más flojos (a mi criterio): *Tommyknockers*.

En *Misery*, el escritor Paul Sheldon decide terminar con la saga del personaje homónimo, pero tras un accidente en un automóvil, despierta en una cabaña junto a Annie Wilkes, una fan de sus novelas demasiado peligrosa que no está de acuerdo con ésta decisión y lo presiona para que continúe escribiendo sobre su personaje favorito.

Una anécdota personal que demuestra hasta qué punto un lector puede involucrarse con una historia: en un día de verano, cuando viajaba en tren a Buenos Aires, donde hacía mucho calor, más de 40°, llegaba a destino mientras leía *Misery*. En la escena en que la enfermera le corta la pierna a



Sheldon por negarse a seguir escribiendo me involucré tanto con la lectura, que me empecé a descomponer, me bajó la presión, mi rostro se puso blanco como un papel, pero no podía parar de leer. Terminé el capítulo, el tren llegó a la estación; estaba sentado, cerré los ojos, respiré profundo, me levanté muy despacio (ya no había nadie en el vagón) y fui a un puesto de hamburguesas a comprar una Coca-Cola, ahí reviví y se me pasó el susto.

Con pocos personajes y el mismo suspenso claustrofóbico, en "Cujo", Donna, una madre con su pequeño hijo, Tad, quedan atrapados en un Ford Pinto (en "Buick 8, el coche perverso", vuelve a su obsesión por autos que cobran vida), a merced de un perro San Bernardo asesino.

Y volvió a lograr la sensación de no poder escapar de un ambiente cerrado en "El juego de Gerald", una pareja en una casa de verano junto a un lago, intentan un juego sexual. Gerald ata a su mujer con esposas a la cama y muere de un ataque cardíaco en el comienzo de la historia. A partir de de ahí sufriremos junto a Jessie atada en esa cama, entre la vida y la muerte, visitada por fantasmas del pasado.

Si bien la crítica señaló como uno de los peores

libros de King a *La chica que amaba a Tom Gordon*, una que chica atraviesa problemas familiares como el divorcio de sus padres, y se refugia en su ídolo deportivo (no lo leí aún, igual le voy a dar una oportunidad).

Para mí, que prácticamente me han gustado todos los libros de Stephen King, tal vez el menos logrado transita la ciencia ficción y fue escrito insólitamente el mismo año que *Misery*, es *Tommyknockers* donde una nave extraterrestre descubierta enterrada debajo de un pueblo, Heaven, con sus tripulantes hibernando, son despertados y se meten en las cabezas de los pueblerinos. Me resultaron más emocionantes los elementos fantásticos que la relación morbosa de los personajes del pueblo entre sí.

En colaboración con Peter Straub (*Fantasma*) escribió dos libros: *El talismán* y su continuación, *Casa negra*, probando que además del terror podía ser bueno en policiales.

Este género lo continuaría en *Dolores Clairborne*, donde una mujer es acusada injustamente por un crimen que no cometió y durante la investigación sale a la luz un asesinato cometido en su pasado. Se la acusa más por su nombre que por sus acciones (funcionamiento cínico de pueblo), donde apellidos con impunidad no son juzgados y otros son condenados solamente por sus nombres. Mecanismo de muchos pueblos como Derry (donde transcurre *It*, la historia del payaso Pennywise) y Castle Rock (pueblo de ficción donde se desarrolla *Misery*), que sirvió de nombre también para una productora cinematográfica y una serie que involucra a los personajes del universo de King. Algo muy característico del autor es el guiño para lectores con personajes, lugares o situaciones como un eclipse, intercalados entre sus libros, se nos aparecen como familiares que hacía tiempo no veíamos.

Su pluma necesitaba más pistas, escenas del crimen, cintas amarillas cubriendo el cadáver y policías haciendo conexiones y conjeturas, por eso King en los últimos años retomó el policial en la saga de *Mr. Mercedes*. Esta novela se complementa con *Quien pierde paga* y *Fin de guardia*. En su última novela *El visitante*, continúa en la línea del policial, poniendo en foco a un entrenador de béisbol, querido por padres y alumnos, que es acusado de un asesinato. En este relato aparece Holly Gibney, personaje de la trilogía *Mr. Mercedes*.

Aunque le va muy bien en las novelas, nunca deja de escribir cuentos, adoro los prólogos del autor en

**“Algo muy característico del autor es el guiño para lectores con personajes, lugares o situaciones como un eclipse, intercalados entre sus libros, se nos aparecen como familiares que hacía tiempo no veíamos.”**

los que explica cómo surgieron los relatos y situaciones de contexto. Incluso llegó a publicar su manual para escritores y recomendaciones literarias: *Mientras escribo*.

Sus cuentos, que no son cortos, aparecen en 1978 en *El umbral de la noche*. Muchos relatos de este volumen fueron llevados al cine como por ejemplo *Los chicos del maíz*.

Los relatos de *Las cuatro estaciones* tuvieron publicaciones con diferentes nombres: *Verano de corrupción* e *Historias fantásticas* (estas son las más comercializadas). *Dos después de la medianoche* y *Cuatro después de la medianoche* componen una serie de cuentos de todo tipo: drama, misterio, terror, fantástico, con joyas como *1922*, donde un granjero quiere vender parte de su granja, ante la negativa de su mujer planea matarla con ayuda de su hijo.

Y más recientes: *Todo oscuro, sin estrellas* y *Todo es eventual*. Me impactó el cuento *Almuerzo en el café Gotham*, en el que una pareja se reúne con un abogado para pautar el divorcio y se desencadena una acción desopilante a lo Jackie Chan, por intervención del mozo.

En 2015 estuve un mes internado por pancreatitis hasta que me operaron, sobreviví mi mes de internación leyendo. Mi obra amiga de King en el hospital fue *22-11-63*, una de sus mejores epopeyas con reconstrucción de época: un profesor con una vida gris, Jake Epping, viaja en el tiempo hacia 1958 hasta llegar a la fecha del título para evitar el asesinato de John F. Kennedy: el efecto mariposa es devastador en cada cruce, la burbuja del tiempo pelagra para que pueda cumplir su misión, y sucede lo inesperado: enamorarse. El profesor encuentra su vida perfecta en el pasado, incluso hace peligrar su objetivo.

## VOLVER AL OVERLOOK, LA SECUELA MÁS ESPERADA

No soy de releer libros, pero hice una excepción con *El resplandor*, que había leído a mis 20 años y lo releí el año pasado, a mis 45. Volví a ver el film de Kubrick, leí su continuación, *Dr. Sueño* (escrita treinta años más tarde), y vi la película. Al igual que Danny, el niño que sobrevive en la primera, volví al Hotel Overlook, ya cuarentón, a reencontrarme con mis fantasmas, cerrar una etapa de mi vida y derribar un mito, ya que *Dr. Sueño* confirma que segundas partes pueden ser muy buenas y que el pulso literario de King sigue intacto, incluso mejorado.

Es difícil elegir uno solo, pero mi libro favorito de King es *Apocalipsis*, la versión completa de *La danza de la muerte* (publicada originalmente y recortada con este título por su extensión). En un final de la raza humana asolada por una pandemia de gripe (escrito en los '80, lo estamos viviendo ahora), se enfrentan dos bandos: el bien liderado por la abuela Abigail y las huestes del mal por el Señor Oscuro, conocido también como Randall Flagg. Me fascinó el escape que experimentan Larry Underwood y Rita Blackmoore de Nueva York, por el túnel Lincoln esquivando autos y cadáveres a oscuras.

Recuerdo que *Apocalipsis* lo compré en una librería de Necochea y lo leí dos veranos más tarde.

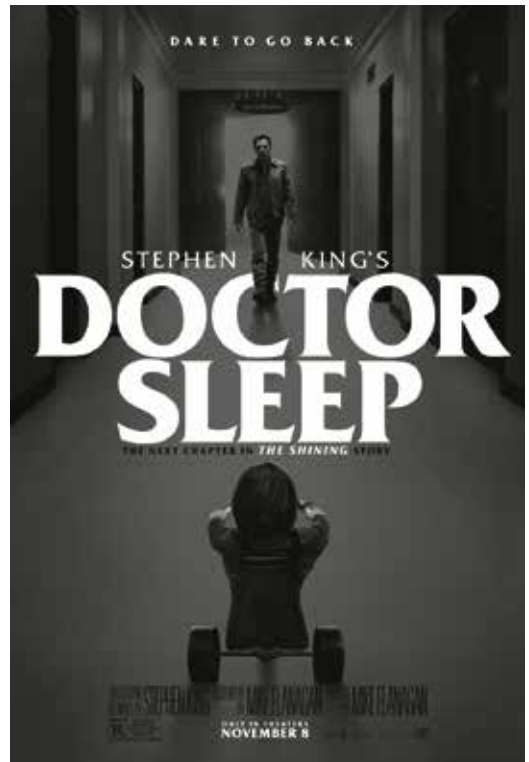
## LA TORRE OSCURA, 8 LIBROS A TRAVÉS DE TIERRA MEDIA

King se tomó su tiempo (casi quince años), para escribir su obra maestra: *La torre oscura* (saga de 7 libros y un octavo tomo con más aventuras) que a mí me llevó dos años para leerla. Primero me abastecí: compré los tomos 1, 2, y 4,5 (cuatro y medio) y una amiga, Marisol Casas Queipo, me prestó los que me faltaban. La gran saga de *La Torre Oscura* es un western americano, cruzado con historias fantásticas y apocalípticas. Prácticamente toda su obra, con personajes, alusiones, portales, pistas e intervenciones, están en esta saga, por eso se aconseja haber leído libros del autor antes de sumergirse en esta odisea. Hay tres que son fundamentales: *Salem's Lot* (un personaje de esta novela aparece) y los dos libros más

extensos, que superan las 1.500 páginas cada uno, pero son favoritos de los fans: *It* y *Apocalipsis*.

El pistolero Roland Deschain deberá cruzar en el tiempo por portales para armar su grupo de amigos y saltar desafíos y peligros para alcanzar la Torre Oscura, en el Mundo Medio, enfrentándose a villanos como Randall Flagg y el Rey

**“Su pluma necesitaba más pistas, escenas del crimen, cintas amarillas cubriendo el cadáver y policías haciendo conexiones y conjeturas, por eso King en los últimos años retomó el policial en la saga de Mr. Mercedes.”**





Carmesí.

*Mago y Cristal* (tomo 4) es una precuela con todos los condimentos de western, medieval y hechicería, es un punto de inflexión a mitad del relato para comprender el universo y los motivos de algunos personajes secundarios. *Lobos del Calla* (el tomo 5), mi favorito, es un gran homenaje al western *Los 7 magníficos* y una ocasión para ver al ka-tet, pandilla de Roland bailando en el escenario felices, ante tanta muerte y desolación que atraviesan a lo largo del camino.

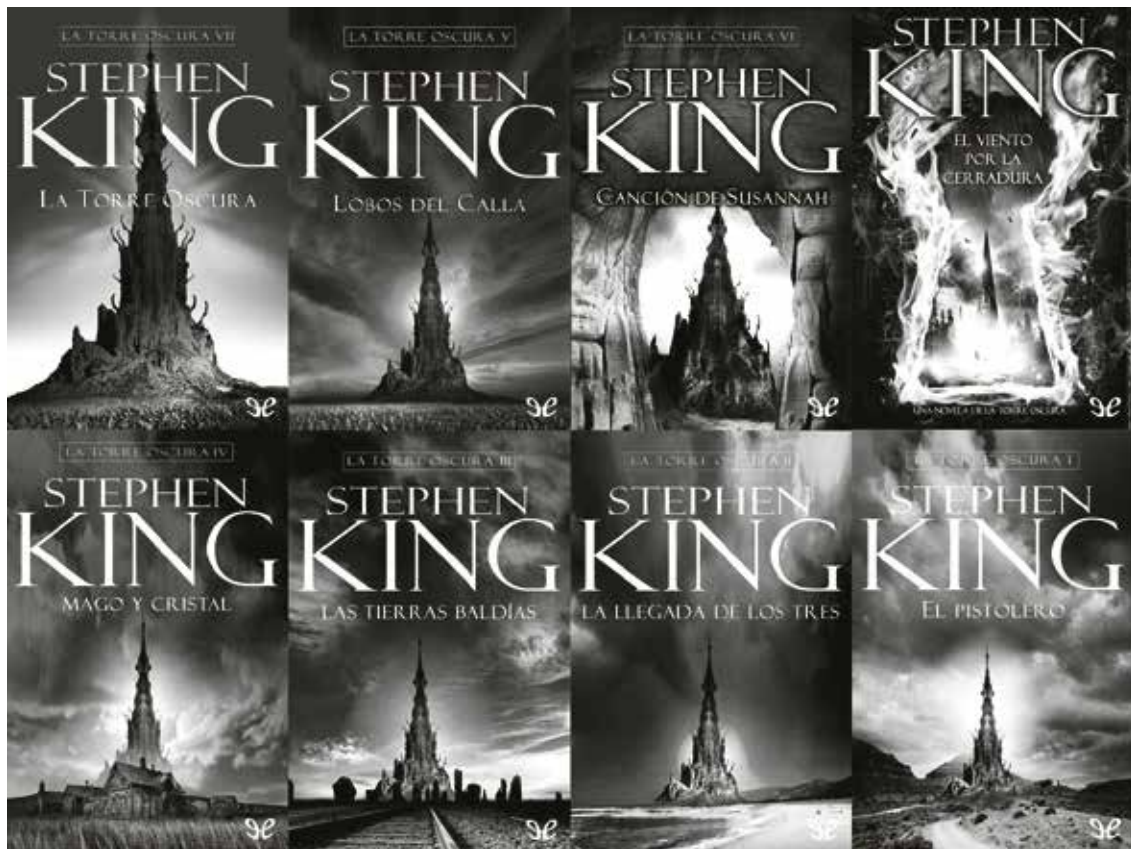
*El ojo de la cerradura* (tomo 4,5) se puede leer entre el cuatro y el cinco, o al final. Comprende tres historias, una dentro de otra como las mamushkas, muñecas rusas, historias muy logradas que incluyen incluso un dragón. La mayor enseñanza de *La torre oscura*, es que lo importante no es la meta, alcanzar el objetivo, sino disfrutar y aprender en el viaje.

En *La canción de Susannah* (tomo 6), los personajes llegan a la actualidad, para contactar al propio King para pedirle que termine de contar la historia así ellos pueden lograr llegar a la Torre. Ese recurso literario se llama metaficción. Me

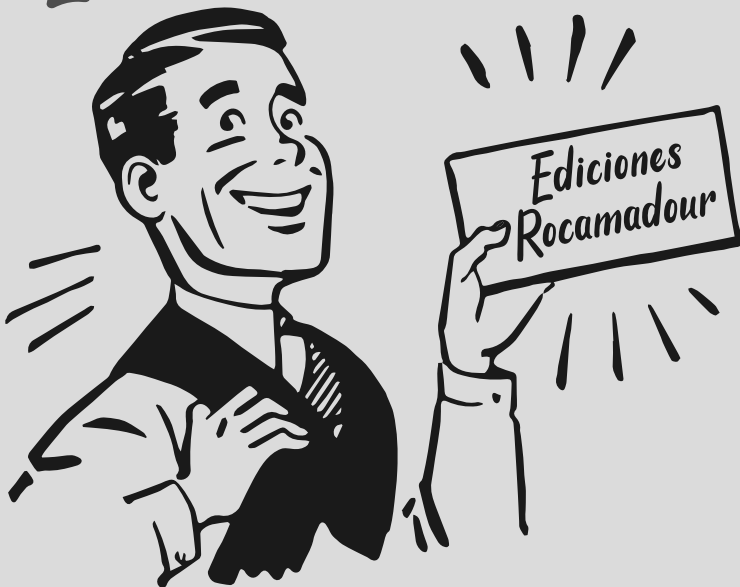
encantó cómo queda en la construcción, escuchar a Roland y Eddie hablar con Stephen fue simplemente genial. La realidad supera a la ficción: un vehículo arrolló a King en la carretera cercana a su hogar, dejándolo internado en una clínica un tiempo al borde de la muerte, este hecho el autor lo ficcionaliza en el tomo 6.

Del grupo de escritores de la revista literaria Rocamadour, Matias Álvarez lleva leídos 38 libros del autor (su obra supera los 200) y yo estoy leyendo mi libro 38: *Bellas durmientes*, regalo de mis hermanos Karina y Marcelo para mi último cumpleaños, escrito junto a su hijo Owen. Ahí nos plantean cómo sería un mundo sin mujeres, en una distopía aterradora. Tanto Matias, como yo leímos la saga de *La Torre Oscura* (por su extensión el autor se queja que no es tan leída) pero si todavía no accedieron a la Tierra Media, acompañen a Roland y léanla que vale la pena el viaje.

Mi sueño sería conocer a Stephen King, visitarlo en su casa de Maine, salir al porche al atardecer y tomar unas cervezas en lata, charlando de literatura y cine, escuchando a AC/DC.



# ¡Atención, escritores, Ediciones Rocamadour convoca!

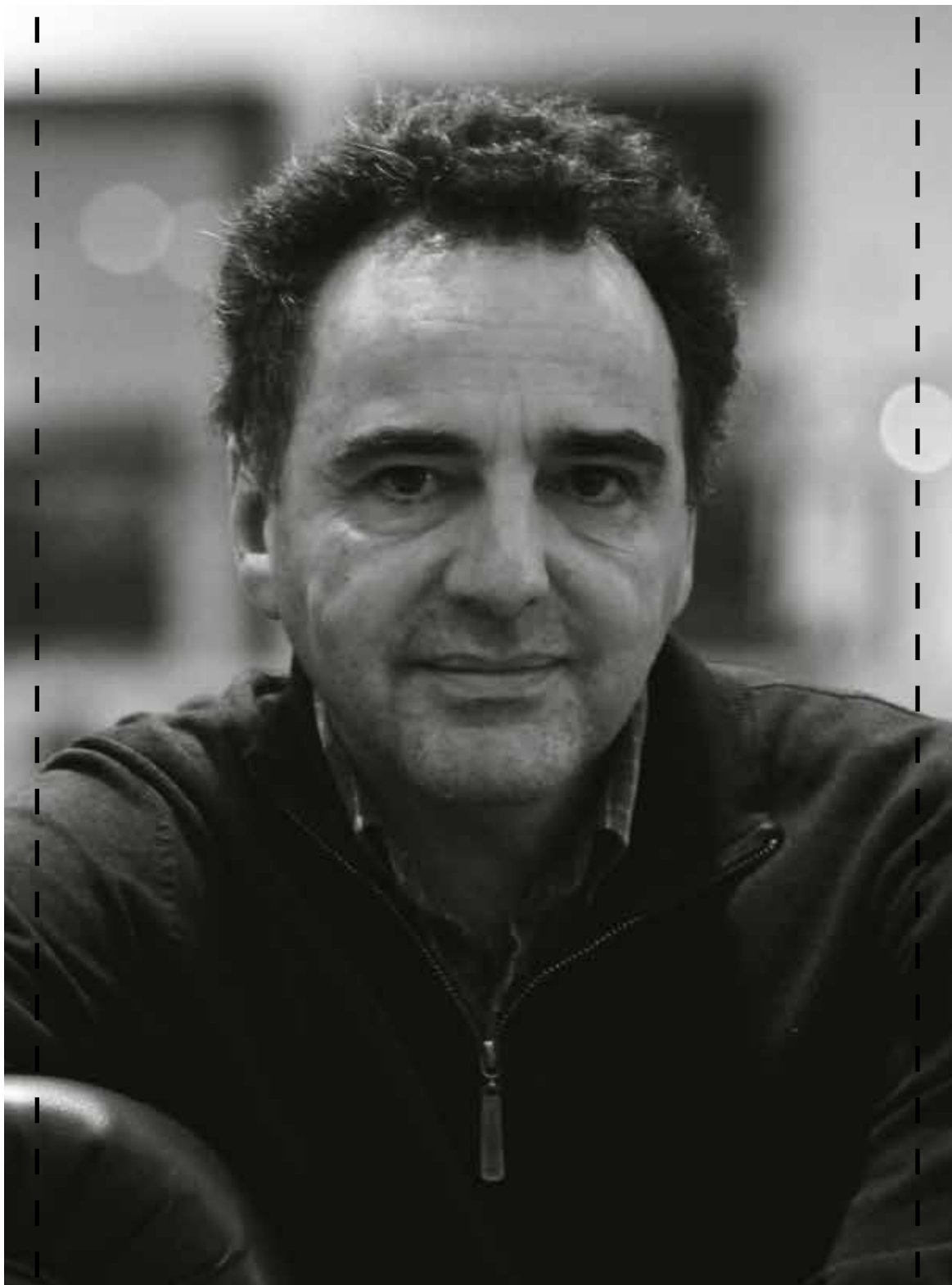


Gracias a nuestros anunciantes, suscriptores, y al valor que le han dado los lectores, Revista Rocamadour puede ver la luz cada mes; pero no menos importante son nuestros escritores, los que hacen posible que nuevos mundos vean la posibilidad de existir más allá de la imaginación de cada uno. Por eso, queremos invitar a todos aquellos que se animen a publicar, de manera gratuita, en esta hermosa revista. No hay un requisito de edad ni experiencia, solo ganas.

Si todavía no te convenciste, podés participar a través del seudónimo que elijas. Mandanos un cuento, poesía u otra prosa breve de no más de 900 palabras. Si te animás podés escribirnos para más información a la casilla de correo al final de este anuncio y verte en las siguientes publicaciones a través de tus propias palabras. El archivo a publicar deberá ser enviado en Word (o cualquier otro procesador de texto), y previamente corregido, ilisto a ser publicado!



NOTA: Por cuestiones de espacio, los textos que no sean seleccionados para la revista, automáticamente serán publicados en nuestra web:  
[www.edicionesrocamadour.com.ar](http://www.edicionesrocamadour.com.ar)  
Mail: [Alejandrotorres\\_lp@hotmail.com](mailto:Alejandrotorres_lp@hotmail.com)





*El género policial ha sido, junto con la ciencia ficción, uno de los terrenos más explorados para contar historias imposibles o poco probables. ¿Cuántos de nosotros hemos soñado con crear el crimen perfecto? Y como Joseph Newton y Herb Hawkins en Shadow of a Doubt tramamos y pensamos poniendo a prueba nuestro intelecto tratando de lograr el resultado. Hace falta mucha información, buenos personajes y buenas historias. Pero por sobre todo, hace falta una buena construcción del lugar donde ocurrirán los hechos. Pablo De Santis nos alumbró desde su visión la receta que tantos resultados le ha dado a lo largo de los años con novelas como: La traducción (1997), El calígrafo de Voltaire (2001), El inventor de juegos (2003), La sexta lámpara (2005), El enigma de París (2007), El buscador de finales (2008), El hipnotizador (2010), El juego del laberinto (2011), Crímenes y jardines (2013), La hija del criptógrafo (2017) y ¿Quién quiere ser detective? (2018); además de sus historietas, notas periodísticas y sus participaciones en la mítica revista Fierro.*

# PABLO DE SANTIS

“EL SECRETO DE LA NOVELA ESTÁ EN ALGO QUE NO SE AGOTE,  
EN LA RESOLUCIÓN DEL ENIGMA PORQUE SINO  
SON LIBROS QUE NO SE PUEDEN VOLVER A LEER”

Alejandro Torres | Fotos: Gentileza del entrevistado

**-¿Cuál crees vos que es el atractivo por la novela policial?**

-En cuanto al policial clásico, al estilo de Agatha Christie, es que un misterio tenga respuesta, que algo se complete. En ese completarse está la mayor seducción que tiene el género. Además de todos los otros, como por ejemplo la figura del detective, la búsqueda de la verdad a través de pistas, de indicios; el modo en cómo combina el género el mundo de las pasiones que muchas veces llevan al crimen con el mundo de las deducciones y la lógica.

**¿Cómo te iniciaste en el policial? ¿Cuál es el primer libro que leíste? Y ¿Cuándo decidiste escribir sobre el género?**

-Yo empecé a leer de chico policiales. En mi casa había muchos policiales que leían mis padres y estaban las novelas de Agatha Christie; las de Perry Mason, de Erle Stanley Gardner que era el autor. Perry Mason era un abogado criminalista. Gardner era amigo de Chandler y era muy popular. Su personaje siempre defendía inocentes. Las novelas de este autor, que era norteamericano, me gustaban también mucho. Después nunca más las

las volví a leer, las leí de chico y nunca más me asomé. Pero ahora, justo, hay una serie de él.

**-Es interesante la orientación del personaje de Perry Mason, de que sea un abogado porque uno está acostumbrado o al detective duro del policial negro o al detective privado del enigma y he escuchado también sobre un detective que investiga sobre comida. Y esto del abogado es una forma interesante de abordar el policial.**

-Sí, era interesante y era como la novedad que tenía este detective.

**“HAY UN MODELO DE POLICIAL QUE ES EL POLICIAL INGLÉS DONDE MÁS O MENOS HAY QUE CUMPLIR CON LAS REGLAS SI NO EL LECTOR SE SIENTE UN POCO DECEPCIONADO.”**

**-A la hora de pensar en una historia, una novela ¿Cómo te surge a vos la idea?**

-Bueno, para mí lo primero es el ambiente, con cualquier novela. Para mí una novela más que una historia es inventar un lugar donde ocurran las historias: ¿cómo va a ser ese lugar?, ¿qué relación va a tener con el mundo real? Si va a ser un mundo real, ¿qué lógica va a tener ese mundo? Eso para mí es lo primero. Y después en cuanto la trama de los policiales se arma, por así decirlo, de atrás hacia adelante. Es un poco el mecanismo como cuando uno arma para los chicos una búsqueda del tesoro: uno elige primero el lugar para el tesoro, después pone algo que lleva a ese lugar y así. La última pista que uno escribe es la primera que el chico va a descubrir.

**-Creo que era Poe el que decía que era mejor empezar por los finales...**

-Sí, Poe lo que tenía era la teoría sobre el cuento, donde ahí el final tiene un lugar fundamental. Él dice que el escritor, no solamente de policial, el escritor de cualquier cuento, tiene que construir

todo el relato para el efecto final. Que en cierto modo se puede aplicar a la novela policial.

**-Tenemos el lugar y la trama, nos faltaría cómo se construye la figura del investigador, si, por ejemplo, tiene que ser un policía, un detective privado, o en el caso de Perry Mason un abogado; y nos faltaría el enigma o el caso a resolver.**

-Para mí el secreto de la novela está en algo que no se agote, en la resolución del enigma porque sino son libros que no se pueden volver a leer: hay una adivinanza, uno ya la sabe y no tiene más sentido. Entonces, darle cierta complejidad para que el enigma sea un elemento pero que no sea todo. Y en cuanto al enigma para mí tiene que tener la característica de lógica, que no sea algo descabellado el mecanismo a través el cual se llega a la verdad, pero también tiene que tener cierta profundidad psicológica: la revelación final tiene que iluminar el corazón de los personajes.

**-Con respecto al crimen, ¿el crimen es siempre la condición del lenguaje? Digo, ¿hay relato policial porque hay crimen? ¿O no es necesario?**



Erle Stanley Gardner, autor de Perry Mason.

**-Parecido a Patricia Highsmith con el Sr. Ripley...**

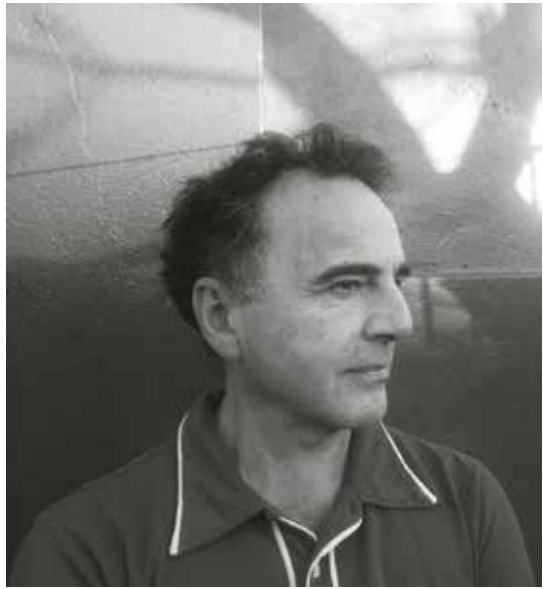
-Claro, que son otro modelo de policial. Llamamos a todo policial, pero son cosas muy distintas. En la novela de Chandler, por ejemplo, está el crimen, o está el misterio, pero también como en las novelas de Agatha Christie, aparece, pero no es algo fundamental, la trama está puesta en otro lado.

**-En retratar un lugar, una ciudad...**

-Claro, está en ese recorrer de la ciudad e ir presentando todo un mundo. No está tan centrada como las novelas de Agatha Christie donde el resolver el enigma es el corazón de la novela. Todo lo demás obedece a ese centro.

**-En la década del 20, Ronald Knox escribió las 10 reglas que se tienen que cumplir en las novelas policiales. Entre ellas hay una que dice: *No podemos buscar una explicación sobrenatural a lo que suceda en la novela. ¿Qué opinás de ese punto? Porque, por ejemplo, Stephen King lo ha hecho en El visitante o El policía de la biblioteca, que es una novela corta. ¿Es válido eso también?***

-Las reglas abundaban en la época, pero sí creo que cuando en un marco de un policial muy riguroso hay algo sobrenatural, uno se siente un poco confundido. Pero me acuerdo que en la colección *El séptimo círculo*, que dirigían Borges y Bioy Casares, había unas novelas que presentaban una serie de misterios que estaban vinculados a lo sobrenatural y finalmente la explicación era sobrenatural, que eran de un autor completamente olvidado que se llamaba Michael Burt, que se llamaban *El caso de las trompetas celestiales*, *El caso del jesuita risueño* y *El caso de la joven alocada*. Eran novelas que yo las leí de adolescente que me resultaron totalmente impresionantes porque en una de ellas, por ejemplo, aparecía el diablo y era un ejemplo de verdad. Me parece que el lector entiende las reglas del juego desde el principio, digamos, si una novela tiene un desarrollo completamente racional y de pronto aparece un elemento sobrenatural al final, el lector se siente un estafado.



**-¿Qué policial preferís a la hora de leer? ¿El enigma o el negro?**

-Los dos me gustan. Siempre hago la defensa de Agatha Christie porque es una autora que cuenta con muchos lectores, pero dentro del mundo literario siempre se la desprecia. Me acuerdo que había un personaje de Andrés Rivera que en un cuento le tocaba reseñar novelas policiales y comparaba a las novelas de Agatha Christie con un plato de sémola, mientras que el policial de Chandler era un lomo. Siempre recibe sus palos, pero a mí me parece una escritora extraordinaria y la admiro muchísimo.

**-Vos estás acostumbrado más a escribir policiales de enigma o policiales clásicos y más allá de que tus novelas contienen cosas del policial negro. ¿No te ves escribiendo policial negro duro a lo Chandler o Hammett?**

-Mirá, tengo una novela inédita que es más un policial de ese tipo, sí hay un enigma, pero es un policial más realista, mucho más realista que las de *El enigma de París*, esa serie que juega mucho con el policial inglés.

**-¿Y esa novela no pensás publicarla?**

-No me gustaba como estaba escrita. Me parece que está muy bien el argumento, pero no me

gustaba la escritura. Si le encuentro una vuelta a la escritura de esa novela quizás en algún momento la publique.

**-Digamos que la literatura es tan diversa, tan maleable, en algunos aspectos que se puede mezclar el enigma con el policial clásico o negro como hace Rodolfo Walsh en *Cuento para Tahúres* o *En defensa propia*, por citar algunos cuentos. ¿Es válida la utilización de los dos recursos?**

-Sí, él tenía esos cuentos muy lindos como *Variaciones en rojo* donde está *La aventura de las pruebas de imprenta* que son cuentos policiales muy clásicos en cuanto a que, inclusive, me acuerdo de uno que tenía un planito, muy de la época. Y Walsh publicó la primera antología de cuentos policiales argentinos que se llamaba *Diez cuentos policiales argentinos*, que salió en Hachette.

**-¿Y se puede pensar en el policial argentino sin pensar en Rodolfo Walsh?**

-Es una figura fundamental. Está entre las figuras más importantes junto con Borges, Bioy Casares, María Angélica Bosco. Walsh es fundamental porque está como autor, pero también con esa antología que es la primera, y que además está hecha con un gusto muy actual, muy moderno. No es una antología que haya quedado anticuada para nada.

**-Rodolfo Walsh debe haber sido uno de los pocos, sino el único, escritor que transgredió las hojas de los libros y llevó su vida al papel de un verdadero investigador.**

-Con Walsh, yo creo que es un personaje que se toma siempre un poco parcial y que algunas cosas de su vida no se las ve en su totalidad. Yo he leído biografías de Walsh donde se hablaba de la literatura, pero en libros enteros donde su paso por Montoneros se lo menciona como una cosa así muy por encima cuando tuvo una participación clave en hechos bastante terribles.

**-¿Cómo has visto a lo largo de los años que tenés como lector de policiales el sesgo que va**

**tomando la literatura argentina? En el 2015, Ernesto Mallo, publicó una antología de cuentos policiales, *Buenos Aires Noir*, donde habla en el prólogo que el policial argentino toma otro sesgo, después de la década del 70, donde el policial toma más participación con el tema de las clases sociales, de la marginalidad, de los que menos tienen. ¿Cómo ves ese cambio a lo largo de los años?**

-Lo que siempre estuvo fue la fascinación de los argentinos por el policial negro. Por ejemplo, en Juan Sasturain la fascinación con Chandler que está puesta de una manera deliberada, de hecho el personaje de él lee los libros de Chandler y quiere ser como Philippe Marlowe; el personaje se llama Echenique. Y en otros autores también está presente la novela negra, sobre todo mucho más que la novela de enigma. En cuanto a novela de

**“LAS REGLAS ABUNDABAN EN LA ÉPOCA, PERO SÍ CREO QUE CUANDO EN UN MARCO DE UN POLICIAL MUY RIGUROSO HAY ALGO SOBRENATURAL, UNO SE SIENTE UN POCO CONFUNDIDO.”**



Agatha Christie, autora inglesa de novelas detectivescas.

enigma para mí es, sobre todo, bueno, primero los cuentos de Walsh que vos ñalaste, después está la novela de Bioy Casares y Silvina Ocampo, *Los que aman odian*, que tiene todos los elementos de la novela policial clásica.

**-Y tiene una resolución a lo Silvina Ocampo con el tema de los niños...**

-Sí, es muy linda y a lo Silvina Ocampo, seguramente ella fue la que puso el final. Y en los 70 pesó mucho ese modelo y a partir de ahí ese modelo fue pesando más, el modelo de la escuela norteamericana, salvo en autores como Guillermo Martínez, que sigue más a la escuela inglesa como mis libros también.

**-¿Qué diferencias y dificultades encontrás a la hora de escribir cuentos o novelas?**

-Con los cuentos me pasa que a veces los he escrito para circunstancias específicas, para publicar en algún lugar. Normalmente no me surge tan espontáneamente escribir un cuento salvo que esté escribiendo un libro de cuentos, entonces me pongo ahí a pensar en esa dirección. Y a mí me gustan los cuentos clásicos, con la sorpresa final que se le da. Pero tengo pocos libros de cuentos, tengo uno de cuentos muy cortitos que se llama *Rey secreto* y otro que se llama *Trasnoche* que apareció en una colección para jóvenes.

**-Hace poco leí uno que se llama *La zona de influencia* y en alguna entrevista escuché que te gustaba Ray Bradbury. ¿Sentís cierta influencia de él a la hora de escribir ciencia ficción?**

-Ray Bradbury lo empecé a leer a los diez, once, años. Mi madre me regaló mi primer libro de Bradbury y me encantó y lo seguí leyendo siempre. El primero que leí fue *Las doradas manzanas del sol* y a partir de ahí fui leyendo todos. Son esos escritores que uno siempre tiene enraizados tan profundamente que no sabe hasta qué punto tiene influencia o no, porque es como que se vuelven invisibles porque están vinculados a esas primeras búsquedas literarias. Y yo empecé a escribir imitando los cuentos de Bradbury.

**-De Bradbury seguramente algo aprendemos**

**porque tenía una forma de escribir tan melancólica que uno no se la olvida...**

-Sí, y me encanta. Eso que decís es fundamental, esa melancolía que tiene siempre él. Pero sobre todo es una ciencia ficción totalmente desprovista de la parte de tecnología, de maquinaria, todo eso está puesto entre paréntesis: nunca sabemos cómo los cohetes funcionan, cómo van a Marte, todo eso no le interesa. Para mí Bradbury es el escritor que está más cerca de representar a la ciencia ficción como una rama de la literatura fantástica.

**-No se puede pensar tampoco en el género policial sin hablar del cine. ¿Sos cinéfilo?**

-Sí, sí, me encanta el cine y veo todo lo que puedo. Yo también tengo una cierta influencia, además de ese cine, del cine italiano policial y de terror, las películas de Darío Argento. Me acuerdo que cuando era chico mis padres iban al cine a ver estas películas y me las contaban. Eran películas tremendas, con asesinatos espantosos. Y después las pude ver y me impresionaron y me parecieron una cosa muy sofisticada ese tipo de cine tremendamente estilizado dentro de su violencia, pero de un nivel imaginativo y de sofisticación plástica muy impresionante.

**-¿Y dentro del género policial qué películas destacás?**

-A mí me gusta mucho el Poirot que hace David Suchet, que hicieron la totalidad de las novelas y todos los cuentos (a veces en un mismo capítulo). Y también me gustaba mucho una serie que se llamaba Los crímenes de *Midsomer*, una serie inglesa que me encantaba. No sé siquiera en qué novelas estaban basadas esas historias, pero me encantaban.

**-Sobre la película del Inventor de juegos, ¿cómo llegó esa idea de llevarla al cine? ¿Cómo la recibiste?**

-Bueno, me llamó Juan Pablo Buscarini, que es el director, que es rosarino; nos reunimos y él estaba haciendo en ese momento la película de El ratón Pérez, que me acuerdo que cuando la vi me parecía que era medio imposible hacer *El inventor*

de juegos porque estaba todo esto de la escuela que se hunde, pero me fascinó, y cuando vi esta película, cómo dominaba la tecnología, los recursos tecnológicos que dependían siempre de cosas muy, por ejemplo, en *El ratón Pérez*, todo el mundo ese donde los objetos para nosotros pequeños son enormes para los ratones. Parece que tenía una cosa poética muy linda y a la vez con una increíble precisión técnica. Yo me entusiasmé mucho, pero pasaron años hasta que Buscarini logró armar el proyecto.

### **-Vos participaste en el guion...**

-Sí, yo hice el primer guion, un guion sobre todo para que empezara a mover el proyecto y juntara plata, digamos. Pero no el guion definitivo, que lo hizo él con una norteamericana.

**-Ha sido una película con efectos muy bien logrados y tiene un elenco que es también para destacar. Creo que también está entre las películas de mayor presupuesto en la Argentina...**

-Sí, y vos sabés que se hizo toda acá. Porque siempre me dicen cosas como si se hubiese hecho afuera. Algunos de los actores son extranjeros, pero toda la película se hizo acá, en locaciones argentinas. Buscarini además de director de cine es ingeniero, su formación es de ingeniero, entonces tiene esa capacidad para mover esas cosas y para animarse a construir todos esos mundos que construyen las películas, y me encantó.

### **-¿Estás escribiendo algo hoy en día?**

-Estoy, además de haciendo siempre alguna nota para *Ñ*, la revista de Clarín, estoy corrigiendo una novela para niños y otra para adultos y bueno, saldrán en algún momento del futuro.

### **-¿Sobre qué tratan las novelas?**

-La de chicos probablemente se llame *Hotel Acantilado*. Es la historia del Capitán Nemo, que está cansado de sus viajes por el mundo y de las batallas que libra. Pone, con una identidad falsa, un hotel en la Patagonia, al lado de un acantilado, una zona inhóspita. Pone un hotel para solitarios,

para gente sola. Igual es una intriga alrededor de eso y del ocultamiento de su identidad.

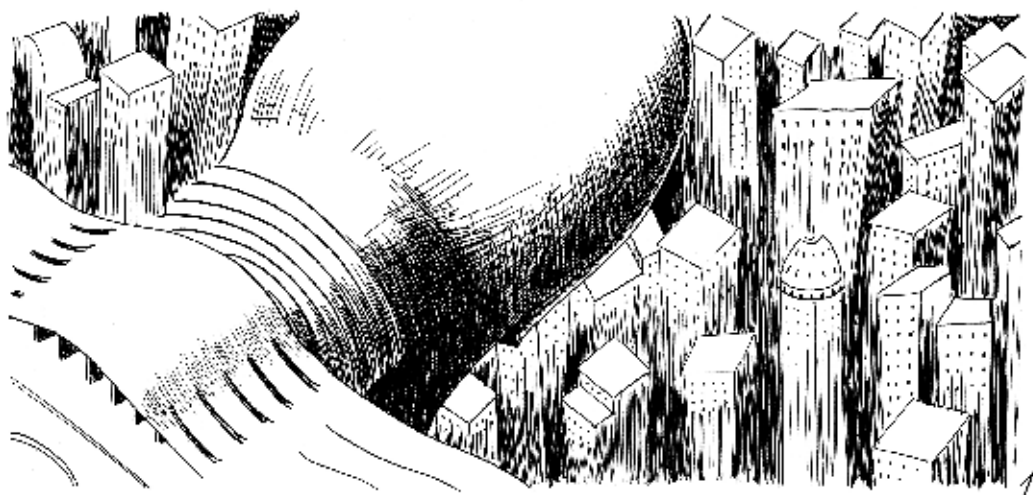
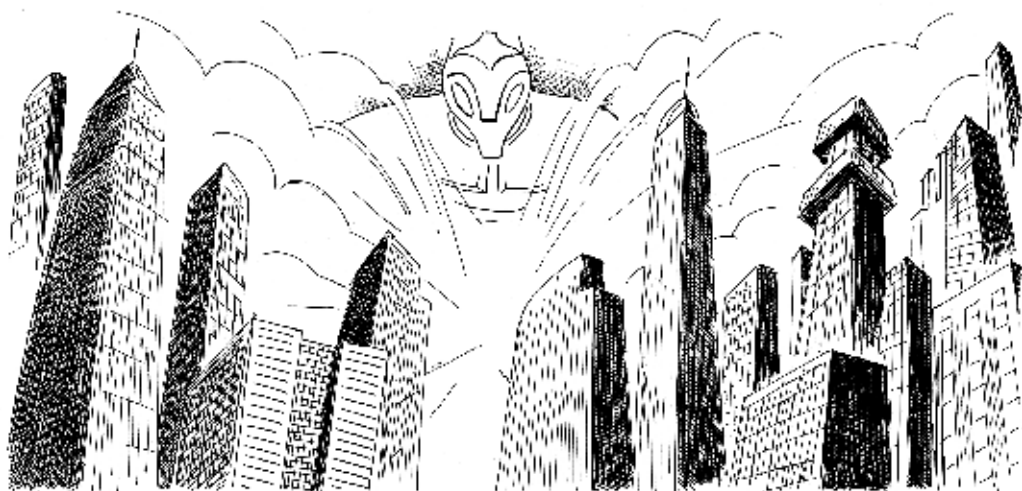
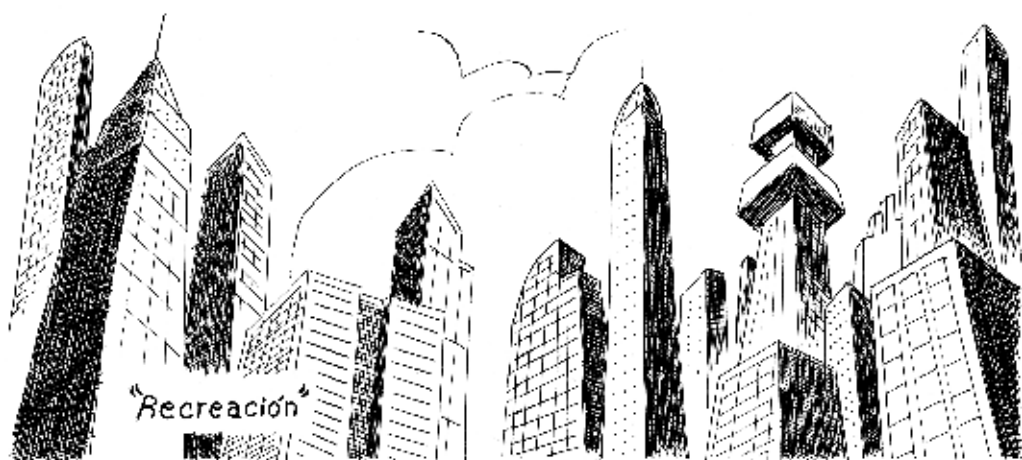
### **-¿Y la de adultos?**

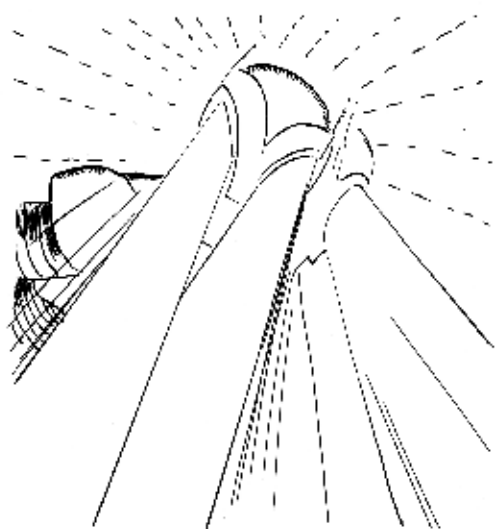
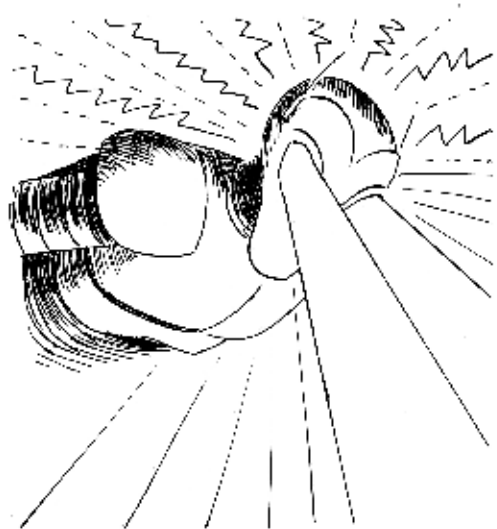
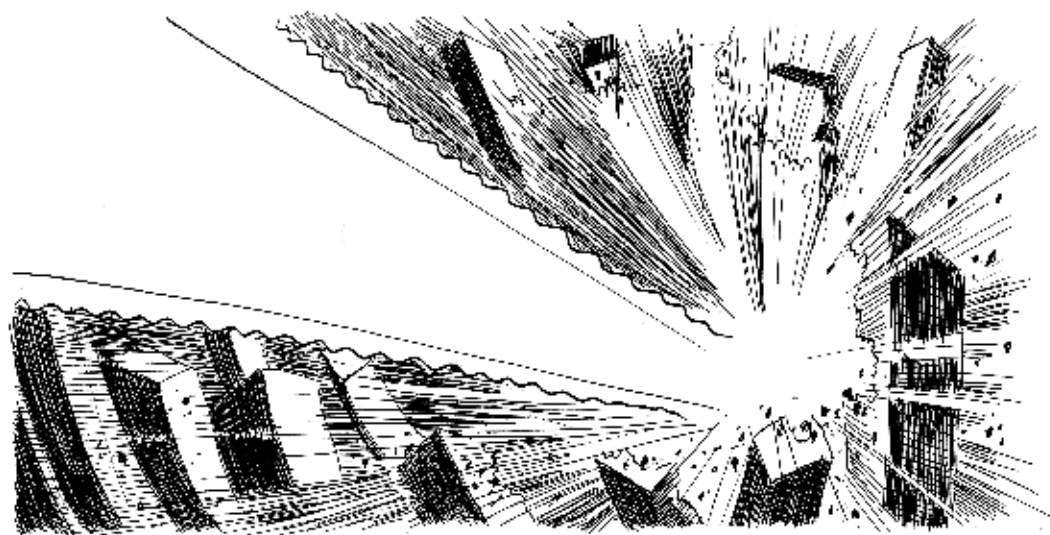
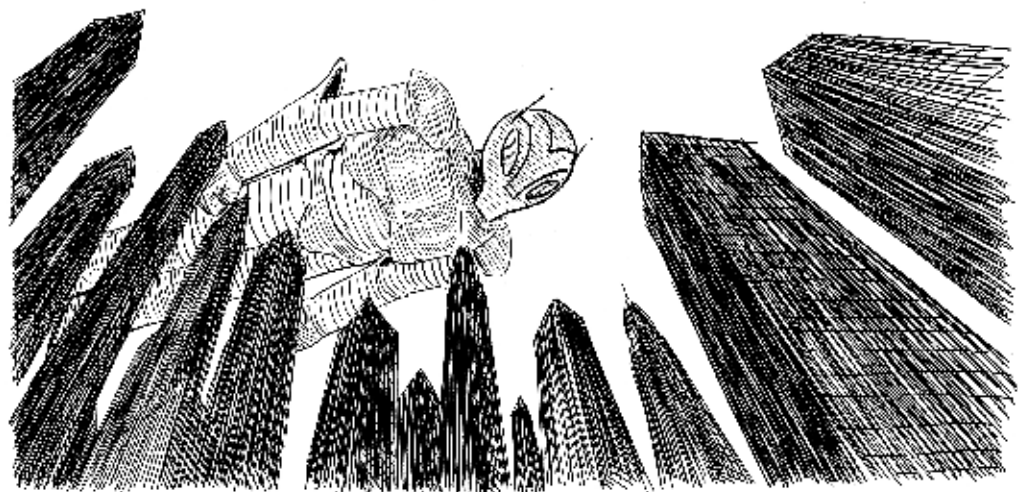
-La de adultos es una novela sobre una escuela de asesinos, que se llama *Academia Belladonna*, como el veneno, que es de alguna manera está ligada al *Enigma de París* y los Doce Detectives, pero muchos años después porque es en los años 30'. La novela transcurre en Londres de los años 30' y es un joven que quiere entrar en una academia de asesinos para vengar el asesinato de sus padres y bueno, es una novela que mezcla el policial, no con lo fantástico, pero sí con cierta extrañeza, no es un policial realista.

**-De entre los autores publicados en la revista (Cortázar, Conti, Fontanarrosa, Poe, Storni, Márquez, Galeano, Walsh, London, Denevi, De Beauvoir, Di Benedetto, Bradbury, Barrett, Benedetti y King) ¿Cuál elegís y por qué?**

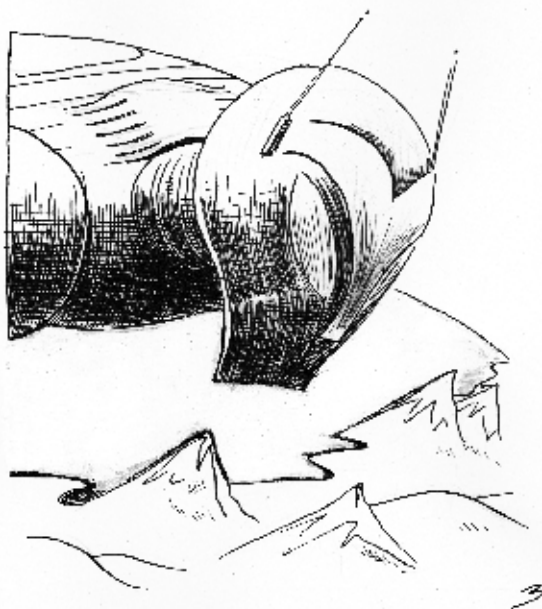
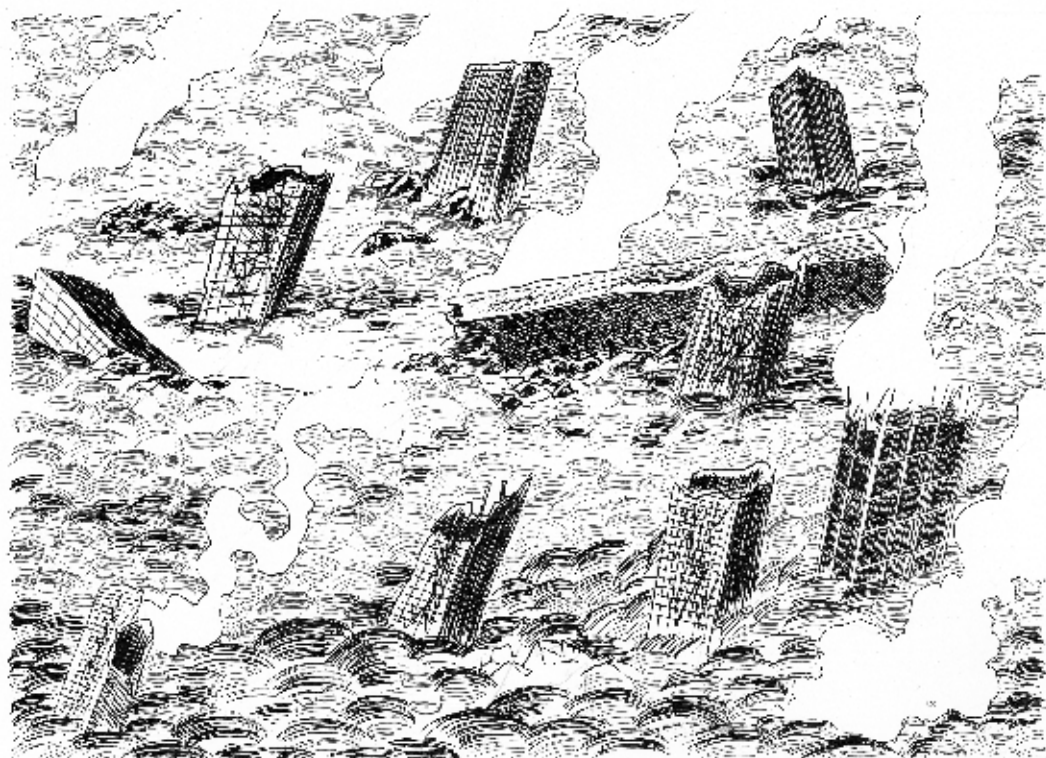
-Me encanta que hayan puesto a Marco Denevi. Leí muchísimo de esos autores, a muchos, y me encantan, pero me encanta especialmente Marco Denevi, que lo hayan elegido, porque de parte de ustedes demuestra el afán de iluminar un escritor que quedó un poco olvidado y que es un escritor extraordinario. Sus libros me encantan, me parece un escritor tan imaginativo que tuvo una especie de carrera literaria muy extravagante: pasó de empleado de correo a ser una especie de figura casi mundial. Alguien importantísimo, que le filmó *Ceremonia secreta* Joseph Losey, pero *Falsificaciones* me parece un libro completamente delicioso, un libro precioso al igual que *Rosaura a las diez*.

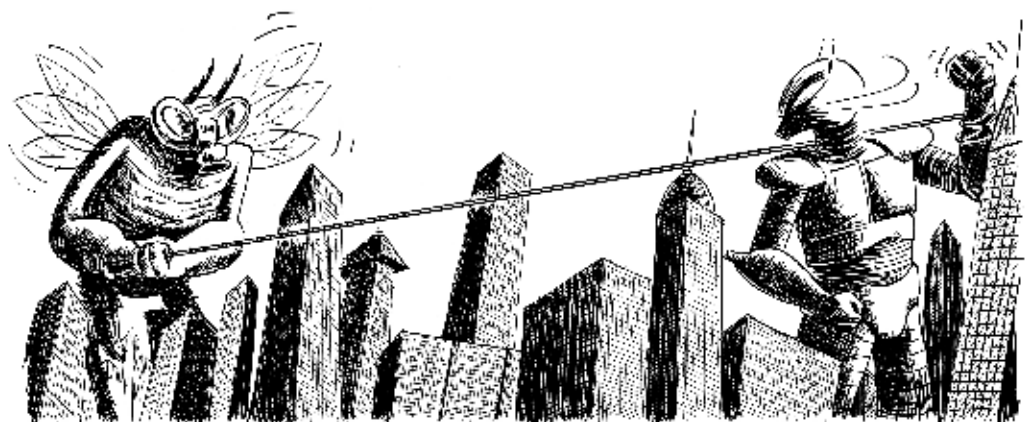
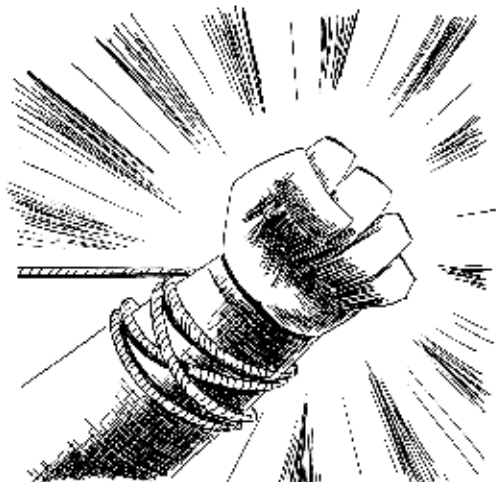
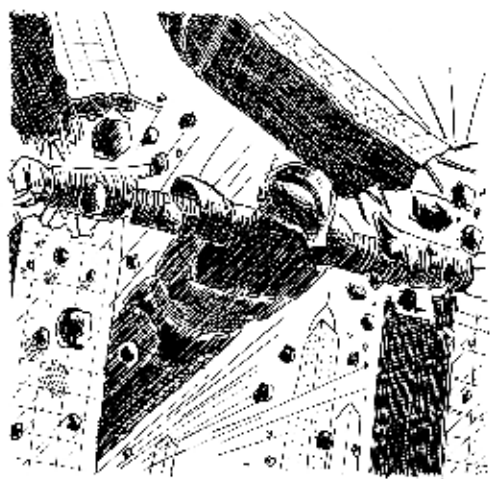
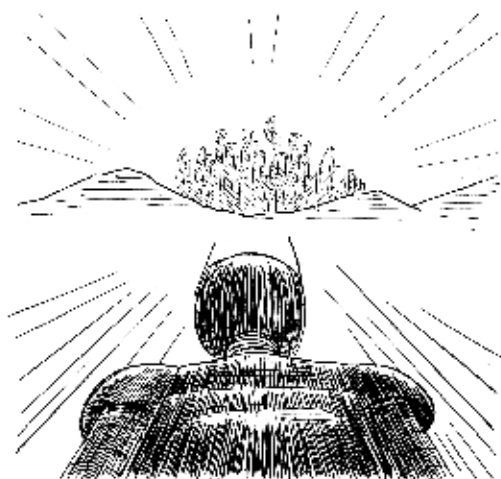


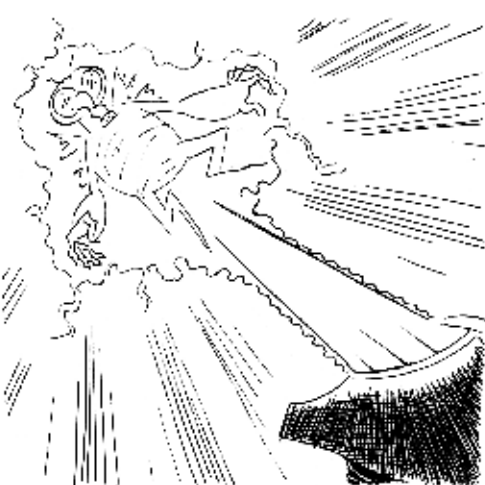
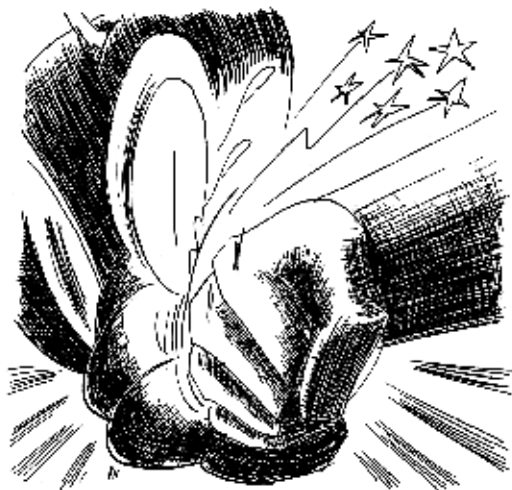


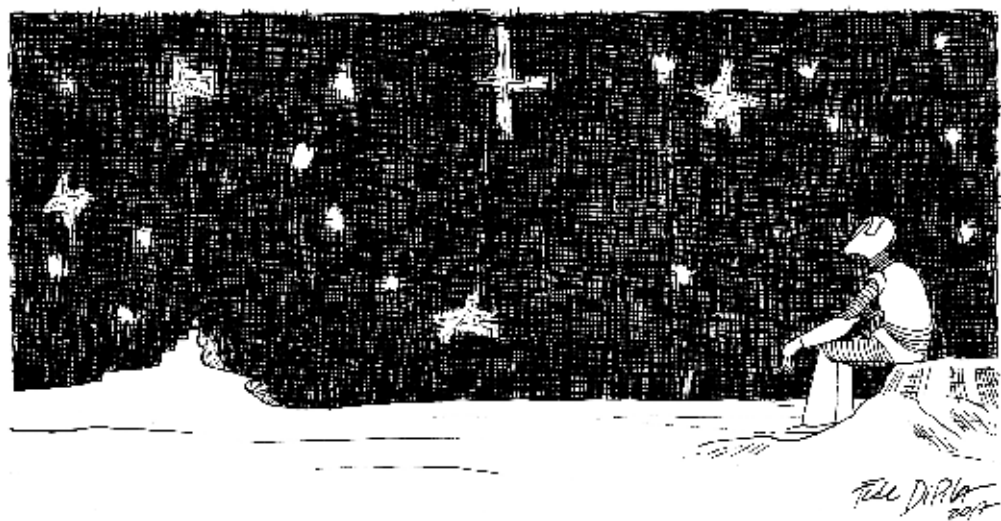
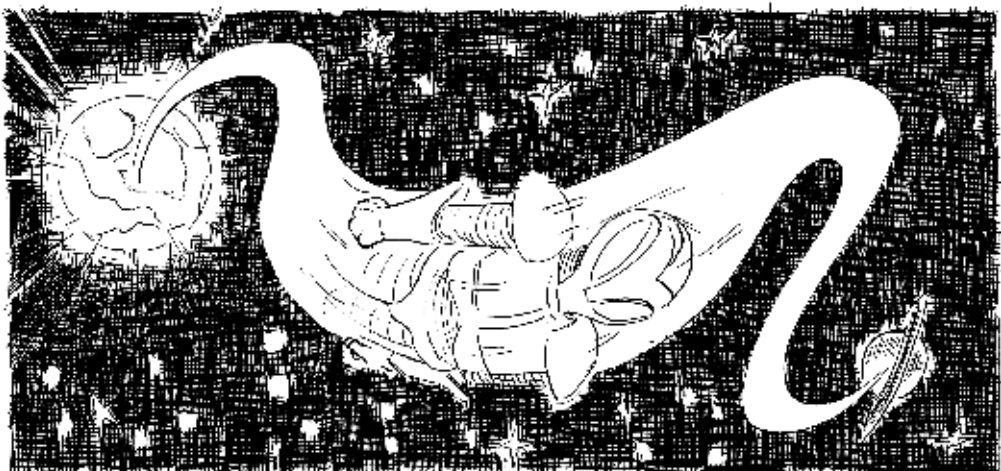
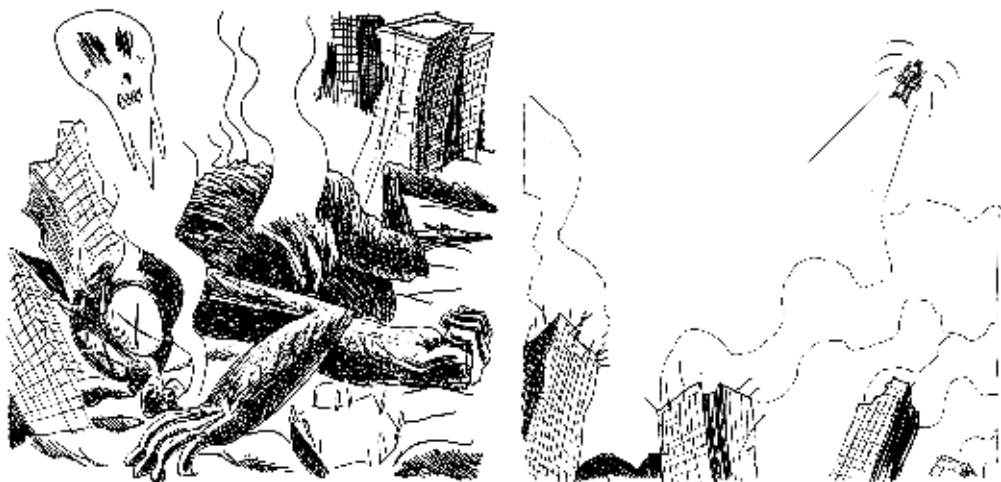












Full D.P.V. 2017

# IN-SITU

Por M. M. ÁLVAREZ

Ilustración | FEDE AVILA CORSINI



**M**iro al hombre. Está ahí, repantigado encima del capó del auto. Mantiene una conversación entretenida con otro que también se encuentra en aquella esquina semi en penumbras. Los gestos van y vienen. Hace frío y ambos llevan camperas gruesas y sendos gorros de lana. El que habla con el del auto fuma, largando el humo por su boca y respirándolo nuevamente por la nariz. Lleva puesto un solo guante, supongo yo, para no llenarlo de ceniza.

Me acerco. Mi intención no ha cambiado para nada desde que salí de la unidad básica. Esta noche no hay cena con los demás en el restaurant, solo una rápida vuelta a casa. Estoy cansado.

Mis zapatos hacen más ruido del que pretendo. Es como si tuviesen una piedra incrustada en los surcos de la suela. A cada paso parecen gritar, imponerse, delatar mi presencia. Juegan a ser enemigos en potencia a mi noble tarea de pasar desapercibido. Declaman un sonido tan vasto que, juro, podía meter la punta de los dedos en ese estanque de notas y desmenuzarlo.

Todos tenemos un límite y lo rozamos continuamente, ¿no es así? ¿Usted quiere saber por qué hice lo que hice? ¿Quiere exhumar los documentos escondidos en mi cabeza?

Sin pensar en las consecuencias que podría traer una simple introducción doy las buenas noches de manera afable, rayando, a mi pesar, lo ridículo, como quien desea tener un buen viaje sin provocar en el taxista más que algún cruce de palabras si se da la ocasión. Y no va que este hombre, el del auto, confiesa ser solo un joven, un adolescente, con la mera entonación de su voz. Se separa del capó con un movimiento que hubiera sido objeto de envidia del reptil más elástico, y dice: *¿Lo viste a este asesino de bebés?* Naturalmente, luego del frenesí de las campañas electorales, luego de un tan aceptable 3% en las urnas de las pasadas elecciones, una situación así me condujo a la puerta de un dilema: ¿habrá o no escuchado bien lo que dije? Con apuro, tal vez para no seguir importunando con mi tonto tropiezo auditivo, o por el afán de continuar con mi papel de servidor a la comunidad, me atreví a presentarme de nuevo. También agregué, por si las dudas, la consulta de si el auto se hallaba en condiciones de llevar a un pasajero. Al muchacho se le transfor-

mó la cara y escupió al suelo, cruzando una mirada de confabulación con el otro, que se limitaba a fumar y a hacer bailotear los pelos blancos de su nariz. *Este asesino de bebés se quiere subir a mi taxi. ¿Lo podés creer? ¡Que alguien me diga que hay una cámara escondida en algún lugar!*

No dar crédito a lo que escuchaba era un eufemismo: estaba paralizado. Porque compartía su misma sorpresa y confusión acerca de si aquello se trataba de una broma.

Arremetió, viniéndoseme encima. A lo que el otro se le interpuso, tomándolo del antebrazo con la mano que sí llevaba guante, viendo que yo no me movía un centímetro de donde estaba; y no por jugar al valiente, sino por una completa incredulidad.

Ignoro hacia dónde podría haber ido a parar aquello. Y jugando a emplear todos los posibles lenguajes a su alcance, volvió a escupir algo que se oyó desprenderse de lo profundo de sus pulmones, y esta vez, rendido yo por el inaugural y desafortunado vodevil de mis zapatos, el gargajo aterrizó sobre ellos como una eyaculación divina, como un cometa celestial.

Más y más notas.

Entiendo que usted se limite a escribir en su libreta, sin decir nada. Que me observe. ¿Pero siente ver a través de mí? Por la expresión en sus labios, ¿cree estar leyéndome? O mucho peor, ¿cree estar entendiéndome? Mi mujer confía en que estoy acá para purgarme de la sombra de un viejo dolor, un dolor fragmentado, y volcarlo encima de algún profesional con el único propósito de devolverme al mundo. Siento mucho defraudarla. Es complicado regresar a un mundo que ya no existe.

Deduzco que, con esa mirada de águila académica, no caerá en la típica disminución que suele traer el acto de revelar los años; que no dañaré su sensibilidad al decir que es muy probable que usted tenga mi misma edad, o tal vez, que sea algo mayor. Uno o dos años. Por lo tanto tuvo que haber sido testigo, o al menos consciente, de aquellos tiempos salvajes, y sabrá reconocer los motivos que me llevaron a actuar. Como sabrá descifrar por igual en esta declaración un antiguo afecto hacia la *Orga*. Hacia la tacuara y el fusil.

Hay mucho por recordar y con los recuerdos deviene el dolor. Una insoportable sensación de

pesadez en la zona de los hombros. Una presión aguda que se carga en los omóplatos y recorre toda la columna como si se tratase de una coquilla húmeda y caliente, hasta provocar pulsaciones aceleradas y el inevitable enfoque en las sienas. Son pequeñas descargas eléctricas que en ocasiones hacen sangrar la nariz como en un tórrido día de verano.

La persecución se desarrolla por el ramal de una autopista que descongestiona el tráfico de la ciudad. Ambos autos se adentran en el campo y terminan abruptamente en medio de una estancia. Si mal no recuerdo su nombre era La Madariaga o La Mandrágora. Durante la noche, los dueños y sus hijos (futuros dueños), levantados de sus camas, se percatan por los ruidos de las frenadas y los tiros de ametralladora, lejanos pero audibles, y por un par de luces enloquecidas que vuelan en la oscuridad, que han entrado ilegalmente a su propiedad. Pero no es hasta la mañana de dos días después que descartando las huellas de los autos, cuales no evidenciaban más que un regreso a la ruta, se centran en el rastro de unas pisadas y una línea recta de pastizal que había sido aplastado en dirección a una arboleda. Cuando deciden seguir las no tardan sino un par de horas en descubrir qué fue lo que pasó.

Se comunica conmigo una de las compañeras que iba en el mismo Ford Taunus y que había logrado escapar mediante una huida maratónica, cruzando cultivos de trigo ralo con un agujero de bala en el brazo izquierdo.

*Decime que no es él –le digo (le ordeno)– sabiendo quienes estaban metidos en el operativo.*

*Vos venite –me dice La Flaca– Esos hijos de puta... -agrega como alejándose del tubo y corta.*

Resalto la llamada telefónica sobre todo por su carácter funerario: ya me imaginaba lo que había sucedido y de lo que tendría que ocuparme luego. Aunque yendo al encuentro con la compañera, que me esperaba en el lugar de siempre, e imaginando lo peor, nada me preparaba para lo que iba a encontrarme en esa estancia.

El plan consistía en ingresar por un camino alternativo y una vez reconocido el hecho recuperar el cuerpo. Para no levantar sospecha La Flaca no se arriesgaría a volver por segunda vez. Aunque aceptando su recomendación de no acercarme mucho tendría que prever esconderme

## **“Se separa del capó con un movimiento que hubiera sido objeto de envidia del reptil más elástico, y dice: ¿Lo viste a este asesino de bebés?”**

en los establos que ella había visto fugazmente durante la persecución.

*Formaron una soga con su ropa y lo ahorcaron. Me dijo bajando la cabeza.*

La mañana estaba neblinosa y el viento soplaba a intervalos. Yo pasaba cada tanto un trapo por el vidrio frontal de la camioneta para desempañarlo. El quejumbroso silbido del viento se filtraba por las puertas y las ventanas que no cerraban del todo. La pick up estaba a nombre del primo de uno de nosotros y nos la había cedido con la única condición de que la cuidáramos. Sí, a esa mierda, que la cuidáramos.

Cargaba conmigo unas provisiones épicas: un termo cargado con agua caliente para el mate, un atado de cigarrillos y la 9mm. A pesar de que el hambre me había abandonado, ese entumecimiento en el estómago me mantenía en vilo, me servía para juntar la fuerza que se requiere para actuar a ciegas. Levitar, sentir que nada me ataba al suelo. Y si llevaba el agua era tan solo para tolerar el seco frío de fines de mayo. El arma, por si acaso.

La Flaca, una vez que nos encontramos –recuerdo las sillas blancas pulcramente ordenadas alrededor de la mesa, las icónicas voces de *Stayin' alive (Feel the city breaking and everybody shaking, and we're staying alive)* y un escritorio con un lapicero barnizado encima – contó que al regresar al lugar, con fortuna antes de que la familia encontrara la escena del crimen, y eventualmente considerando que los demás tuvieron que ser “chupados”, ya que aunque revisó los alrededores no se topó con ninguno, pareció haber chocado contra una pared gruesa e invisible. Que paró en seco, me dijo, por el vértigo, se tomó el estómago y vomitó lo poco que había comido.

Recitó, a pesar de las circunstancias y para

darle, como era común en ella, autonomía a su discurso, versos de García Lorca; y a la par que se arremangaba la camisa para mostrarme la herida, cuidadosamente atendida por uno de los compañeros estudiante de medicina, relató cómo los habían emboscado en la calle al instalar la bomba a telecomando.

—Nicanor mató a uno. *Trataba de encender el auto y a la vez disparaba. Le dio en mitad del cuello. Supongo que por eso el ensañamiento —me dijo.*

—A eso yo le llamo justificación —repliqué.

—No fue lo que quise decir, yo ... —trató de explicarse reteniendo las lágrimas.

Jamás la había visto llorar. La Flaca era de hierro. Y a mí eso me alcanzaba hasta la mitad. Pero no podía culparla, ella lo había visto y yo no. Tenía que hacer algo.

Estacioné a unos kilómetros y para mi sorpresa, apoyado en un poste que delimitaba los territorios con alambre de púa, descubrí por el lente de mis binoculares una multitud en el lugar. Me serví un mate y procuré tranquilizarme, cerrando los ojos, aspirando el vasto paisaje por medio de mi olfato y dejándome llevar por el diáfano silencio rural, interrumpido de vez en cuando por la caricia del viento en el trigo.

Supe que no quedaba otra opción que la de rodear la estancia y ver de qué manera podía entrar, digamos, legalmente. Así que me incliné por la clásica entrada principal. Conduje sosegadamente hasta la pulida tranquera de guayubira y encontré a un cuidador que se tomó gran tiempo en interrogarme por mi presencia allí. Le dije que pertenecía a un grupo de tareas y que si continuaba demorándome no respondería por mis actos. Se creyó mi falta de paciencia, puede porque realmente no tenía ninguna.

Cuando llegué por un instante tuve la patética idea de que aquel escenario era un montaje. Si usted hubiese estado allí habría caído presa de ese fuego en medio del campo anodino. Una isla de árboles que era como una hoguera de arcos rojos brillantes, con ramalazos naranjas y amarillos. Cubiertos por una densa marea de neblina estampaban el suelo con sus hojas muertas. Y el rocío, aquella gélida saliva otoñal, apelmazaba la hierba.

¿Y qué es la podredumbre de la vida, me pregunto, sino la quintaescencia, la virtud de ha-

llarse amparado por los recalcitrantes perfumes de magnos campos elíseos?

De la rama gigantesca de un roble, que entre los demás árboles parecía ser una especie de monarca, Miguel Blansk, mi hermano, cuyo alias en la organización era Nicanor, colgaba, efectivamente, desnudo con sus ropas atadas al cuello. Escrito con sangre se leía en su pecho: IN SITU. Perdidos los rastros de humanidad en esa masa hinchada en la que se había convertido. En la que lo *habían* convertido.

Sobre la *Orga* recaía —y no creo que fuese una desventaja teniendo en cuenta el riesgo que corríamos— un claro e irremediable estoicismo. En lo que a mí respecta jamás experimenté el forzoso trabajo de dormir ese cariño inculcado en la infancia. Junto a estas personas era necesario el simular que se trabajaba encima de una escalera para comprobar lo que valía el movimiento. La sensación de inseguridad constante, de hacer malabares y caminar por un abismo. Y si en una de esas perdías el equilibrio te encontrabas con que a tu lado estaba el apoyo de una nueva escalera. Te encontrabas con que aquello no era otra cosa que una fábrica de escaleras. Porque comprometerte con el movimiento era ver finalmente a esa dama pálida asomándose con una rosa blanca en la boca. Puede que otros tengan un concepto diferente de lo que es fraternizar, pero para nosotros fraternizar era esa muchacha de la rosa que nos simbolizaba a todos.

Por lo que verlo ahí me causó un desgarramiento indescriptible en el corazón.

¿Alguna vez tuvo el disgusto de llegar tarde a una función y advertir en la sala una indiferencia tal que deriva en la creencia de que le han arrebatado todo derecho de existir? Digo esto porque al llegar nadie reparó en mí: el comisario de uniforme se restregaba los ojos con los nudillos y un par de policías de civil murmuraban entre dientes.

**“De la rama gigantesca de un roble, que entre los demás árboles parecía ser una especie de monarca, Miguel Blansk, mi hermano, cuyo alias en la organización era Nicanor, colgaba, efectivamente, desnudo con sus ropas atadas al cuello.”**



Nadie de ellos entendía lo ocurrido al cadáver y eso ocupaba la total disposición de su inteligencia.

A Miguel le habían mutilado los genitales a golpes. Su rostro estaba repulsivamente inflado. Los ojos apenas se veían, estaban casi ocultos bajo unas bolsas amoratadas. Los labios, tumefactos, daban la impresión de chorrear hacia su mentón. Surgían de las muñecas unas líneas negras que ascendían como raíces hasta la zona de las axilas. Los muslos, de un rojo intenso, eran globos mórbidos, emergentes de una cadera ancha, como medias rellenas de sangre. Su cuerpo emanaba efluvios que podían distinguirse enseguida y daba señales de ir a explotar en cualquier momento, bañándonos de eses y entrañas.

El caso es que para los oficiales era imposible bajarlo en ese estado. El grado de hinchazón del cadáver hacía dudar a todos. Nadie se animaba a acercársele por el temor a quedar intoxicado por una repentina fuga de los gases acumulados. Entonces apareció el dueño de la estancia con una caja de madera. Era mediana, con tapa levadiza como las que suelen contener puros de gran calidad. Aquel fue un día en que las ideas razonables habían abandonado sus nidos. *Es de mi hijo*, aclaró y con el pulso de un cirujano la abrió y mostró un juego de cinco dardos. Tragándome el dolor miré muy por fuera de mi entendimiento, idiotizado por la lentitud en la que a veces son referidos los sueños, a ese cúmulo de fascistas pinchar a mi hermano a la distancia. Dos de los cinco dardos cayeron al suelo, sin embargo los tres restantes se incrustaron en la piel. No hubo que esperar nada. La expulsión de los gases fue instantánea. La pestilencia era tal que se formaba como un algodón en la boca. Tardé semanas en sacar el olor adherido a mi ropa y conjeturé que me pasaría la vida entera sacando de mi mente lo que había quedado del cuerpo.

Pasada la secuencia volví a notar el peso del arma contra mi cinturón. La saqué y apunté a todos los que me daban la espalda. A los compañeros les aseguré un violento tiroteo y muchas bajas de parte del enemigo. Lo cierto es que a pesar de mi anhelo por deshacer mis pasos y regresar a la camioneta, hubo una bocanada de estática que me dejó tieso junto a los demás. Del cráneo del muerto, abierto de pronto tras un horri-

**“A Miguel le habían mutilado los genitales a golpes. Su rostro estaba repulsivamente inflado. Los ojos apenas se veían, estaban casi ocultos bajo unas bolsas amoratadas. Los labios, tumefactos, daban la impresión de chorrear hacia su mentón.”**

ble crujido, manó una gigantesca amapola. Sí, del mismísimo cráneo. Y qué pensaría usted si le dijera que de cada punción florecieron miles y miles de pequeñas amapolas, que se arrastraron como arañas, furtivas, por las piernas hasta el suelo. Que de las uñas desprendidas de sus pies brotaron las ramas de un limonero y de su ombligo un penacho de cilantro. Que a través del renacimiento de las flores el pasto reverdeció y aquella isla de árboles solitarios se cubrió, más y más, con el amplio sudario de la primavera.

Pensé, pensé mucho en lo que iba a hacer. No fui reclutado por la vengativa aparición de mi hermano arrastrando cadenas, y mucho menos por la dama pálida de la rosa. Si actuaba iba a ser porque seguía resonando como un eco en un campanario reducido y claustrofóbico el episodio con el joven taxista. Con qué facilidad había empleado el arte del insulto.

Aprecio hasta el momento mi aptitud por haber permanecido tan reflexivo frente a la puerta de su casa. Lo vigilé como pude pero uno pierde la práctica con los años. Vivía en los suburbios con su pareja y un viejo San Bernardo de nombre Cujo. Cuando toqué y el muchacho surgió de entre los cálidos vahos de un estofado le agradecí por haberme ahorrado una nueva presentación. Y qué decir, le tomó unos segundos reconocermelo. No todos los días se culpa a un funcionario en persona de ser un asesino de bebés.

Se quedó ahí como quien ve una visión y yo tuve la certeza de que al voltearme y encarar la calle él había entendido todo.

# POSTALES

**CLIVE BARKER**



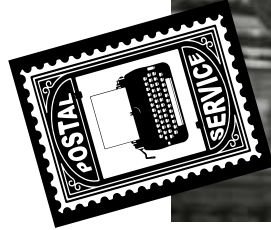
Cabe destacar que, a partir de 1987, cuando el universo de *Hellraiser* salta a la gran pantalla de mano de su propio creador, iniciando así una extensa y variada saga cinematográfica, los derechos de los personajes de *The Hellbound Heart*, la novela en la cual se basa la historia, ya no pertenecían a su autor.

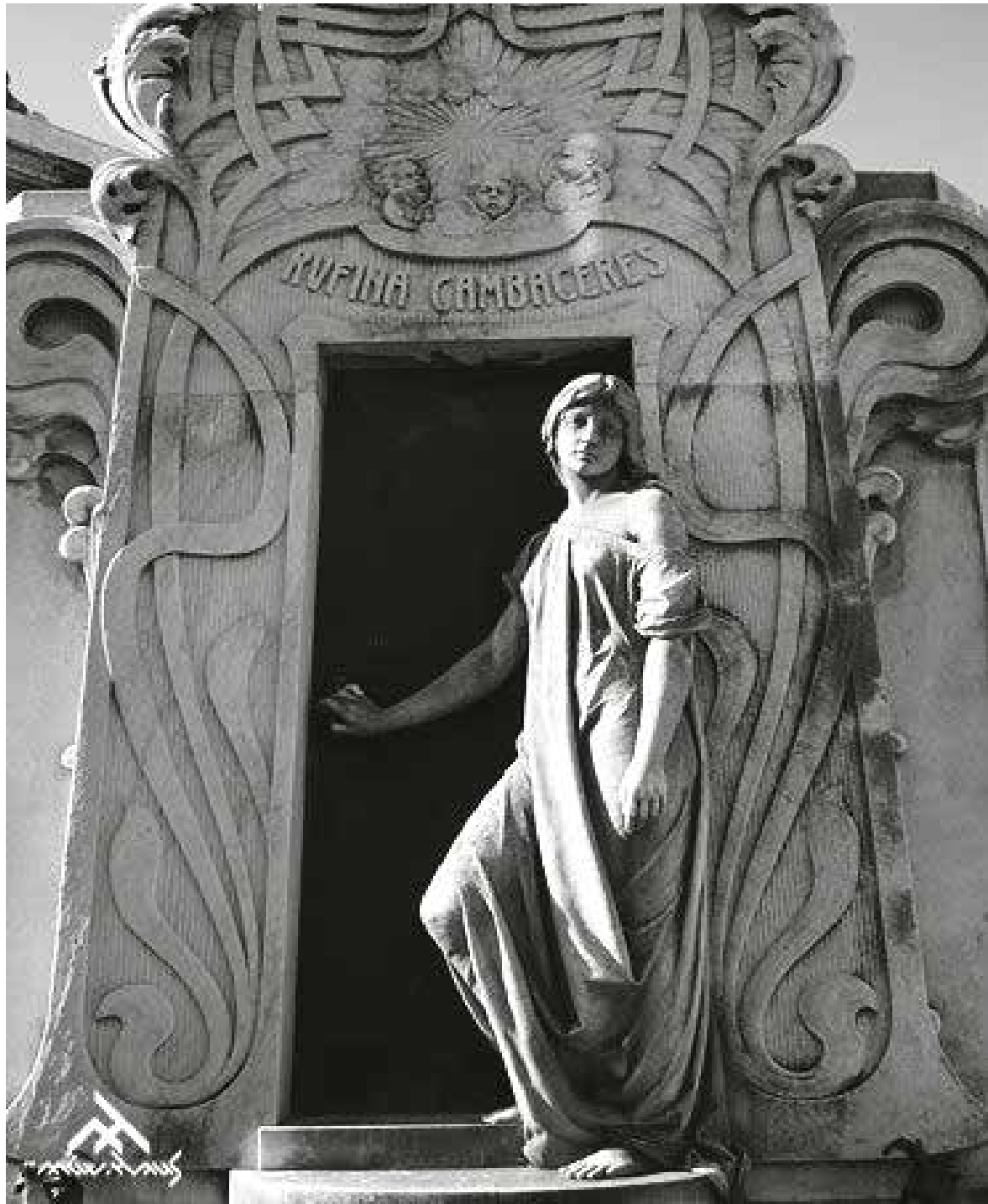
Allí se introducía el concepto de puzzle (la terrible Caja de Lemerchand o Configuración del Lamento) como hacedor del sisma que al ser resuelto abre acceso a una dimensión paralela que ofrece placeres y dolores (tal vez sinónimos aquí) interminables, placeres que van mucho más allá de los conocidos por el cuerpo.

¡*Esto no es para tus ojos! Ah, el sufrimiento. El dulce, dulce sufrimiento*, asegura el cenobita líder, quien antiguamente fue capitán del ejército británico en la Primera Guerra Mundial, antes de entregarse por completo a la búsqueda de nuevas satisfacciones y eventualmente al hallazgo de la Caja que se los proporciona.

Ahora, cuando están en camino dos proyectos relacionados con el mundo ideado por Cliver Barker –una nueva película que reiniciaría la franquicia y una serie de HBO que dicen, y se espera, que sea verdad, funcionaría dentro del canon comenzado en 1987– se presentó una demanda que, amparada en la legislación de Estados Unidos, permite a un autor finalizar la transferencia de derechos luego de pasados treinta y cinco años del trato original. Esto mismo ocurrió por ejemplo con la saga de *Friday the 13th* lo cual trajo una inmersión en líos legales cuando el guionista del primer film quiso reclamar lo suyo.

Entonces qué conviene, que nos conviene, ya que la pregunta debe estar siendo formulada por todos aquellos que encontramos en la literatura y cine de Barker sensaciones que rompen con la fina barrera de la realidad: ¿que todo vuelva a manos de su dueño, lo cual no es poca cosa, o que surjan nuevas maneras de obsequiarle a las generaciones venideras la experiencia de conocer el rostro del inextricable y brutal Pinhead?





# RUFINA

Por HUGO CANAL BIALY

*"La muerte de una mujer hermosa es sin duda, el tema más poético del mundo"*  
Edgar Allan Poe

**E**l viento soplabla sobre la hilera de cipreses en el cementerio de la Recoleta, mientras el grupo de turistas conformado por, aproximadamente, trece personas, seguían el recorrido escuchando atentamente al guía, quien entre las biografías de ilustres muertos matizaba sus relatos con mitos y leyendas, con tono misterioso y fantasmas evocados en las narraciones.

Llegaron a la última morada de la personalidad más visitada, para sorpresa de japoneses y europeos, que no paraban de tomar fotografías, la bóveda de la familia Duarte se hallaba en un callejón lateral, con flores frescas y mucha expectativa para conocer la vida de Evita y el peregrinaje de su cadáver embalsamado hasta volver a descansar en paz, en el camposanto más famoso de Argentina, "La ciudad de ángeles", como se lo conoce por sus esculturas de seres alados y figuras mortuorias diseñados en mármol de carrara, entre panteones fastuosos mandados a construir por la aristocracia porteña en tiempos de esplendor.

Casi en el final del recorrido, en una avenida perpendicular al pórtico del ingreso principal y muy cerca de Evita, la escultura de una bellísima mujer saliendo de su tumba provocó fascinación, asombro y curiosidad en el contingente, que arremetió con los flashes, antes que el guía cuente su historia.

"Estamos ante la bóveda de una de las familias más acomodadas en Buenos Aires, a fines del siglo XIX: los Cambaceres. Aunque la niña que ustedes observan en esta hermosa escultura (la más fotografiada del cementerio), fue adicionada un año después de su cruel y fatídica muerte, en 1902. Su prematuro fallecimiento y consecuencias posteriores, marcaron un antes y un después en la forma de establecer los velatorios, formas de entierro, y en el camino de esta joven se esconden una serie de traiciones y secretos que la llevaron a un final inesperado", anticipó el guía manteniendo cautiva la atención del grupo.

»Su padre, Eugenio Cambaceres, fue un escritor de cierto renombre en los salones literarios de su época, con un naturalismo al estilo de Emile Zolá. Supo narrar en dos libros muy comentados y poco aprobados por las clases altas: Sin rumbo y En la sangre, en los que cuenta los dramas, pasiones, hijos ilegítimos y ascensos de clase, protagonizados por los inmigrantes italianos y españoles lle-

gados a Baires durante la ola migratoria propulsada por Sarmiento y Avellaneda, molestando la ventilación de asuntos privados en una literatura muy cercana a la realidad de muchas familias patricias. Para sumar al escándalo y descrédito se enamoró de una bailarina italiana, que integraba un ballet en gira por Sudamérica: Luisa Bacichi. Tener amoríos con una bataclana, para la pacata sociedad porteña era poco menos que estar en amores con una prostituta encubierta. Se casaron y al año nació la hija del matrimonio a quien bautizaron Rufina, como su bisabuela. Al poco tiempo murió Eugenio, siendo criada la niña prácticamente por su madre.

»Creció en un ambiente aristocrático, su belleza la definía como una de las mujercitas más solicitadas en las fiestas y agasajos de aquel tiempo, y dedicaba su tiempo libre a tareas de bordado, paseos por la alameda y lecturas de autores románticos franceses, góticos británicos y siempre a la vanguardia, le encantaban los relatos de terror, y especialmente los libros prohibidos, que pasaban en forma clandestina por la aduana de Buenos Aires, censurados por el clero y la moral de la alta sociedad. Así llegó a sus manos Salem's Lot, una novela de vampiros ambientada en Nueva Inglaterra, por un escritor norteamericano, que sería de renombre en el siglo XX: Stephen King.

»La simpatía de Rufina y su elegancia en las tertulias lograban que fuera muy requerida y que incluso compitiera con su madre en cuestiones de coquetería y belleza, quien era una joven viuda. En un ágape, Rufina conoció a Hipólito Yrigoyen, un destacado político que militaba en la Unión Cívica Radical, partido político que se desprendió de la Unión Cívica. El hombre de 50 años la cortejaba logrando ruborizar a la joven de 19 años y haciéndola soñar con promesas de amor y un

**“Tener amoríos con una bataclana, para la pacata sociedad porteña era poco menos que estar en amores con una prostituta encubierta.”**

romance incipiente, pero a la vista de todos era muy difícil consumir esta pasión y era un amor platónico, que crecía entre ellos.

»La diferencia de edad, por aquel entonces, no estaba tan mal vista y era hasta aconsejable, recordando que el General San Martín, con 34 años, desposó a una jovencita Remedios de Escalada, de tan sólo 14.

»El día del cumpleaños 19 de Rufina, el abogado de voz gruesa, que sería presidente de la nación en dos ocasiones en el futuro, ante los reproches de su enamorada, la invitó a presenciar un concierto de una orquesta sinfónica en el teatro Colón, para consumir la pasión tan demorada después de aquella velada.

»Pero la tragedia golpeó la puerta de la familia Cambaceres: la misma mañana del cumpleaños de la niña mimada, cuando una amiga fue a visitarla y le confió un secreto a voces, que se rumoreaba en todas las recepciones, sin saberlo la propia protagonista, su amado Yrigoyen era el amante de su madre Luisa. La decepción, el llanto y la angustia la abatieron y se encerró en su cuarto. Se aproximaba la hora de asistir al teatro y al no tener señales de su preparación, una mucama de la familia fue a buscarla y la encontró, aparentemente, muerta. Llamaron con urgencia a un médico, que la auscultó y al no encontrarle pulso determinó que la joven había muerto de un infarto, literalmente se le había roto el corazón.

»Esa misma noche, para evitar el escándalo la enterraron sin velarla. Al llevar su cuerpo al cementerio de la Recoleta, fue sepultada con sus joyas como se acostumbraba, y su madre dolida por la pérdida de su hija gritaba que no podía estar muerta, tuvieron que sujetarla los familiares presentes para poder cerrar el féretro.

»Esa noche el horror de una pesadilla digna de Edgar Allan Poe se desencadenó en el lugar. Los cuidadores de los cementerios cumplían un rol de guardia de seguridad, porque familias adineradas de la burguesía enterraban a sus muertos con joyas, y salteadores de poca monta aprovechaban las primeras horas después de un cortejo importante para robarlas. Esa noche, en ronda de vigilancia, sintió ruidos y gritos cerca al panteón de los Cambaceres, casi cayó por el susto y salió corriendo a pedir auxilio. Mandó a avisar a los familiares, quienes acudieron a la mañana siguiente. Lo que encontraron al abrir la bóveda

**Esa misma noche, para evitar el escándalo la enterraron sin velarla. Al llevar su cuerpo al cementerio de la Recoleta, fue sepultada con sus joyas como se acostumbraba, y su madre dolida por la pérdida de su hija gritaba que no podía estar muerta, tuvieron que sujetarla los familiares presentes para poder cerrar el féretro.”**

fue un espanto: el cajón estaba movido, al abrirlo, la piel de Rufina estaba morada y llena de arañazos, las uñas llenas de astillas de madera del propio cajón y lo peor, el cuerpo estaba yacente boca abajo y con todas sus joyas. Todos estos indicios y pruebas confirmaron lo peor, había sido enterrado viva, sufría catalepsia: parecía muerta pero no lo estaba. Al despertar por la noche en su mortaja fúnebre intentó escapar y volvió a morir por asfixia.

»Después del caso de Rufina, figuras adineradas implementaron sistemas internos para hacer sonar campanas desde el interior de los ataúdes y se exigió, por ley, un velatorio de al menos veinticuatro horas. Su madre para pagar la culpa por la afrenta ante el confuso fallecimiento de su hija, y el motivo que produjo su muerte, contrató al arquitecto alemán Richard Aigner para la construcción de un mausoleo especial para su hija, fue realizado con el estilo art nouveau, con detalles florales en la escultura de Rufina que se la observa de pie, con una mano sujetando la puerta de su sepulcro intentando salir, cumpliendo el final que no pudo ser y dejando una leyenda triste que conmocionó a la opinión pública. Algunas personas, transitando las inmediaciones del cementerio, insisten en que la vieron caminado con su vestido en las noches por las cercanías de su morada final, buscando a su amor o saliendo de su encierro.

# LA TRIADA OSCURA Por PAULA AROS

**L**as hermanas D'ottavi eran las celebridades del pueblo por aquel entonces. Sus vidas habían estado marcadas por el infortunio desde que llegaron a este mundo. Su abuelo había vendido a su madre al dueño de una hacienda cercana llamado Vincenzo D'ottavi cuando esta tenía tan solo 14 años recién cumplidos. Las cosas se hacían muy distinto en aquellas épocas, y situaciones como estas eran de lo más habitual y nadie se asombraba de estas cosas como hoy en día. Don Vincenzo D'ottavi, era un solitario y acaudalado hombre de negocios que a pesar de su avanzada edad había permanecido soltero, según él porque no le tenía paciencia a las mujeres. Por lo bajo se corrían infinidad de rumores acerca del verdadero motivo de su soltería, por ejemplo, de que era un impotente o de que gustaba de los muchachitos más que de las mujeres. Yo, en cambio, sabía toda la verdad sobre él. Mi madre me había parido en esta misma casa y conocía muy bien al viejo D'ottavi o don "Cenzo", como le decía, para ahorrarme todo el palabrerío. Tuve la suerte de nacer lo bastante fea como para que el viejo no se fijara en mí ni una sola vez, al contrario. Creo que yo era para él algo como una cosa más de la casa. Puedo decir que jamás me faltó el respeto, por el contrario, solía dirigirse a mí de manera muy cordial y solo para comunicarme lo justo y necesario, incluso me pagaba mucho más de lo que debía, siempre en tiempo y forma.

La primera vez que vi a Lucía me sentí feliz y triste al mismo tiempo. Feliz porque ya no sería la única mujer en aquella enorme y fría casa. Y triste porque podía ver en los ojos de aquella niña una profunda tristeza. El día que llegó, había tormenta, era miércoles por la tarde y el viento Zonda arrasaba con todo lo que se le atravesaba a su paso. Le indiqué dónde sería su habitación para que se pusiera cómoda. Se instaló en la habitación contigua al dormitorio de Don Cenzo, el viejo apreciaba demasiado su privacidad por lo cual ni siquiera casado compartiría habitación con alguien, aunque esta fuera su nueva esposa. Una

instalada Lucía, solo restaba esperar el día de la boda. Entre el día que llegó a la casa y el día de la boda ella y el viejo se hicieron muy buenos amigos, pasaban la mayor parte del día en la biblioteca privada que tenía Don Cenzo, incluso daban largos paseos a caballo por toda la chacra. Nunca antes había visto al viejo tan feliz. Podría decirse que fueron sus días de gloria, sin exagerar. La boda fue de lo más hermosa: un día de domingo, al mediodía, donde asistieron una gran cantidad de conocidos y amigos como otros tantos dueños de chacras vecinas. Todos eran invitados del novio, por supuesto; de la novia..., nadie. Ni siquiera el alcohólico de su padre (seguro andaba de bar en bar despilfarrando el dinero que había obtenido a costa de su hija). Ella lucía hermosa, como una princesita de cuento, sus ojitos brillaban tanto que uno no sabía si iba a llorar o qué... Ya a eso de las cinco todos se habían marchado. El frío de junio había espantado a todo el mundo muy temprano y solo quedaban los mozos. Lucía, feliz en su vestido de novia, avisó que saldría a dar una vuelta en su nuevo caballo. Como regalo de bodas Don Cenzo le había regalado el caballo más hermoso que yo haya visto alguna vez en mi vida. Era una pura sangre alazán, perfecta por donde se la mirara.

—No te demores demasiado, parece que se viene una tormenta. Tené cuidado. ¿No querés que te acompañe?

—No te preocupes, solo doy una vuelta y vuelvo.

Eran las diez de la noche y todavía no había noticias de Lucía. Afuera, una tormenta terrible sacudía los álamos que rodeaban la casa, sin tregua. Para ese entonces Don Cenzo había llamado a la policía y estos habían llegado con un centenar de hombres para comenzar con la búsqueda. Finalmente, y después de horas de exhaustivo trabajo, dieron con el cuerpo de Lucía. Por suerte aún con vida, la encontraron desmayada bajo un sauce, con su vestido de novia aún puesto, totalmente empapada y embarrada. Tres días tardó en despertarse de aquel sueño. Y cuando

al fin lo hizo dijo no recordar absolutamente nada de aquella fatídica noche. Le sucedieron otras más de tremenda angustia donde a menudo se despertaba a los gritos, o bien la encontraba llorando desconsolada en algún rincón de la casa, totalmente perdida.

—No puedo recordar nada, Dolores, nada, solo me invade esta angustia terrible como si algo muy malo me hubiera sucedido aquella noche, pero no puedo recordar y necesito saber qué es, qué ocurrió conmigo.

El viejo no se apartó de ella en ningún momento, se dedicó día y noche al cuidado de Lucía, y cuando comenzaron los vómitos todo estuvo más que claro para mí. Mejor dicho, ahí comenzaron mis sospechas. Ella era aún muy joven e ingenua como para darse cuenta de lo que sucedía y el viejo, como todo hombre desconocía muchos temas de mujeres. Finalmente, el médico de la familia lo confirmó: ¡Lucía estaba embarazada! El viejo era consciente de que el hijo que esperaba Lucía no era de él, sin embargo, Lucía ya era su mujer y debía hacerse cargo de la criatura para no ser el hazme reír del pueblo. De paso despejaba esas dudas de que era estéril o maricón. Lucía pasó todo el embarazo en completa soledad, como si cumpliera una especie de condena. Don Cenzo, al igual que conmigo, solo se dirigía a ella por algún motivo en particular. Era noche de verano y yo me había quedado leyendo hasta tarde ese día. La luna en lo alto daba una luz radiante y el viento fresco que corría instaba a relajarse con una buena lectura. Recientemente se había publicado el último libro de Stephen King, del cual yo era fanática, bueno aún lo soy. Como les decía, *Insomnia* acababa de salir a la venta y obviamente yo ya tenía mi ejemplar (tapa dura, por cierto) y era la oportunidad perfecta para comenzarlo. No había leído ni dos páginas cuando escuché sus gritos: —¡Dolores! ¡Dolores! Vení por favor. Ya estaba en fecha así que era obvio que esa noche pariría. Corrí lo más deprisa hasta el comedor y telefoné al Doctor Fortunato.

—Va a parir, Lucía va a parir. Dese prisa, venga pronto —fue todo lo que dije y corté.

Salí corriendo hasta la habitación. Lucía sudaba como día de verano en pleno microcentro.

—Me voy a morir, repetía, me voy a morir, ayúdame, ¡por favor!

—Ya viene el Doctor, Lucía, ya lo llamé, aguan-

tá un poquito más... —En el comedor sonaba el teléfono—. ¿Quién será? —pensé—. ¿Justo ahora?

Don Cenzo, que había aparecido de pronto, se me acercó y me dijo: —No te preocupes, voy yo, quedate con ella. Minutos después, apareció nuevamente.

—El doctor no puede venir, le avisaron que la tormenta arrasó con el puente y no hay forma de que llegue. Tendremos que hacerlo nosotros, por la mañana, y con la luz del día, tratara de estar acá.

Qué tormenta, me preguntaba yo, si hace un momento miraba por la ventana y era una noche hermosa, la luna brillaba con todo su esplendor y no se veía ni una sola nube en todo el cielo. En fin... por suerte no era mi primera vez oficiando de partera. Una vez me había tocado ayudar a mamá en el parto de Ofelia, la mucama de la hacienda de al lado. El médico tampoco había podido llegar a tiempo y tuvimos que ayudarla a parir nosotras.

Tan rápido como un parpadeo teníamos a la tormenta azotándonos la puerta. La primera niña nació sin problema, era un angelito, blanca como la leche; enseguida se prendió a la teta de su madre; la otra... Don Cenzo y yo nos miramos. Ninguno dijo nada, sin embargo, Lucía pudo notar en nuestras miradas que algo raro sucedía...

—Qué...qué sucede... ¿Está bien?, ¿es un niño?

Don Cenzo salió de la habitación y no volvió sino hasta el otro día cuando vino el doctor...

—Son dos hermosas niñas, Lucía, ¡tuviste gemelas!

Eran las 7 am cuando el Doctor Fortunato llegó finalmente a la casa.

—¿Cómo está Lucía? —me dijo Don Vincenzo que todo había salido muy bien.

—Sí, Doctor, por suerte salió todo muy bien.

Lo acompañe hasta la habitación de Lucía donde esta amamantaba a una de las pequeñas.

—Mientras puedo ir revisando a la otra, ya me dijo Don Vincenzo que tuviste gemelas, felicidades a los dos. El Doctor se acercó hasta la cuna para tomar a la otra bebé y asombrado se dio vuelta a mirarnos. No supo qué decir, nosotras menos..., en total silencio reviso a las dos bebas para confirmar que se encontraran sanas. Don Cenzo hizo una repentina aparición y le pidió que cuando terminara con las niñas pasara por su des-

pacho...

—Debes amamantarla a ella también sino no parara de llorar.

—Tengo miedo, Dolores... como es que...

—No es nada malo, Lucía, es una beba como cualquier otra.

—Pero...

—Debe tomar leche o morirá de hambre.

Pude notar la duda en sus ojos, como si creyera que lo que yo decía era lo mejor que podía pasar.

Orazia era un angelito, desde que había nacido no había llorado, solo hasta este instante.

—Lucía, la niña no para de llorar, debés alimentarla, tiene hambre. —Lucía se resistía, como si le tuviera miedo a su propia hija.

La alcé en brazos y se la acerqué al pecho. Otra vez el teléfono importunando, debía atender.

—Hola, ¿quién habla?

—Dolores, ¿cómo te va? Soy yo, el Doctor Fortunato. ¿Se encuentra Don Vincenzo?

—Doctor, ¿cómo le va?... No, Don Vincenzo salió temprano, no dejó dicho a dónde iba ni a qué hora volvía, pero lo noté muy preocupado al salir.

—No es para menos... cuando vuelva decile que lo llamé. Que ya tengo resuelto su problema. Una familia de Necochea, conocidos míos, quieren quedarse con la otra beba... decile eso así está más tranquilo. Mañana por la tarde andaré por Marcos Paz y pasará a darle los detalles en persona.

—Claro, Doctor, no se preocupe, yo le aviso.

El llanto había cesado al fin. Y yo me quedé tranquila al saber que Lucía finalmente había amamantado a la niña.

Mientras leía ávidamente página tras página, pensaba en la magia, en lo fantástico. A menudo creemos (irónicamente) que la magia es algo sobrenatural, algo ajeno al ser humano, sin embargo, yo siempre he creído todo lo contrario. Ya nuestra propia existencia podría catalogarse como algo mágico. Si bien sabemos, gracias a los avances de la ciencia, todo el proceso biológico de cómo se crea un ser humano, ¿no les parece casi, por no decir imposible, que se dé la perfección a tal punto? Sí, sé que es una tontería esto que les digo, pero a veces me da por pensar en estas cosas. Lo mismo sucede con los libros para mí. En la mayoría de los casos un total desconocido pone, una tras otra, determinada cantidad de palabras, en cierto orden, en cierto lugar etc. Y con todo eso logra crear un mundo por completo,

incluyendo detalles, inclusive. Porque si yo les digo: Sherlock Holmes, por ejemplo, todos los aquí presentes sabrían de quién hablo. Incluso sabrían cómo es su aspecto físico y si son fanáticos del género incluso podrían haberle dado una voz (aunque la obra original estuviera escrita en inglés). A lo que voy, es que Sherlock Holmes, realmente no existe, sin embargo, vive y vivirá en nuestra memoria colectiva como un miembro más en tanto el ser humano tenga la capacidad de imaginar. La literatura, como otras artes, son prueba de que somos magia, que venimos y necesitamos de ella para conciliar este extraño mundo en el que fuimos depositados como actores que deben improvisar un papel que nadie especificó. Sumida en mis pensamientos sobre estas cosas escucho el llanto de una de las niñas. Ante el incesante llanto, sin tregua, decido subir y ver qué sucede. Lo siguiente que recuerdo es estar tirada en el piso y a Don Cenzo sobre mí sacudiéndome frenéticamente.

—No entres a esa habitación por ningún motivo, Dolores, que no se te ocurra, te lo prohíbo terminantemente. ¡Es esa niña, estoy seguro! —Podía ver el miedo a través de sus ojos y sus manos temblorosas.

—Pero, ¿qué sucede con las niñas, se encuentran bien?

—Hay que deshacernos de ella, Dolores, ¡tomá, rápido! Lleváte a Alessandra con vos. En la cocina encontrarás todo para alimentarla, el Doctor me dio todas las indicaciones. Están junto con la leche. Llevátela, llevátela lejos y no vuelvan nunca. Mañana en cuanto salga el sol te quiero lejos de esta casa, alejáte lo más que puedas de nosotros. Estarás bien, ya me encargué de todo —dijo y entró a la habitación de Lucía.

Tomé a la niña e hice tal cual me indico el viejo. No escuché ningún llanto en toda la noche. Preparé la leche para la niña tal como indicada el prospecto y la recosté a mi lado. Me despertaron las sirenas de la policía. Ni siquiera había abierto los ojos por completo cuando alerté que un grupo de policías me rodeaba y uno me leía mis derechos, mientras me esposaban como a cualquier criminal.



**L**a sala de espera estaba llena, la cabeza me daba vueltas y aun así no podía quitarle la vista a esa esquina. Una casa reposaba sobre ella. Planta baja y un piso, tenía color ladrillo y dos ventanas que daban directo a la vereda. Es raro ver ese tipo de construcciones en estos días. Una chimenea partía el tejado gris que era envuelto por dos árboles en los extremos de cada esquina donde la casa se estiraba por cinco metros, por lo menos, hacia ambos lados. La puerta blanca se ubicaba a la derecha de mi rostro, mientras que la cochera la precedía del mismo lado. Las persianas permanecieron cerradas durante todo el día.

Cada cuarenta minutos el doctor se asomaba y gritaba algún apellido, que nada tenían que ver con el mío. Las horas y los apellidos pasaban, mientras la quietud de la casa me resultaba incómoda. La sombra de la misma avanzó sobre el gran ventanal de la clínica, y ambas eran una. La luz de calle que tímidamente se metía entre las ramas y hojas, me dejaba entrever siluetas sobre la puerta y cochera de la casa.

Tenía la cabeza entre las piernas cuando alcé la vista a la calle. Un auto se estacionaba frente a la cochera. Se sostuvo inalterable por unos minutos, luego una mujer y un hombre bajaron de él. Ella tenía un vestido que la luz de calle me dibujaba de color amarillo. Mientras él, más sencillo de distinguir, un saco negro. Creí que eran una visita, hasta que él revolvió su bolsillo y sacó las llaves de la puerta principal. Ingresaron y pasados los minutos se entreabrieron las persianas. Eran de esas que se giran horizontalmente para dar vista a ambos lados de las mismas. No tenían cortinas, así que en cuanto encendieron las luces pudo verse mucho de lo que pasaba en el comedor principal. Se llegaba a divisar una mesa, pero los detalles que las persianas me regalaban eran pocos. Los vi pasar y unos momentos después la otra persiana de lo que parecía la habitación principal se abrió de la misma forma que la de abajo. Se encendió la luz y pude ver a la mujer de amarillo pararse frente a ella. Su silueta enmarcada por la luz amarilla del foco se acercó hasta el vidrio y se quedó inmóvil. Yo entrecerré los ojos

para poder ver mejor, hasta me animé a apoyar una mano en el vidrio para evitar movimiento. Parecía que me estaba viendo, su posición, la mano abriéndose camino entre las hendijas a la altura de sus ojos. Sentí vergüenza y bajé la vista disimuladamente. El doctor gritó otro apellido, cuando volví a mirar ella ya no estaba.

El hombre del saco negro ahora vestía una camisa blanca, se ubicó en la parte izquierda del comedor. Hablaba por teléfono gesticulando ampulosamente. La luz que bajaba del techo ahora me permitía fijar cada objetivo de mejor manera. La mujer del vestido se paseaba de un lado a otro un tanto ansiosa. Él colgó el teléfono y apoyó sus manos contra la mesita, en la que reposaba el aparato. Agachaba su cabeza en un gesto que parecía como angustia y enojo. Ella se acercó y con sus manos en los hombros le dijo algo muy cerca del oído. Con un movimiento brusco quitó sus manos de encima y se sentó a la mesa. Sus palmas le cubrían la cara y los codos le sostenían la cabeza. Ella desde el otro lado de la misma seguía hablándole, subía su mano izquierda mientras agitaba la derecha. Todos sus movimientos parecían una coreografía de teatro. La danza de sus manos se detuvo, cuando con un golpe sobre la superficie de la mesa, él se paró repentinamente. Le gritaba con fuerza, era evidente. No podía escuchar lo que decía, me separaban treinta metros y los vidrios de las ventanas, pero ambos tenían argumentos válidos. Un llanto rompió la furtiva discusión, y él se levantó para abrazarla por la espalda mientras aún lloraba contra la mesa. La cabeza me daba vueltas.

Al pasar las horas la expuesta pareja cenó. Uno en cada extremo de la mesa, que había sido testigo de la pelea anterior. Comían en silencio la cena que había preparado la mujer de vestido. Toqué mi estómago para verificar que tenía hambre. En el bar de enfrente vi, antes de ingresar a la clínica, que tenían servicio de comida. Ya hacía como una hora que el doctor no gritaba ningún apellido. Unos minutos fuera de la sala me harían bien. Crucé la calle, entré al bar y me senté en la última mesa del fondo. La cabeza aún me daba vueltas.

Pedí la carta, una mesera me dejó un papel plastificado, de muy mala gana. Mientras tomaba mi decisión, veo ingresar al hombre de saco negro al bar. Se sienta en la barra y pide un whisky sin hielo. Afuera comenzaba a llover. Estaba solo, pero no me extrañó. Luego de esa discusión la mujer de vestido y él parecían distantes. Tomaba el vaso con ambas manos, y logré ver que temblando se lo llevaba a la boca.

La mesera atendía a una pareja que se ubicó cerca de la ventana principal. Así que al ser tan ignorado decidí levantarme y dirigirme a la barra. Cuatro asientos nos separaban. Él bebía y yo lo observaba sobre mi hombro izquierdo, casi de reojo. Sostenía la mirada en un punto fijo, bebía unos sorbos y sollozaba. Había cierta tristeza en su rostro, pero el ceño fruncido la mezclaba con rabia. Yo tenía mis manos abrazadas entre ellas esperando disimular bien el no poder sacarle los ojos de encima. Pero él permanecía inmutable a lo que sucedía a su alrededor, como si no estuviese ahí. Metió su mano en el interior del saco, dejó unos billetes y salió del bar bajo una intensa lluvia. Obviamente, salí detrás de él, lo vi caminar hacia la casa de la esquina. Llovía cada vez más fuerte, pero a él no le importaba. Caminaba como si el sol brillara bajo su cabeza, danzaba por los charcos en línea recta, casi arrastrando los pies. No esquivaba mi presencia, ni siquiera me notó. Cuando dio la vuelta a la esquina corrí para no perderlo. Lo vi subir al auto, totalmente empapado. Dio la vuelta y se marchó. Antes de los cien metros su auto ya no podía ser distinguido por el rigor de la lluvia, que me abrazó junto al frío y me dispuso a volver a la sala de espera. Los apellidos pasaban y pasaban, como si nunca hubiese salido de ahí. Mi lugar me esperaba inalterable. La casa seguía ahí, pero ¿dónde estaba la mujer del vestido? Tendría que haberse ido con él. Tal vez la discusión los alejaba por un tiempo. Podía ser que el hombre del saco, cansado de sus reproches, se fue en busca de paz. O tal vez ella no soportaba más su presencia en la casa y lo echó. La cuestión es que la casa seguía ahí. Las persianas abiertas, la mesa con las sillas en los extremos, la habitación que solo me dejaba ver a quien se asomara, pero nadie se asomaba. La casa seguía quieta y mi cabeza me daba vueltas. El agua caía de mis prendas y mi cabello; los apellidos seguían desfilando por la sala. Yo solo tenía ojos para esa es-

**“No escuché sus discusiones ni los golpes sobre la mesa. Había nacido en mí la duda de ese vacío, de la casa que me llamaba.”**

quina, con su color ladrillo, oscura entre tanta lluvia, acariciada por los árboles que bailaban. Estaba tan quieta, tan vacía.

Empecé a dudar de esa quietud. No podía permanecer de esa forma con la mujer del vestido en su interior. Debía dormir supuse, pero aun así no la sentía. No podía divisarla por la ventana de la habitación ni la persiana del comedor que daban a la calle. No escuché sus discusiones ni los golpes sobre la mesa. Había nacido en mí la duda de ese vacío, de la casa que me llamaba. Esa esquina posada frente a mis ojos, alumbrada por los autos que se enfrentaban en infinitas casualidades. La casa latía frente al gran ventanal de la clínica.

—¡Ortiz! —gritó el doctor.

Me paré por inercia. Estaba solo en esa sala de unos cuantos metros para acá, de unos cuantos metros para allá. Era mi apellido el que nombró, mientras anotaba cosas en una planilla marrón sin siquiera alzar la vista para ver si estaba ahí. Lo miré asustado, el agua se deslizaba de mí. Casi cayéndome corrí hasta la puerta de entrada, salí de la clínica bajo la lluvia que no quería dejar la noche. Los metros que me separaban de la casa cada vez eran menos, no podía ver fácilmente. No di cuenta de cuándo había llegado a la puerta blanca. La casa me estaba llamando, su color ladrillo se había teñido por la oscura noche y sus persianas se habían cerrado invitándome a desafiar el límite. La cabeza me daba vueltas. La puerta estaba apoyada, apenas cerrada. Di los primeros pasos dentro, entre la ostentosa penumbra del lugar. Me di cuenta que no la conocía como creía. Me topé con la mesa del comedor y unos metros más adelante con la mujer del vestido; era amarillo y estaba manchado por su sangre, al igual que mis zapatos. Todo el piso vestía el color del interior de la dama. El suelo tenía su contorno y ella yacía cerca de las escaleras. Entendí el miedo y la tristeza en los ojos del hombre de saco, la rabia que lo había invadido. La casa de la esquina lo había invitado, tal como a mí. La cabeza me daba vueltas y la casa seguía quieta.

# EL REY DE LAS ADAPTACIONES

Por Pablo Rodríguez Ortiz



**E**n lo que va de 2020 ya se estrenaron 4 cortos, 2 series de televisión y el piloto de una película rusa, todos basados en historias de Stephen King. Y es que es inconmensurable la cantidad de adaptaciones que surgen año a año de sus obras. Al contrario de como se suele hacer, voy a ir nombrando todas las películas y series basadas en sus obras desde la actualidad hasta llegar al principio.

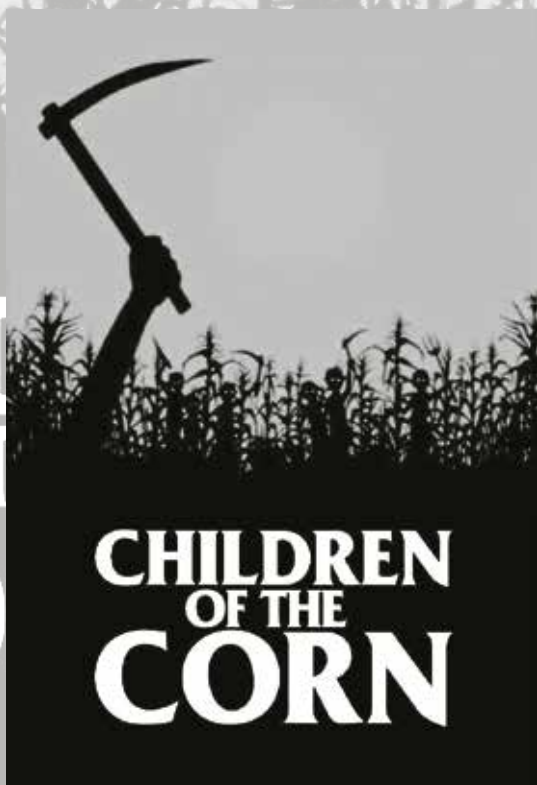
En 2019 fueron 4 películas: *Dr. Sueño*, *IT: Capítulo 2*, *Cementerio de Animales* (una nueva versión) y *En la hierba alta*, que está basada en la novela homónima escrita por King y su hijo, Joe Hill. En 2018 se estrenó la serie *Castle Rock*, ambientada en la ciudad ficticia creada por King. Entre 2017 a 2019 salió la serie *Mr. Mercedes*.

En 2018 se estrena *Children of the Corn: Runaway*, película de terror dirigida por Jonh Gulager pero que resulta ser la novena entrega de una saga que lleva décadas basándose en el cuento corto *The Children of the Corn*. Anteriormente tenemos *Los chicos del maíz: génesis*, de 2011, dirigida por Joel Soisson; *Los chicos del maíz 7: Revelacion*, de 2001; *Los chicos del maíz 666: El regreso de Isacc*, de 1999; *Los chicos del maíz 5: Campo de terror*, de 1998 con una desconocida Eva Mendes en uno de los roles protagónicos; *Los chicos del maíz 4: La reunión*, de 1996, con la increíble Naomi Watts; *Los chicos del maíz 3: La cosecha urbana*, de 1995; *Los chicos del maíz 2: El sacrificio final*, de 1992 y *Los chicos del maíz*, de 1984, con Linda Hamilton, que pocos meses

después se convertiría en la icónica Sarah Connor. También en 2018 se estrena *The Doctor's case*, película canadiense basada en un cuento corto de King dentro del universo de Sherlock Holmes.

En 2017 se estrenan: *1922*, película dirigida por Zak Hilditch; *El juego de Gerald*, dirigida por Mike Flanagan, disponible en Netflix y con buenas críticas; *IT*, dirigida por Andy Muschietti, una nueva adaptación muy aclamada; y *La torre oscura*, dirigida por Nikolaj Arcel, con buenos actores como Idris Elba, Matthew McConaughey y Tom Taylor, pero con muy malas críticas. Por otra parte, ese mismo año hubo una serie de 10 capítulos basados en la novela *The Mist*.

En 2016 se estrena *Cell*, dirigida por Tod Williams con los protagónicos de Jonh Cusack y



Samuel L. Jackson, y 22.11.63, una miniserie de 8 capítulos, basados en la novela homónima, creado por Bridget Carpenter, con James Franco de protagonista, que trata sobre un maestro de secundaria que regresa en el tiempo para evitar la muerte del presidente Kennedy.

En 2015 concluyeron 2 series: *Haven*, que contó con 5 temporadas y un total de 78 capítulos, y que nace a partir de un cuento corto de titulado *The Colorado Kid*, y también *La cúpula* o *Under the Dome*, una serie con 3 temporadas sobre un pueblo encerrado en un domo.

En 2014 solo salió la película *Big Driver* para televisión, dirigida por Mikael Salomon.

En 2013 hubo una nueva adaptación de *Carrie*, la primera novela de King, dirigida por Kimberly Peirce y protagonizada por Cloe Moretz y Julianne Moore.

La maldición de *Dark Lake* (*Bag of bones*”, de 2012, fue una mini serie de dos capítulos protagonizada por Pierce Brosnan, basada en la novela homónima.

*Los chicos del Maíz* tuvo una segunda adaptación para televisión en 2009, dirigida por Donald P. Borchers.

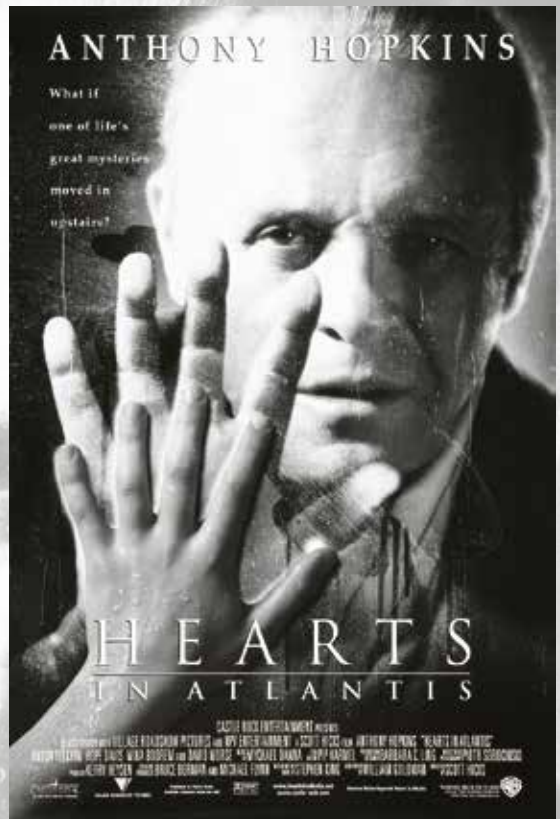
En 2007 se estrena *La niebla*, película dirigida por Frank Darabont; *1408*, dirigida por el sueco Mikael Hafstrom y basada en el cuento corto del mismo nombre. Aquí es donde John Cusack y Samuel L Jackson tuvieron su primer dúo protagónico en una adaptación de King.

Entre 2002 y 2007 se transmitió *The dead zone*, que se basa en los personajes de la novela de King y los utiliza a su antojo. Tuvo 6 temporadas y un total de 81 capítulos.

*Pesadillas y alucinaciones de las historias de Stephen King* fue una miniserie de 8 capítulos en 2006, que adaptaba algunos de sus cuentos en cada capítulo.

*Desesperación*, de 2006, es una película para televisión que cuenta con el guion de King y se basa en la novela del mismo nombre. Fue dirigido por Mick Garris, quien también, en 2004, dirigió *Viaje a las tinieblas*, basada en la novela *Riding the bullet*.

King desarrolló en 2004 *Kingdom Hospital* para la televisión americana, una miniserie de trece episodios basada en *Riget*, de Lars Von Trier. Fue dirigida por Craig R. Baxley, que también adaptó para televisión dos películas: una de 2002 y otra



de 2003, de la novela *The Diary of Ellen Rimbauer: My Life At Rose Red*. Otra miniserie de 2004 es *Salem's Lot*. Cuenta con solo 2 episodios y pasó sin pena ni gloria, sin ser muy recordada.

En cambio *La ventana Secreta*, de 2004, dirigida por David Koepp y protagonizada por Johnny Deep, sí tuvo un poco más de revuelo, pero no tantas buenas críticas.

Una película con más renombre es *El cazador de sueños*, de 2003, dirigida por Lawrence Kasdan.

*The dead Zone* también tiene una película independiente de 2002, con bastantes criticas aceptables. En 2002 también hubo otra adaptación de *Carrie*, esta vez dirigida por David Carson y con guion del genio de Bryan Fuller. Ese mismo año salió *Firestarter 2: Rekindled* que es una secuela de la película *Firestarter*, de 1984, que había sido dirigida por Mark Lester y protagonizada por una pequeña Drew Barrymore, con la que quisieron contar para esta secuela, 18 años después, pero que se encontraba muy ocupada con otros films como para volver a encarnar el papel. En 2001 se estrena *Corazones de Atlántida*, diri-



por Scott Hicks y protagonizada por el Gran Anthony Hopkins.

En 1999 se estrenó *The green Mile*, que aquí se llamó *Milagros Inesperados*. Dirigida por Frank Darabont y protagonizada por Tom Hanks y Michel Clarke Duncan. También se estrenó *The Rage: Carrie 2*. Más de 20 años después de *Carrie* unos productores tenían el guion de una película que estaba basada ligeramente en un escándalo sexual de 1993 que involucraba a un grupo de deportistas de secundaria y al darse cuenta que la historia se estaba pareciendo mucho a la novela de King decidieron convertirla en una secuela de la película de 1976.

King también se ocupó ese año de escribir el guion de *La tormenta del siglo*, una película/mini-serie para televisión, en la que seleccionó personalmente a Craig R. Baxley para dirigirla.

En 1998 salió la película *Infierno Blanco*, de Daniel Berk, que es la finalización de una trilogía basada en el cuento corto *Sometimes they come back for more*. La saga ya contaba con *La resurrección del mal*, de 1996, dirigida por Alan Grossman y *Algunas veces ellos vuelven*, de 1991, dirigida por Tom McLoughlin. En 1998 se estrena *Verano de corrupción*, de Bryan Singer, además de que King participa en la creación del guion de un capítulo de *X Files*.

En 1997 se estrenan tres películas, basadas en los relatos *Trucks*, *The body politic* y *The night flier: Sin escape*, de Cris Thomson; *Quicksilver Highway*, de Mick Garris y *El aviador nocturno*, de Mark Pavia. King también escribe el guion para un capítulo de *The Outer Limits*. Y también escribe el guion para una nueva adaptación de *El Resplandor*, en formato de miniserie, de 3 capítulos, dirigida por Mick Garris. El propio autor hace un cameo dentro de la serie.

En 1996 sale la película *Thinner*, de Tom Holland basada en la novela homónima.

En 1995 se estrenan *Langoliers*, basada en la novela *From four past midnight*; *Eclipse Total*, basada en el libro *Dolores Clairborne*, donde Kathy Bates vuelve a protagonizar una de las historias de King; y *Alianza macabra*, basada en el cuento *The mangler*.

En 1994 sale un VHS recopilatorio de dos historias de King que contiene *La mujer de la habitación* (1984,) de Frank Darabont, y *The Boogeyman* (1982), de Jeff Schiro. Ese mismo año Dara-

bont dirigiría la película mejor calificada por la mayoría de la crítica especializada: *The Shawshank Redemption*, protagonizada por Tim Robbins y Morgan Freeman, basada en el cuento *Rita Hayworth and Shawshank Redemption*. En Argentina se la llamó *Sueños de Libertad* y estuvo nominada a 7 premios Oscars y no ganó ninguno, todos se los llevó *Forrest Gump*. Y ese mismo año también salió *The Stand*, una miniserie de 4 capítulos, dirigida por Mick Garris.

Durante 1993 surgen las películas *Needful Things*, de Fraser C. Heston; *The Tommyknockers*, de Jonh Power y *The Dark Half*, dirigida por el gran maestro George A. Romero.

En 1992 King escribe el guion de la serie *Golden Years*, que cuenta con 7 capítulos sobre un conserje anciano que queda atrapado en una explosión de un laboratorio y al sobrevivir comienza a rejuvenecer. King comenta que la existencia de la serie es gracias a *Twin Peaks*, de David Lynch. También en el 92 se estrena la película *Sleepwalkers*, que sería como ya vimos la primera de siete adaptaciones que dirige Mick Garris. En esta ocasión basada en un cuento sin publicar.

En el 91 King escribe el guion para un capítulo de la serie de antologías de terror llamada *Monsters*.

1990 es un gran año porque se estrenan dos adaptaciones, hoy consideradas clásicos. *IT*, la miniserie de 2 capítulos que dirigió Tommy Lee Wallace y en la que Tim Curry toma el papel del payaso Pennywise. Y la película *Misery*, basada en la novela homónima y dirigida por Rob Reiner, que convirtió a Kathy Bates por su actuación como Annie Wilkes en la primera ganadora de un Oscar a Actriz Protagonista de una película de terror y suspenso.

En 1989 salé *Cementerio de Animales*, esta vez King se encargó él mismo del guion y la dirigió Mary Lambert. Luego, en el 92, la misma directora se encargaría de la secuela, pero ésta ya no tendría ninguna conexión con Stephen King.

En 1987 la serie de televisión *Tales from the Darkside* adapta uno de los cuentos de King y él escribe un guion para uno de sus capítulos. En ese año se estrena *The Running Man*, dirigida por Paul Michael Glaser y protagonizada por Arnold Schwarzenegger.

King junto a George Romero escriben *Creeps-*



how 2, secuela de la *Creepshow*, de 1982, donde Romero dirige y King escribe. Y otra secuela del mismo año fue *Regreso a Salem's Lot*, que continúa la historia de *El misterio de Salem's Lot*, de 1979, que dirigió Tobe Hooper.

Otro clásico del cine que adapta el cuento *The Body es Cuenta Conmigo*, de 1986, dirigida por Rob Reiner. Fue luego de esta película que nació una muy buena relación entre el director y el escritor y por ello años más tarde King vendió los derechos para filmar *Misery* con la condición de que Reiner la dirigiera. Además, Reiner le puso a su compañía productora el nombre de Castle Rock, como la ciudad donde suceden los hechos de la historia.

En 1986 la serie de televisión *The Twilight Zone* adaptó en un segmento de unos de sus episodios el cuento *Gramma*, de King. Ese mismo año el escritor se aventuró por primera y única vez a dirigir una película llamada *Maximum Overdrive*, que adapta su cuento *Trucks*. El soundtrack está compuesto enteramente por AC/DC, la banda favorita del autor. Lamentablemente la crítica vapuleó el film y fue considerado entre los peores directores de ese año y al protagonista Emilio Estevez entre los peores actores. Con el tiempo King la consideró como una película estúpida pero que lo ayudó a ganar y aprender experiencia.

En 1985 King escribe el guion de dos películas: *Bala de plata*, que adapta la novela *El ciclón del hombre lobo*, dirigida por Dan Attias y *Los ojos del gato*, inspirado en tres de sus cuentos, dirigida por Lewis Teague, y con el regreso de una pequeña Drew Barrymore luego de *Firestarter* actuando en uno de los cuentos. En 1984 sale *El regalo del diablo*, película que adapta el cuento *The monkey*.

Además de George Romero, otros dos maestros del suspenso y el horror fueron los primeros en adaptar a la pantalla historias de Stephen King. En el año 1983 se estrenan *La zona muerta*, de David Cronenberg, con Christopher Walken en el papel de Johnny Smith; y *Christine*, de John Carpenter. También Lewis Teague dirige la adaptación de *Cujo*. Estas tres películas, aunque cuentan con críticas algo divididas, hoy en día deberían ser consideradas de culto.

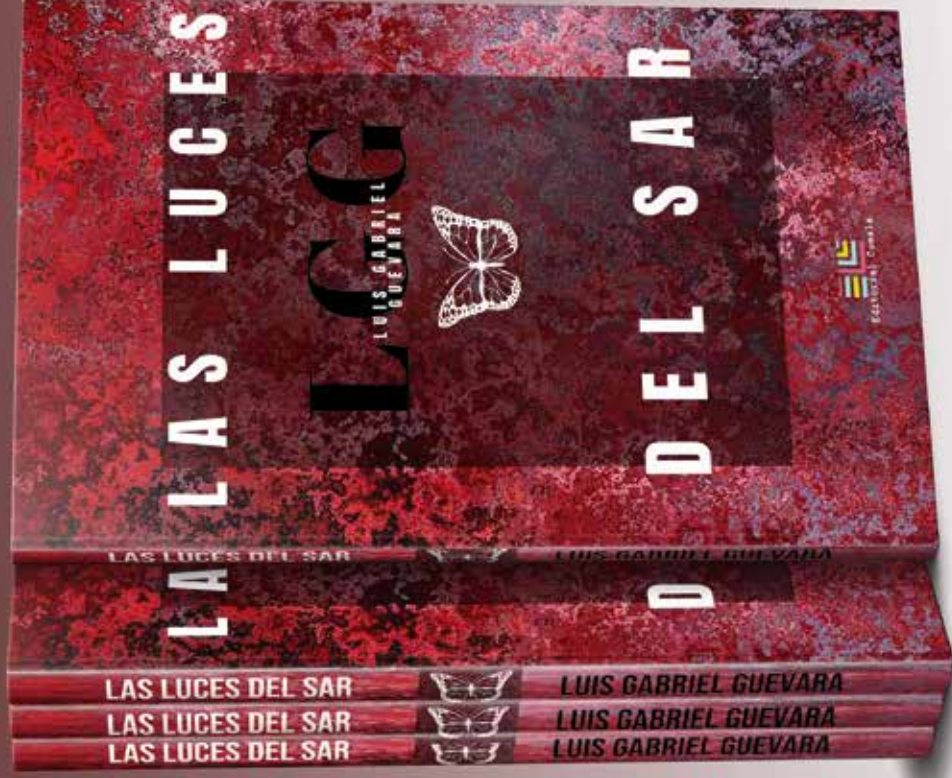
Llegamos a 1980 y se estrena la segunda película basada en una historia de King que adapta su tercera novela de terror escrita: *El Resplandor*, di-

rigida por Stanley Kubrick, que desde su estreno a influenciado a toda la cultura pop hasta nuestros días. Jack Nicholson, Shelley Duvall y Danny Lloyd hacen un gran trabajo de actuación, que junto a las imágenes de Kubrick han generado escenas icónicas del cine mundial. La película tiene varias diferencias con el libro y es bien conocido el rechazo de King a la visión que le dio Kubrick a su historia, pero él no fue el único en criticarla. Inicialmente fue vista negativamente y resultó ser la primera película de Kubrick que no estuvo nominada en ninguna categoría de los Oscars.

1976: *Carrie*. La película fundacional de la trayectoria cinematográfica de King, dirigida por Brian De Palma. Con guion de Lawrence D. Cohen y las actuaciones de Sissy Spacek como Carrie White y Piper Laurie como Margaret White. Ambas recibieron nominaciones a los Premios de la Academia por Actriz Principal y Actriz de Reparto, respectivamente. La película fue un éxito, recaudó 33,8 millones de dólares en Estados Unidos, teniendo en cuenta que la inversión fue de 1,8 millones de dólares. De Palma homenajea al cine de Hitchcock y el compositor mismo utiliza las clásicas notas de *Psicosis* cada vez que *Carrie* utiliza sus poderes. Es considerada una de las mejores películas del género suspenso y de toda la década de los 70's.

En total, entre series, películas y secuelas, suman 102 adaptaciones distintas. Algunas me quedaron fuera de esta recopilación, además hay una cantidad enorme de cortometrajes que se estrenan año a año e inclusive es probable que existan adaptaciones desconocidas, perdidas por ahí.

Sin dudas King, es el rey.



**7 HISTORIAS DE TERROR  
QUE VAN A LLEVAR TU  
MENTE AL LÍMITE**

**LUIS GABRIEL GUEVARA**

**LAS LUCES DEL SAR**

**DISPONIBLE EN JULIO**



Editorial Comala

[EDITORIALCOMALA@GMAIL.COM](mailto:EDITORIALCOMALA@GMAIL.COM)

# entre TINTAS

DISEÑO & COMUNICACIÓN

BAJADAS  
IMPRESIONES  
**LASER**  
COLOR & B/N

**VINILOS**  
*decorativos*

FRASCOS / PAREDES / VENTANAS / MUEBLES Y MUCHO MÁS

**TAZAS, JARROS, MATES**  
ARTÍCULOS SUBLIMABLES - SUPER PERSONALIZADOS

**ESTAMPADOS**

SERICGRAFÍA - SUBLIMACIÓN - VNILO TERMOTRANSFERIBLE

**FOLLETOS | TALONARIOS**  
BOLSAS | SOBRES | IMANES

**GRAN FORMATO**  
LONA FRONT | MESH | VNILO IMPRESO | BANNERS  
ESMERILADO | MICROPERFORADO | VEHICULAR

**PLOTEOS CAD**  
OBRA & VEGETAL  
{ **1 METRO DE ANCHO** }

*diseño de*  
**VIDRIERAS**  
**CARTELERÍA**  
MARQUESINAS - BICICLETEROS - CARTELES EXTERIOR E INTERIOR  
VARIEDAD EN MATERIALES - **INCLUYE COLOCACIÓN**

SAN MARTIN 77 | MARCOS PAZ

[www.entretintas.com.ar](http://www.entretintas.com.ar)

[entretintasdg@gmail.com](mailto:entretintasdg@gmail.com)



011 38898869

02227 467530